BANANA YOSHIMOTO

Kitchen





ePUB

Cuando se le muere la abuela, la jovencísima Mikage queda absolutamente sola en una casa demasiado grande y se refugia en la cocina, pues sólo en ella se siente a salvo («El lugar donde mejor se duerme es en la nevera», confiesa). Pero un día «ocurre un milagro»: Yûichi, «un chico simpático», llama a la puerta de Mikage y le sugiere que vaya a vivir a su casa, con su madre Eriko. Pero esta hermosa y acogedora mujer no es una mujer: es un hombre que pasó a ser mujer cuando la verdadera madre de Yûichi perdió la vida. Esta fábula, que se desarrolla entre ordenadores, electrodomésticos y sobre todo alimentos y guisos, pero también entre sentimientos de amor, amistad y complicidad, es en realidad una historia terrible, en que la soledad y la aridez emocional quedan, como por «milagro», mitigados por la inmensa sabiduría de otro mundo ancestral, afortunadamente aún latente, aún perceptible.



eBooks con estilo

Banana Yoshimoto

Kitchen

ePUB v1.3
Mística 16.07.12

más libros en epubgratis.me

Título original:
Banana Yoshimoto, 1988.
Traducción: Junichi Matsuura y Lourdes Porta

Editor original: Mística (v1.0 a v1.3)
Corrección de erratas: Mística, jugaor
ePub base v2.0

Título original:
Traducción: Junichi Matsuura y Lourdes Porta

Kitchen

Creo que la cocina es el lugar del mundo que más me gusta. En la cocina, no importa de quién ni cómo sea, o en cualquier sitio donde se haga comida, no sufro. Si es posible, prefiero que sea funcional y que esté muy usada. Con los trapos secos y limpios, y los azulejos blancos y brillantes.

Incluso las cocinas sucísimas me encantan.

Aunque haya restos de verduras esparcidos por el suelo y esté tan sucio que la suela de las zapatillas quede ennegrecida, si la cocina es muy grande, me gusta. Si allí se yergue una nevera enorme, llena de comida como para pasar un invierno, me gusta apoyarme en su puerta plateada. Cuando levanto los ojos de la cocina de gas grasienta y del cuchillo oxidado, en la ventana brillan estrellas solitarias.

Sólo estamos la cocina y yo. Pero creo que es mejor que pensar que en este mundo estoy yo sola.

Cuando estoy agotada suelo quedarme absorta. Cuando llegue el momento, quiero morir en la cocina. Sola en un lugar frío, o junto a alguien en un lugar cálido, me gustaría ver claramente mi muerte sin sentir miedo. Creo que me gustaría que fuese en la cocina.

Antes de que me acogiera la familia Tanabe, dormía siempre en la cocina. Una noche en que no podía conciliar el sueño, salí de mi habitación y busqué un lugar cómodo. Me di cuenta, al amanecer, de que donde mejor podía dormir era

junto a la nevera.

Yo, Mikage Sakurai, soy huérfana. Mis padres murieron jóvenes. Me criaron mis abuelos. Mi abuelo murió en la época de mi ingreso en la escuela secundaria. Desde entonces, vivíamos solas mi abuela y yo.

Hace poco murió mi abuela inesperadamente. Me asusté.

La familia, esta familia que realmente he tenido, fue reduciéndose poco a poco a lo largo de los años, y ahora, cuando recuerdo que estoy aquí, sola, todo lo que tengo ante los ojos me parece irreal. Ahora, en la habitación en la que nací y crecí, me sorprende ver que el tiempo ha pasado y que estoy sola.

Como en la ciencia ficción. Es la oscuridad del universo.

Después del entierro estuve como ausente tres días.

Yo arrastraba suavemente un sueño tranquilo que acompañaba a una tristeza inmensa sin hacerme apenas derramar lágrimas, y extendí el *futon*[1] en la cocina, que brillaba en silencio. Como Linus, dormí envuelta en una manta. El zumbido de la nevera me protegía de los pensamientos de soledad. Allí, la noche, larga, pasó bastante sosegada y llegó la mañana.

Sólo quería dormir bajo las estrellas.

Sólo quería despertarme con la luz de la mañana.

Todo lo demás, simplemente, fue pasando despacio.

¡Pero… yo no podía seguir así! La realidad es dura.

Mi abuela me había dejado algún dinero, pero el apartamento era demasiado grande para una persona sola y tenía que buscar otro.

Qué remedio. Compré una revista de apartamentos de alquiler y la hojeé, pero al ver, uno tras otro, tantos apartamentos parecidos, me mareé. Una mudanza es un trabajo pesado. Hace falta fuerza.

No me sentía bien. Tumbada día y noche en la cocina, tenía el cuerpo entumecido, y tampoco me importaba aclarar mis ideas. Total, para ir a ver apartamentos, trasladarme, solicitar el teléfono…

Enumerando todas las dificultades que se me ocurrían, me desanimaba y me pasaba los días sin hacer nada. Fue entonces, lo recuerdo muy bien, cuando él vino como un milagro caído del cielo.

—¡Ding-dong! —el timbre sonó inesperadamente.

Era una tarde de primavera un poco nublada. Harta ya de hojear revistas de apartamentos, estaba empaquetándolas con una cuerda. De todos modos tenía que mudarme. Salí corriendo atolondrada con una especie de camisón y, sin pensar, descorrí el cerrojo, abrí la puerta (no era un ladrón, por suerte) y allí estaba Yûichi Tanabe.

—Te agradezco lo del otro día —dije.

Era un chico muy amable, un año menor que yo. Me ayudó mucho el día del funeral. Me dijo que estudiaba en la misma universidad que yo. En aquella época yo no iba mucho por clase.

—No tiene importancia —dijo—. ¿Has decidido ya dónde vas a vivir?

—No, aún no —y sonreí.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué no entras? ¿Te apetece un té?

—No. Ahora tengo prisa —sonrió—. He pasado un momento a decirte sólo una cosa. Lo he estado hablando con mi madre. ¿Quieres vivir una temporada en casa?

—¿Qué? —dije.

—De todos modos, pásate por casa esta noche alrededor de las siete. Mira, te he hecho un plano.

—Sí —cogí el papel, confusa.

—Bueno, entonces hasta luego. A mi madre y a mí nos encantaría que vinieras, Mikage.

Sonrió. Como su expresión era alegre, me quedé mirándolo fijamente a los ojos, allí de pie en el recibidor que tan acostumbrada estaba a ver. También era porque había dicho mi nombre inesperadamente.

—Bueno, sí…, iré a veros, sea como sea.

Por un momento me había tentado su ofrecimiento. Su actitud, muy serena, me hacía confiar en él. En la oscuridad que se cerraba delante de mis ojos se veía un camino seguro que brillaba con una luz blanca. Por eso había hablado así.

—Hasta luego —dijo sonriendo, y se fue.

Hasta el entierro de mi abuela apenas lo conocía. Aquel día, cuando Yûichi Tanabe vino, me pregunté, de verdad, si no había sido el amante de mi abuela. Mientras quemaba incienso le habían temblado las manos y cerró los ojos

llorosos. Al mirar la fotografía de mi abuela, volvió a derramar lágrimas.

Parecía tan triste que, por un momento, pensé que quería a mi abuela más que yo.

Enjugándose las lágrimas con un pañuelo, había dicho:

—Déjame que te ayude.

Y me ayudó mucho.

Yûichi Tanabe.

Debía de estar aturdida, porque me costó recordar cuándo había oído a mi abuela decir aquel nombre.

Trabajaba en la floristería a la que mi abuela solía ir. Recuerdo que decía a menudo: «Hay un chico muy amable…», «Yûichi Tanabe…», «Hoy también…».

A mi abuela le gustaban mucho las flores, y nunca dejó de poner un ramo en la cocina. Por eso iba a la floristería dos veces por semana.

Pensándolo bien, creo que él vino una vez a casa, detrás de mi abuela, llevando una planta en los brazos.

Era guapo, de brazos y piernas largos. Yo no lo conocía, pero estaba segura de haberlo visto en la tienda trabajando con verdadera pasión. Después, cuando al fin lo conocí, pensé que transmitía una sensación de aislamiento, no sé por qué. Aunque su forma de ser y de hablar eran dulces, me pareció que estaba solo. En fin, lo conocía tan poco que para mí era un perfecto extraño.

Aquella noche llovía. Fui andando, con el plano, en la noche brumosa de primavera mientras una lluvia tibia envolvía las calles.

La familia Tanabe vivía justo frente a mi casa. Pero entre su casa y la mía estaba el parque central. Al atravesarlo, casi me ahogó el aroma del verdor de la noche. Caminé, chapoteando, por el arco iris reflejado en el camino brillante y mojado.

Sinceramente, me dirigía a casa de los Tanabe sólo porque me habían invitado. No pensaba en nada.

Cuando levanté los ojos y vi lo alto que estaba el décimo piso, pensé que, seguramente, desde su casa habría una vista nocturna preciosa.

Salí del ascensor, avancé por el pasillo en el que mis pasos resonaban demasiado. Al apretar el timbre, Yûichi abrió la puerta.

—Bienvenida —dijo.

—Hola —dije, y entré en una habitación bastante extraña.

Lo primero que atrajo mi mirada fue un enorme sofá que dominaba el salón, junto a la cocina. De espaldas a los estantes donde se alineaban ollas y potes, en vez de la mesa y la alfombra, estaba el sofá. Era un sofá tapizado en beige, como para un anuncio publicitario, como para que se sentara toda una familia a ver la televisión, como para que frente a él se tumbara un perro demasiado grande para una casa japonesa. Realmente era un sofá magnífico.

A través de un gran ventanal se veía la terraza, tan llena de plantas, en macetas y jardineras, que parecía una jungla. Toda la casa estaba llena de flores. Por todas partes había jarrones, todos diferentes, llenos de flores.

—Mi madre ha dicho que se escaparía un rato del bar. Mientras, si quieres, puedes mirar la casa. ¿Quieres que te la enseñe? ¿En qué te fijas tú? —dijo Yûichi, sirviendo el té.

—¿Para qué? —dije, desde el blando sofá.

—Para juzgar la casa y a los que viven en ella. Dicen que se puede conocer a la gente viendo su lavabo.

Hablaba con sosiego, sonriendo débilmente.

—En la cocina —dije.

—¿Ah, sí? Aquí está. Puedes mirar lo que quieras —dijo él.

Fui dando vueltas, mirándolo todo con atención, detrás de Yûichi, que preparaba té.

La alfombra, sobre el parqué reluciente, era suave; las zapatillas de Yûichi, de buena calidad; los cacharros de cocina, justo los necesarios y muy usados, estaban colgados en fila, ordenadamente. Junto a una sartén plateada, había un cuchillo de pelar alemán que también yo tenía en casa. Mi abuela, que era muy perezosa, estaba encantada con lo fácil que resultaba pelar con él las verduras.

El pequeño fluorescente iluminaba los vasos de cristal brillantes y los cacharros que aguardaban silenciosamente su turno. Estos objetos, a pesar de no ser uniformes, tenían una elegancia extraña. También había utensilios para algún uso específico, como los tazones, la fuente para gratinar, bandejas gigantescas, jarras de cerveza con tapa… No sé por qué, pero era fantástico que estuvieran allí todas estas cosas. También había una nevera pequeña. Yûichi me dijo que podía abrirla y, cuando lo hice, vi que estaba muy bien ordenada, sin sobras de comida.

Asintiendo con la cabeza, di unas vueltas mirándolo todo. Era una buena cocina. Me enamoré sólo con verla.

Cuando volví a sentarme en el sofá, me trajo un té caliente.

Estar frente a alguien que apenas conocía, y en su casa, me hizo sentir que no tenía a nadie en el mundo.

Veía mi imagen reflejada en el gran cristal en el que la noche iba difuminando cada vez más el paisaje nocturno mojado por la lluvia.

No había nadie en el mundo de mi misma sangre, y, así, me era posible ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Era magnífico.

Hace poco palpé, por primera vez, con mis manos y con mis ojos, un mundo amplio, una oscuridad profunda y un goce y una soledad sin fin. Me parece que, hasta ahora, he estado mirando el mundo con un ojo cerrado.

—¿Por qué me has dicho que viniera? —pregunté.

—He pensado que estarías pasando un mal momento —dijo amablemente, entrecerrando los ojos—. Tu abuela siempre había sido muy cariñosa conmigo, y en casa, como ves, nos sobra sitio, así que no hay problema. Además, ¿no tienes que marcharte de allí, ya?

—Sí, el dueño ha sido muy amable y me ha dado más tiempo para mudarme.

—Entonces, ¿por qué no vienes? —dijo, como si eso fuera lo más natural.

Su actitud, nunca muy fría, nunca muy cálida, me confortaba. No sé por qué, pero había algo en él que me punzaba el corazón y me hacía llorar. Entonces, la puerta se abrió y entró, corriendo y casi sin aliento, una mujer muy hermosa.

Me sorprendió y abrí los ojos. Ya no era joven, pero era realmente hermosa. Por el espeso maquillaje y el vestido tan poco apropiado para llevar un día corriente, comprendí que trabajaba en un local nocturno.

—Es Mikage Sakurai —le dijo Yûichi al presentarme.

Ella, jadeando, con una voz un poco ronca, dijo:

—Encantada —sonrió—. Soy la madre de Yûichi. Me llamo Eriko.

¿Su madre? Estaba tan sorprendida que no podía apartar los ojos de ella. Llevaba el pelo suelto hasta los hombros, los ojos eran rasgados, profundos y brillantes, los labios bonitos, la nariz recta… y, además, todo su cuerpo emanaba una luz muy viva, como un latido de vida. No parecía un ser humano. Nunca había visto a nadie como ella.

Mirándola con una fijeza casi impertinente, dije:

—Mucho gusto —y le devolví la sonrisa.

—¿Te quedarás, verdad? —dijo cariñosamente y, luego, volviéndose hacia Yûichi—: No podía escaparme. He dicho que iba al lavabo y he venido corriendo. Convence a Mikage para que se quede, por la mañana tendré más tiempo —dijo inquieta y, haciendo ondear su vestido rojo, corrió hacia el recibidor.

—¿Te llevo en coche? —le preguntó Yûichi.

—Siento haberle causado tantas molestias —dije yo.

—En absoluto. No esperaba que, precisamente hoy, se llenara el bar. Así que eres tú quien debe perdonarme. Entonces, mañana, ¿verdad?

Iba corriendo de un sitio a otro con sus tacones altos. Yûichi dijo:

—Espérame viendo la tele, haz lo que quieras.

Salió corriendo tras ella y yo me quedé allí, asombrada.

«Mirándola bien bien, tiene las arrugas propias de su edad y los dientes no son perfectos». Y sentí que ésta era la parte de ella que me parecía más humana. Sin embargo, era una mujer magnífica. Hacía que quisiera verla de nuevo. En mi corazón, una luz tibia brillaba suavemente con los restos de su imagen, y comprendí que eso era la fascinación. Como Helen cuando descubrió el agua[2], las palabras explotaron, frescas, ante mis ojos. No estaba exagerando, tanta había sido la sorpresa que me había producido el encuentro.

Yûichi volvió al poco jugueteando con las llaves.

—Si no tenía más de diez minutos, hubiera bastado una llamada, ¿no crees? —dijo, quitándose los zapatos.

Yo, sin moverme del sofá, dije:

—Sí.

—Mi madre te ha dejado boquiabierta, ¿eh? —dijo.

—Sí. Es que es tan guapa… —respondí con franqueza.

—Sí, mucho. —Yûichi se acercó sonriendo y se sentó en el suelo frente a mí —. Se ha hecho la cirugía estética —dijo.

—¿Ah, sí? —dije, fingiendo naturalidad—. He pensado que no os parecíais.

—¿Te has dado cuenta? —continuó de una forma increíblemente extraña—. Es un hombre.

Esta vez no siguió hablando.

Yo, con los ojos muy abiertos, lo miraba en silencio.

Aún, sí, aún pensaba que no tardaría en decirme que era una broma. Aquellos dedos delgados, aquellos gestos, la manera de andar…

Contuve el aliento recordando aquella cara tan hermosa y esperé, pero Yûichi parecía estar simplemente contento.

—Pero —abrí la boca—, entonces, no es tu madre como dices.

—Tú, en mi lugar, ¿la llamarías padre? —dijo tranquilamente.

En realidad no podía pensar eso. Su respuesta era lógica.

—¿Eriko es su verdadero nombre?

—No. Es falso. El verdadero es Yûji, me parece.

Sentí como si todo, ante mí, fuera blanquísimo. Después logré serenarme y entrar en la conversación. Pregunté:

—Entonces, ¿quién es tu verdadera madre?

—Hace tiempo ella era un hombre —dijo—, cuando era joven. Entonces estaba casado y su mujer era mi verdadera madre.

—¿Qué clase de persona debía de ser? —dije sin poder adivinarlo.

—Ni yo mismo lo recuerdo. Era muy pequeño cuando murió. Pero tengo una foto. ¿Quieres verla?

—Sí.

Moví la cabeza afirmativamente y él, sin levantarse, deslizó fuera de su cartera de mano un billetero, sacó una fotografía antigua y me la dio.

Era una cara difícil de describir. Pelo corto, ojos y nariz pequeños. Producía una sensación extraña. Era una mujer de edad indefinida… y, como yo continuaba callada, Yûichi dijo:

—Debía de ser una persona muy extraña.

Y yo sonreí incómoda.

—Los padres de mi madre, la de la foto, acogieron a Eriko cuando era pequeño bajo no sé qué circunstancias. Ellos crecieron juntos. Incluso cuando Eriko era un hombre, era muy guapo y tenía mucho éxito —Yûichi sonrió y miró la fotografía—. No sé por qué, pero tiene una cara muy rara. Él estaba obsesivamente enamorado de mi madre, así que huyeron juntos, abandonando la casa de los padres.

Yo asentí con la cabeza.

—Cuando murió mi madre, Eriko dejó el trabajo. Me tenía a mí y yo aún era pequeño. Se estuvo preguntando qué debía hacer en su situación. Fue entonces cuando decidió convertirse en mujer. Además, se dijo que ya nunca amaría a nadie. Al parecer, antes de ser mujer, era taciturno. Odia las cosas incompletas, así que se operó la cara, el cuerpo, y con el dinero que le quedó abrió un bar «de ésos». Y me crió. Ella sola, una mujer sola, si puede llamarse así.

Sonrió.

—¡Qué vida tan increíble!, ¿no crees? —dije.

—Y aún sigue viviendo —dijo Yûichi.

No sabía si podía confiar en ellos o si aún me ocultaban algo. Cuanto más escuchaba, menos comprendía.

Pero yo creía en la cocina. Además, ellos, pese a ser tan distintos entre sí, tenían puntos en común. Aquellas caras sonrientes brillaban como si fuesen Buda. Yo pensé que aquello me gustaba.

—Mañana por la mañana no voy a estar en casa, pero coge lo que quieras —dijo Yûichi con cara de sueño mientras me enseñaba cómo funcionaba la ducha y dónde estaban las toallas, llevando una manta y un pijama entre los brazos.

Después de oír su historia (extraordinaria), y sin pensar todavía con demasiada claridad, mirando un vídeo con Yûichi y hablando de la floristería y de mi abuela, el tiempo pasó con rapidez. Era ya la una de la madrugada. El sofá era muy cómodo. Era tan amplio y mullido que una vez te sentabas en él ya no podías levantarte.

—Tu madre —empecé a decir—, ¿no será que vio el sofá en la sección de muebles, se sentó, se encaprichó de él y acabó comprándolo?

—¡Premio! —dijo—. Ella vive sólo para sus caprichos. Sin embargo, creo que es fabuloso tener la capacidad de satisfacerlos.

—Tienes razón —dije.

—Bien, de momento el sofá es tuyo. Será tu cama. Realmente, no está mal que sirva para algo.

—Yo —dije tímidamente—… ¿puedo dormir aquí, de verdad?

—Sí —dijo resuelto.

—… Es un honor —dije.

Después de explicármelo todo por encima, me dio las buenas noches y volvió a su habitación.

También yo tenía sueño.

Mientras me bañaba en una casa que no era la mía, con el agua caliente desapareció el cansancio que arrastraba desde hacía semanas, y me pregunté qué estaba haciendo.

Me puse el pijama que me había dejado y salí al salón silencioso. Descalza, fui a ver la cocina de nuevo. Efectivamente, era una buena cocina.

Y luego, al llegar junto al sofá, mi cama aquella noche, apagué la luz.

Junto a la ventana, las plantas resaltaban en la luz tenue y respiraban en silencio enmarcadas por la magnífica vista nocturna del décimo piso. El paisaje en la noche… tras la lluvia, relucía en el aire transparente lleno de humedad y brillaba de una manera magnífica.

Arropada entre las mantas, pensé que era divertido dormir, también aquella noche, al lado de la cocina, y sonreí. Pero no había soledad. Quizá porque esperaba algo. Quizá porque estaba esperando tan sólo una cama donde poder olvidar, por un instante, las cosas que habían sucedido hasta entonces, las que vendrían después. Al tener a alguien cerca, la soledad es más cruel. Pero había una cocina, plantas, había otras personas bajo el mismo techo, paz y… es *better.* Sí, esto es *better.*

Me sosegué y me dormí.

Desperté con el ruido del agua.

Era una mañana resplandeciente. Cuando me levanté medio dormida, la «señora Eriko» estaba allí, en la cocina, de espaldas. Su vestido, comparado con el del día anterior, era discreto, y dijo:

—Hola.

Al volverse, su rostro era todavía más deslumbrante y me desperté de golpe.

—Buenos días.

Se incorporó, abrió la nevera y puso cara de apuro. Me miró, y dijo:

—A estas horas siempre estoy durmiendo aún, pero hoy tengo hambre, no sé por qué… Pero en esta casa no hay nada. Podríamos pedir que nos trajeran algo, ¿qué te apetece? —dijo.

Me levanté.

—¿Hago algo? —dije.

—¿En serio? —dijo, y añadió con aire dubitativo—: Tan dormida, ¿vas a poder sostener el cuchillo?

—No hay problema.

La habitación estaba tan llena de luz como un solárium. El cielo azul pastel, inmenso, resplandecía y lo llenaba todo.

Se me iba aclarando la vista con la alegría de moverme por aquella cocina que tanto me gustaba y, de repente, me acordé de que ella era un hombre.

La miré de manera inconsciente. Un *déjà vu* como una tempestad me azotó.

En la luz, dentro del chorro de luz de la mañana brillante, ella, que había atraído hacia sí un cojín y estaba mirando la tele tendida en el suelo de aquella habitación polvorienta con olor a madera, ella era magnífica, inolvidable.

Eriko comía contenta los huevos y el arroz que yo había preparado, junto con la ensalada de pepino.

A mediodía, llegan desde fuera, con una jovialidad casi primaveral, las voces de unos niños que están jugando en el jardín del bloque.

Junto a la ventana, las plantas brillan de verde frescor enmarcadas por la dulce luz del sol y, a lo lejos, unas nubecillas se deslizan lentamente por el cielo claro.

Era un mediodía tibio y apacible.

Me parecía extraño estar desayunando tan tarde con un desconocido, y ésa era una escena que hasta ayer no hubiera podido ni imaginar.

Como no había mesa, pusimos las cosas directamente en el suelo y comimos. El sol atravesaba el vaso, y el color verde del té japonés frío temblaba reflejándose en el suelo.

—Yûichi ya me había dicho —dijo Eriko tras mirarme con fijeza—, que te parecías a Non-chan, pero es que, realmente… te pareces.

—¿Quién es Non-chan?…

—Un perrito.

—¡Ah!… Un perrito.

—Los ojos, el pelo… Ayer cuando te vi por primera vez casi suelto una carcajada. De verdad.

—¿Ah, sí?

—Y pensé: «No creo que sea el caso, pero espero que no se trate de un San Bernardo, o de algo parecido».

—Cuando murió Non-chan, Yûichi no podía tragar ni un bocado. Por eso no puede ser indiferente a lo que te sucede. Pero lo que no sé decirte es qué clase de simpatía siente por ti.

Se rió con una risilla sofocada.

—Creo que es de agradecer —dije yo.

—Parece que tu abuela le tenía mucho cariño, ¿verdad?

—Sí. Mi abuela quería mucho a Yûichi.

—Este chico… Yo estaba ocupada y no estuve muy pendiente de su educación, así que he fallado.

—¿Fallado? —me reí.

—Eso es —dijo con una sonrisa muy propia de una madre—. Tiene emociones disparatadas y en su relación con la gente es un poco frío. Muchas veces no actúa como es debido, pero yo quería que fuese cariñoso, ¿sabes? Me fijé sólo en eso. Y es un chico realmente cariñoso.

—Sí, entiendo.

—Tú también lo eres.

Ella, que en realidad era él, estaba sonriendo. Su cara se parecía al rostro sonriente y apocado de los homosexuales de Nueva York que había visto a menudo en la tele. Pero ella era demasiado fuerte para eso. Su gran encanto brillaba y la había conducido hasta donde estaba ahora. Me doy cuenta de que no han podido detenerla, ni su esposa muerta, ni su hijo, ni siquiera ella misma. Llevaba todo esto consigo y una soledad silenciosa la impregnaba.

Mientras comía pepino, dijo:

—Ya sé que mucha gente lo dice sólo por decir, pero puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Estoy convencida de que eres una buena chica y me alegro sinceramente. No tener adónde ir cuando te sientes desgraciado es duro. Te lo ruego, aprovéchalo sin ningún reparo, ¿de acuerdo? —insistió, mirándome a los ojos.

—… Naturalmente, pagaré el alquiler —algo me oprimía el pecho y hablé con desesperación—, Déjame dormir aquí hasta que encuentre un lugar para vivir.

Eriko sonrió.

—Claro, no debes preocuparte en absoluto. Y puedes hacer arroz hervido de vez en cuando. Es mucho más sabroso que el de Yûichi —dijo.

Vivir con un anciano es terriblemente inseguro. Cuanto mejor se encontraba mi abuela, más incierto era. En realidad, cuando estaba con ella, nunca lo había pensado e intentaba vivir feliz, pero ahora, al mirar atrás, tenía que pensarlo.

Yo siempre, en cualquier momento, cuando pensaba: «Mi abuela puede morir», tenía miedo.

Cuando llegaba a casa, mi abuela salía de la habitación de estilo japonés donde estaba el televisor y decía: «¡Ya has llegado!». Cuando era tarde, antes de volver, siempre compraba un pastel. Ella nunca se enfadaba si le decía que dormiría fuera ni por ninguna otra razón. Era una abuela maravillosa. Mientras veíamos la tele comíamos pastel, a veces con café, a veces con té japonés, y pasábamos el rato antes de acostarnos.

En la habitación de mi abuela, que no había cambiado desde mi niñez, hablábamos, por hablar, de chismes, de espectáculos y de las cosas del día. Me parece que también me había contado cosas de Yûichi.

Por más enamorada que yo estuviera, o aunque hubiese bebido sake y estuviese borracha, siempre, en el fondo de mi corazón, me preocupaba por ella, mi única familia.

Por más jovial que fuera la convivencia entre la niña y la anciana, fui consciente bastante pronto, aunque nadie me lo hubiera explicado, de que un silencio escalofriante que se respiraba en los rincones iba llenándolo todo, y de que había un vacío que no se podía llenar.

A Yûichi creo que le había sucedido lo mismo.

En este camino escarpado, realmente oscuro y solitario, me daba cuenta de que la única salida era hacer algo brillante. Me habían criado con amor, pero siempre me había sentido sola.

… Alguna vez, sin falta, todos iremos dispersándonos en la oscuridad del tiempo y desapareceremos.

Voy andando con el aire de haber aprendido todo esto con mi propio cuerpo. El comportamiento de Yûichi conmigo puede ser natural.

… Y por esta razón empecé a llevar una vida de parásito.

Me permití estar sin hacer nada hasta que llegó mayo. Así, disfruté cada día como si estuviera en el paraíso.

Iba, por supuesto, todos los días a mi trabajo de media jornada y después, limpiando, mirando la tele y haciendo pasteles, llevaba la vida de un ama de casa.

Poco a poco fueron entrando la luz y el aire en mi corazón y esto me hizo muy feliz.

Yûichi: las clases y el trabajo; Eriko: el bar de noche; por eso casi nunca nos reuníamos todos.

Al principio no estaba acostumbrada a dormir en un sitio de vida tan liberal, pero decidí ordenar mis cosas poco a poco, y pronto me habitué, a pesar de que era muy engorroso ir y venir de casa de los Tanabe a mi antiguo hogar.

Quería tanto el sofá de casa de los Tanabe como la cocina. Allí se podía saborear el sueño. Oyendo la respiración de las plantas y sintiendo el paisaje nocturno al otro lado de las cortinas, me dormía al instante.

No podía desear nada más y era feliz.

Siempre ha sido así: nunca me he movido hasta llegar al límite. También entonces, cuando estaba en un momento realmente desesperado, apareció alguien y me ofreció una cama caliente, y eso, exista o no, se lo agradecí a Dios de corazón.

Un día volví a mi antigua casa para ordenar algunos paquetes que aún quedaban.

Cada vez que abría la puerta sentía un escalofrío. Aquel lugar, desde que ya no vivía allí, había acabado por parecerse a la cara de un extraño.

Silenciosa y oscura, no hay vida. ¿No es como si evitaran mirarme todas aquellas cosas que estaba acostumbrada a ver? En vez de decir: «Hola, ya estoy aquí», debo entrar de puntillas, diciendo: «¿Molesto?».

Mi abuela murió, y con ella murió también el tiempo de aquella casa.

Realmente sentí eso. No puedo hacer nada, ya. Sólo irme… Limpié la nevera mientras tarareaba sin pensar *El viejo reloj de mi abuelo.*

Entonces sonó el teléfono.

Era Sôtarô, tal como imaginaba al coger el auricular.

Era un antiguo… novio. Nos separamos en la época en la que mi abuela se puso peor.

—¿Oiga? ¿Mikage? —dijo aquella voz que añoraba hasta las lágrimas.

—¡Cuánto tiempo sin verte!

Pero lo dije con desapego. Hablar así quizá sea una mala costumbre, pero no tiene nada que ver con el fingimiento o la turbación.

—Como no vas a clases, he preguntado por ahí qué te pasaba y me han dicho que ha muerto tu abuela. No me lo esperaba… Ha debido de ser muy duro, ¿verdad?

—Sí, por eso estoy un poco ocupada…

—¿Puedes salir ahora?

—Sí.

Mientras quedábamos, alcé la vista hacia la ventana y, fuera, el cielo era gris y sombrío.

Vi que algunas nubes iban alejándose empujadas con fuerza por el viento. En este mundo…, con seguridad, no hay tristeza. Sin duda, no hay nada en absoluto.

Sôtarô era un chico al que le gustaban los parques.

Le gustaban tanto los lugares verdes, el aire libre y el campo que, incluso en la universidad, estaba a menudo en el jardín o en un banco al lado de los campos de deporte. Ya antes era leyenda que, si lo buscabas, podías encontrarlo en un lugar verde. Dicen que en el futuro quiere dedicarse a un trabajo relacionado con la botánica.

Y yo, al parecer, he estado relacionada con un hombre interesado en la botánica.

Él, que era plácido y alegre, y yo, en una época en la que tenía paz, formábamos una pareja de estudiantes de fotografía. A causa de sus gustos, quedábamos siempre en el parque, incluso en pleno invierno, pero a menudo yo llegaba tan tarde que no sabía cómo excusarme y, entonces, buscamos un lugar intermedio como concesión mutua: una cafetería muy grande que estaba al lado mismo del parque.

Y, también hoy, Sôtarô estaba en aquella cafetería grande, sentado en el asiento más cercano al parque y mirando hacia fuera.

Al otro lado del gran cristal se veían los árboles mecidos por el viento bajo

un cielo completamente nublado. Cuando se dio cuenta de que me acercaba a él, entrecruzándome con las camareras que iban y venían, sonrió.

Me senté frente a él.

—Me parece que va a llover —dije.

—¡Qué va! Si está aclarando —dijo Sôtarô—. ¿Por qué será que dos personas que hace mucho que no se ven, cuando se encuentran, acaban siempre hablando del tiempo?

Me tranquilizó su cara sonriente. Creo que tomar el té por la tarde con un amigo de toda confianza es algo realmente bueno. Sé que se mueve mucho cuando duerme, sé que le gusta echarse mucha leche y azúcar en el café, y también sé que pone una cara tontamente seria delante del espejo cuando se peina con el secador su mechón de pelo rebelde. Y si fuese ahora la época en que estábamos realmente unidos, creo que me estaría preocupando sólo por la laca de las uñas de mi mano derecha que habría saltado al limpiar la nevera.

—De ti, ahora —dijo Sôtarô como si se acordara de repente, mientras estábamos hablando de cosas intrascendentes—, dicen que vives en casa de los Tanabe.

Me sorprendió.

Me sobresalté tanto que ladeé la taza que tenía en la mano y acabé vertiendo mucho té en el plato.

—Es el tema del día en la universidad. ¡Increíble! ¿No te has enterado? —dijo Sôtarô sonriendo con cara de apuro.

—Ni siquiera sabía que estuvieras enterado ¿Quién…? —dije.

—La novia de Tanabe, o… ¿tendría que decir ex novia?… Esta chica, pues, le dio una bofetada en el comedor de la universidad.

—¿Qué? ¿Por culpa mía?

—Eso parece. Pero a vosotros os irá bien, ¿no? Al menos, eso es lo que he oído.

—¿Qué? Es la primera vez que lo oigo —dije.

—Pero… ¿no vivís los dos juntos?

—Su madre —(no era rigurosamente cierto, pero…)— también vive allí.

—¿Quée? ¡Eso es mentira! —dijo Sôtarô gritando.

Yo antes amaba realmente su franqueza y jovialidad, pero ahora estaba gritando y sólo sentía vergüenza.

—Tanabe… —dijo—, dicen que es un poco raro, ¿no?

—No lo conozco muy bien —dije—. Lo veo muy poco y… no hemos hablado de nada en especial.

A mí me recogieron como un perro abandonado.

Ni siquiera me quieren.

Ni siquiera sé nada de él.

Ni siquiera me había enterado de que había habido una pelea… Como una imbécil.

—Ya. Es que yo nunca he comprendido bien tus gustos —dijo Sôtarô—. De todas formas, creo que has tenido suerte. ¿Hasta cuándo piensas estar allí?

—No lo sé.

—Piénsalo bien —sonrió.

—Sí. Lo haré —contesté.

A la vuelta cruzamos el parque. La casa de los Tanabe se veía muy bien entre los árboles.

—Vivo allí —señalé.

—¡Qué bien! Al lado mismo del parque. Si yo viviera allí, me levantaría a las cinco de la mañana y me iría a pasear.

Sôtarô sonrió. Era muy alto y yo siempre tenía que mirar hacia arriba. «Si fuera él, seguro…», pensé mirando su perfil, «… seguro que me sacaría a rastras, obligándome a buscar otro apartamento, y hasta me arrastraría a la escuela».

Eso, este espíritu sano, me gustaba, me admiraba, pero había estado a punto de despreciarme a mí misma por no lograr ser así. Antes.

Era el mayor de una familia de muchos hermanos, y de su casa traía, sin darse cuenta, una alegría que me reconfortaba.

Pero yo, de todas formas…, lo que necesitaba en aquel momento era la extraña alegría de la casa de los Tanabe, su sosiego… y eso no podía pensar en explicárselo a él. Además, no tenía ninguna necesidad de hacerlo; pero es que, cuando estaba con él, sucedía siempre lo mismo. Me entristece ser yo misma.

—Bueno…

Algo cálido que hay en lo más hondo de mi pecho le hace una pregunta esencial a través de mis ojos:

—¿Todavía me quieres?

Sonrió y en sus ojos rasgados había una respuesta directa:

—Sé fuerte.

—Lo intentaré —respondí, y diciéndonos adiós con la mano nos separamos. Y este sentimiento, sin cambiar, irá hacia un lugar lejano que no tiene fin y desaparecerá.

Aquella noche estaba mirando un vídeo cuando se abrió la puerta de la calle y entró Yûichi con una gran caja entre los brazos.

—Hola.

—¡He comprado un procesador de textos! —dijo Yûichi, alegre.

Hacía poco que me había dado cuenta: a los habitantes de aquella casa les enloquecían las compras. Y, además, las compras grandes. Principalmente los electrodomésticos.

—¡Qué bien! —dije.

—¿Quieres que te escriba algo?

—¡Pues claro!

Estaba pensando en hacerle escribir la letra de una canción cuando Yûichi dijo:

—¡Ya sé! ¿Quieres que te haga tarjetas de cambio de domicilio?

—¡Ah!, eso.

—¿Pero es que piensas vivir en esta gran ciudad sin dirección ni teléfono?

—Es que, cuando vuelva a mudarme, será pesado informar otra vez —dije.

—Bueno —dijo de una manera desabrida.

—Sí, vamos —pedí entonces. Pero lo que me habían dicho antes me daba vueltas en la cabeza—. Pero ¿no te causará problemas? ¿No te importa? —pregunté.

—¿El qué? —dijo realmente asombrado, con aire de extrañeza.

Si fuera mi novio, seguro que le pegaba un bofetón. Dejando mis defectos aparte, por un momento sentí antipatía hacia él. No comprendía nada en absoluto. Muy propio de él.

Me he mudado a la siguiente dirección.
Por favor, dirijan sus cartas y llamen a:

TOKIO XX CALLE XX 3-21-I
00 BLOQUE N.° 10002
xxx-xxxx
Mikage Sakurai

Yûichi lo escribió en las tarjetas y yo hice rápidamente copias (como era de esperar, en aquella casa había una fotocopiadora), y luego escribí las señas de las personas a las que iba a enviarles una.

Yûichi me ayudó. Aquella noche él parecía no tener trabajo. También me había dado cuenta de esto: cuando Yûichi no tenía nada que hacer, estaba de mal humor.

El tiempo, transparente y silencioso, va cayendo gota a gota acompañado del rasgueo de la pluma.

Fuera rugía un viento tibio como un temporal de primavera. También el paisaje de la noche parecía estremecerse. Yo iba escribiendo con nostalgia el nombre de mis amigos. Sin advertirlo, excluí a Sôtarô de la lista. El viento es fuerte. Parece que se oyen temblar los árboles y los hilos de la luz. Cerré los ojos, apoyé los codos en la pequeña mesa plegable y pensé en la hilera de casas silenciosas. No logro comprender por qué hay aquí una mesa como ésta. La mujer que la ha comprado, aquella que vive sólo para sus caprichos, también esta noche ha ido al bar.

—¡No te duermas! —dijo Yûichi.

—No estoy dormida —dije—. Realmente me encanta escribir tarjetas de cambio de domicilio.

—Sí, a mí también —dijo Yûichi—. Me gustan muchísimo las tarjetas: las de traslado, las de destino de viaje, todas.

—Sí, pero —lo retaba de nuevo sin vacilar— estas tarjetas harán correr la voz y, ¿no puede ser que te pegue una chica en el comedor de la universidad?

—Te estabas refiriendo a esto desde el principio, ¿no?

Sonrió con amargura. Su cara sonriente, magnífica, me asustó.

—Puedes hablar claro. Para mí es suficiente con que me dejéis estar aquí.

—Vaya tontería —dice él—. Entonces, ¿esto es un juego de escribir tarjetas?

—¿Qué es un juego de escribir tarjetas?

—Pues no lo sé.

Reímos. Y entonces empezamos a divagar sobre no sé qué. Incluso yo, con lo torpe que soy, al fin me di cuenta de lo poco natural que era todo aquello. Al mirar a Yûichi a los ojos, lo acabé comprendiendo.

Estaba terriblemente triste.

Sôtarô lo había dicho poco antes: «La novia de Tanabe», dijo, «a pesar de haber salido con él un año, no lo comprendía en absoluto y acabó hartándose. Y ella dice que Tanabe quiere a una chica de la misma manera que le gusta una pluma».

Yo no estoy enamorada de Yûichi, por eso lo entiendo bien. Una pluma era, en sí misma y en importancia, algo completamente diferente para ella y para él. Quizá también haya en este mundo alguien que ame apasionadamente las plumas. Esto es muy triste: si no estás enamorada, comprendes.

—No había solución —Yûichi parecía estar preocupado por mi silencio y habló sin levantar la cabeza—. No es culpa tuya en absoluto.

—… Gracias.

¿Por qué le habría dado las gracias?

—De nada —dijo, y sonrió.

«Ahora he llegado a su corazón», pensé.

«Lo he conseguido por primera vez después de haber estado conviviendo casi un mes con él. Según como vaya todo, tal vez algún día acabe queriéndolo».

Mi manera de actuar, al enamorarme, siempre ha sido la misma: atravesar un sitio corriendo muy deprisa. Pero, al igual que las estrellas que se entrevén a través del cielo nublado, con cada conversación parecida a la de ahora, quizá lo vaya queriendo poco a poco.

«Pero…», pensé mientras escribía, «pero tendré que irme de aquí».

«¿O no es obvio que ellos se han separado porque yo estoy aquí?».

Pero no podía ni imaginar hasta qué punto era fuerte ni si sería capaz de vivir sola inmediatamente. Aunque, por supuesto, pronto, muy pronto…

«… Creo que es una contradicción pensarlo mientras escribo tarjetas de cambio de dirección, pero…».

«Tengo que irme».

Entonces, la puerta se abrió con un chirrido y entró Eriko con una gran bolsa

de papel entre los brazos. Me sorprendió.

—¿Cómo es que…? ¿Y el bar? —dijo Yûichi que se había vuelto a mirarla.

—Ahora voy. ¡Escuchad! He comprado una licuadora —dijo Eriko alegremente mientras sacaba una caja grande de la bolsa.

«¿Otra vez?», pensé.

—Y he venido a dejarla. Ya podéis usarla.

—Si hubieras llamado, habría ido a recogerla —dijo Yûichi mientras cortaba el cordel con unas tijeras.

—Da igual…

Y, quitando rápidamente la envoltura, sacó una licuadora preciosa que podía hacer cualquier clase de zumo.

—Quiero que se me ponga la piel bonita bebiendo zumos naturales —dijo alegremente Eriko, contenta.

—Tú ya no tienes nada que hacer, eres demasiado vieja —dijo Yûichi mientras leía las instrucciones.

Las dos personas que tenía ante mis ojos mantenían una conversación intrascendente, normal entre una madre y un hijo, y por eso mismo me quedé de piedra. Parecía una escena de *Embrujada.* ¿Cómo se podía ser tan jovial en una representación tan poco sana?

—¡Vaya! Si Mikage está escribiendo tarjetas de cambio de domicilio… —Eriko observaba la que tenía en la mano—. Me parece muy bien. Aquí tienes mi regalo de cambio de domicilio.

Y me ofreció otro paquete envuelto en papel. Lo abrí y salió un bonito vaso con el dibujo de un plátano.

—Y ahora beberás zumo, ¿verdad? —dijo Eriko.

—Para beber zumo de plátano, puede estar bien —dijo Yûichi.

—Estoy contentísima —dije.

Y parecía que iba a ponerme a llorar.

«Cuando me vaya me lo llevaré y, después de que me haya ido, vendré, muchas veces, y haré arroz».

Lo pensé sin que saliera de mi boca ni una palabra.

Es un paso importante, importante.

A la mañana siguiente dejaba de manera oficial mi antigua casa. Lo recogí todo, al fin. Me había demorado mucho.

En una tarde bastante despejada, sin viento ni nubes, la luz dorada del sol atravesaba las habitaciones vacías del lugar que había sido mi patria.

Visité al casero para disculparme por la tardanza.

Hablé con él y tomé el té que me sirvió, en aquella oficina donde tantas veces había entrado de niña. «También él ha envejecido», pienso con sentimiento. «Es normal que la abuela haya muerto».

Mi abuela había estado a menudo sentada en aquella pequeña silla bebiendo té, y me parecía extraño estar yo, ahora, sentada en la misma silla, bebiendo té, mientras hablábamos del tiempo y de la seguridad pública. Me resulta extraño.

Todas las cosas que habían sucedido un poco antes pasaron corriendo velozmente ante mí, no sé por qué. Yo me he quedado atrás boquiabierta, lucho con todas mis fuerzas para ir alcanzándolas, a paso de tortuga.

No quiero reconocerlo, y por eso digo: «No era yo quien corría a toda velocidad. No es así, en absoluto».

Pero todo esto me entristece profundamente.

La luz que penetra en la habitación ordenada; antes olía a la casa en la que yo estaba acostumbrada a vivir.

La ventana de la cocina. La cara sonriente de un amigo, el verde nítido del jardín de la universidad que se veía tras el perfil de Sôtarô, la voz de la abuela a través del teléfono cuando llamaba tarde por la noche, el *futon* de las mañanas frías, el roce de las zapatillas de la abuela en el pasillo, el color de la cortina…, *el tatami*[3]…, el reloj de la pared.

Todo eso. Y también que ya no pueda estar aquí.

Cuando salí, fuera estaba anocheciendo.

Desciende un crepúsculo suave. Sopla el viento, hace un poco de frío. Yo esperaba el autobús con los faldones del abrigo ligero ondeando.

Frente a la parada, las ventanas en hilera de un edificio alto que había al otro lado de la calle se veían muy bonitas flotando en el azul. La gente que se movía dentro, y los ascensores que subían y bajaban, brillaban en silencio y parecía que fueran diluyéndose en la penumbra.

Tengo el último paquete junto a las piernas. Al pensar que ahora sí me he quedado sin nada, siento una extraña emoción que casi me hace llorar.

El autobús dobla una esquina y viene. Se acerca corriendo delante de mis ojos, se detiene lentamente y los pasajeros, en fila, van subiendo uno tras otro.

El autobús iba muy lleno. Yo, apoyada en el brazo con el que agarraba la asidera, miraba fijamente cómo, a lo lejos, el cielo del atardecer desaparecía detrás del edificio.

Cuando posé los ojos en una luna todavía creciente que cruzaba el cielo despacio, el autobús arrancó.

Cada vez que se detenía con brusquedad me ponía de malhumor y eso probaba que estaba agotada. Una de las muchas veces en que me enfadé, al mirar hacia fuera, vi que en el cielo, lejos, flotaba un dirigible.

Se movía despacio, contra el viento.

Me puse contenta y me quedé mirándolo fijamente. El dirigible hacía parpadear una pequeña luz que flotaba en el cielo como una pálida luz de luna.

Cerca, delante de mí, se sentaba una niña pequeña, y la abuela, que estaba en el asiento de detrás, se dirigió a ella y le dijo en voz baja:

—Mira, Yuki-chan[4], un dirigible. Míralo qué bonito.

La niña, que se le parecía mucho y debía de ser su nieta, estaba malhumorada porque la calle y el autobús estaban llenos y, revolviéndose, dijo enfadada:

—No sé. Esto no es un dirigible.

—Quizá no —contestó la abuela sonriendo, sin turbarse.

—¿Todavía no llegamos? ¡Tengo sueño!

Yuki-chan siguió importunando.

«¡Mocosa!» Yo también estaba cansada y acabé pensando maldades de manera inconsciente. «El arrepentimiento nunca llega antes. No hables a tu abuela de esta forma».

—Sí, sí…, enseguida. Mira, mira detrás. Mamá se ha dormido. Yuki-chan, ¿la despiertas?

—Sí, sí, vale.

Yuki-chan se vuelve a mirar a su madre que duerme en el asiento de atrás y sonríe, al fin.

«¡Qué bien!», pensé. Envidié las palabras cariñosas de la abuela y la cara sonriente de la niña que, de pronto, se veía preciosa.

«Yo, jamás…».

No me gusta demasiado el sentimentalismo de la palabra «jamás» ni la

sensación que da de determinar el futuro. Pero, entonces, el peso enorme y la desesperanza de la palabra que se me había ocurrido: «jamás», tenían una intensidad difícil de olvidar.

Juro por Dios que creía estar pensando todo aquello sin darle demasiada importancia. Mientras el autobús traqueteaba, todavía iba siguiendo con la mirada, no sé por qué, el pequeño dirigible que iba alejándose en el cielo, allá a lo lejos.

Pero ¿no están corriendo las lágrimas por mis mejillas y caen a goterones sobre mi pecho?

Me sorprendió.

Pensé que el funcionamiento de mi cuerpo se había estropeado. Igual que cuando una está muy borracha y las lágrimas van saliendo, una tras otra, sin parar, por algo que no tiene relación con una misma. A continuación me ruboricé de vergüenza. Y bajé precipitadamente del autobús.

Seguí con la mirada el autobús que se alejaba y, sin pensar, entré corriendo en un callejón oscuro.

Me acurruqué entre mis paquetes en la oscuridad y lloré. Era la primera vez que lloraba tanto desde que nací. Y mientras vertía lágrimas calientes e incesantes recordé que no había llorado desde que murió mi abuela.

Pero no era tristeza; tuve la sensación de que lloraba por muchas cosas distintas.

Y, de repente, me di cuenta de que se veía un vapor blanco flotando en la oscuridad que salía de una ventana iluminada, situada sobre mi cabeza. Agucé el oído, y desde dentro llegaban ruidos de cubiertos y ollas junto con voces de trabajo bullicioso.

… Eran unas cocinas.

Yo me sentía irremediablemente triste, pero fui animándome poco a poco, me llevé las manos a la cabeza y sonreí débilmente. Y me levanté, me sacudí la falda, decidí reanudar el regreso a casa de los Tanabe y empecé a andar.

Dios mío, dame fuerzas.

—Me estoy cayendo de sueño —le dije a Yûichi en cuanto llegué a casa de los Tanabe, y me metí en la cama.

Había sido un día agotador. Pero llorar me había aliviado mucho y pronto me visitó un sueño apacible.

«¡Caramba! Si ya está durmiendo», tuve la sensación… de que oía en algún rincón de mi mente la voz de Yûichi, que había ido a la cocina a tomar un té.

Yo, yo estaba soñando.

Limpiaba el fregadero de la cocina de la casa que acababa de dejar.

Echaba de menos el color verde amarillento del suelo de la cocina… Cuando vivía allí lo odiaba, pero al separarme de él empecé a añorarlo con toda mi alma.

Terminamos de preparar la mudanza, e imaginé que ya no quedaba nada ni dentro del armario ni encima del carrito. En realidad, estas cosas ya no estaban allí desde hacía tiempo.

Entonces me di cuenta de que Yûichi estaba secando el suelo, a mano, con una bayeta. Esto me era de gran ayuda.

—Descansa un poco, que te hago un té —dije.

Estaba vacío y la voz resonaba mucho. La sentía resonar y resonar.

—Bueno —dijo.

Y levantó la cabeza. Yo pensé que no hacía falta sudar tanto para limpiar una casa que va a dejarse. Era muy propio de él.

—¿Es ésta tu cocina?

Yûichi se sentó en un cojín que había en el suelo, y, mientras tomaba el té que le había servido en un vaso porque ya había empaquetado las tazas, dijo:

—Era una buena cocina, ¿verdad?

—Sí, desde luego —dije.

Yo, por mi parte, estaba bebiendo té en un bol de arroz, sosteniéndolo con las dos manos como en la ceremonia del té.

Había tanta tranquilidad como dentro de una caja de cristal. Levantó los ojos hacia la pared y sólo quedaba la huella del reloj.

—¿Qué hora debe de ser? —dije.

—Será medianoche —dijo Yûichi.

—¿Cómo lo sabes?

—Fuera está oscuro y, además, por la tranquilidad…

—Entonces, es una fuga nocturna, ¿verdad?

—Pues, como íbamos diciendo… —dijo Yûichi—, ¿también te irás de casa, verdad? No te vayas.

Me sorprendió porque eso no tenía nada que ver con lo que estábamos diciendo y miré a Yûichi.

—Supongo que crees que yo también vivo sólo para mis caprichos, como Eriko; pero decirte que vinieras a casa es algo que pensé con mucho detenimiento. Tu abuela siempre se preocupaba por ti, pero quizá sea yo quien mejor comprenda cómo te sientes. Sé que cuando estés bien te irás, a pesar de que intentemos retenerte. Pero ahora es imposible. No hay nadie cercano a ti para decírtelo, por eso yo, a cambio, te he observado. El dinero que gana mi madre es para gastar en cosas así, no sólo para comprar licuadoras —sonrió—. Hazme el favor de aprovecharlo. No tengas prisa. —Decía una palabra tras otra, sin poner sentimiento alguno, mirándome a los ojos con sinceridad, como si estuviera convenciendo a un asesino de que se entregara.

Asentí.

—… Bien, sigamos limpiando el suelo —dijo.

Yo también cogí los trastos de fregar y me levanté.

Mientras lavaba los vasos, entre el ruido del agua, oí a Yûichi canturrear una canción:

«Para no quebrar
la sombra de la luz de luna
he detenido la barca en el extremo del cabo».

—Me suena. ¿Qué es? Me gusta mucho. ¿De quién es? —dije.

—Pues… de Momoko Kikuchi. Es pegadiza, ¿verdad?

Yûichi sonrió.

—Sí, mucho.

Mientras yo limpiaba el fregadero y Yûichi fregaba el suelo, seguimos

cantando a dúo. A medianoche, nuestras voces resonaban en la cocina silenciosa y nos lo pasábamos en grande.

—Aquí, éste es el trozo que más me gusta.

Y canté el encabezamiento de la segunda estrofa:

«La luz que gira…
… el faro
… lejos
… nuestra noche
… un rayo de luz
entre las hojas…».

Los dos volvimos a cantar en voz alta:

«La luz que gira
en el faro
allá lejos
en nuestra noche
es como un rayo de luz
entre las hojas de los árboles».

Y me fui de la lengua:

—Oye, la abuela duerme cerca, y si cantamos tan fuerte, se despertará.

De inmediato comprendí que había metido la pata.

Yûichi pareció creerlo todavía más que yo y la mano que estaba fregando el suelo se detuvo por completo. Se volvió y me miró con cara de susto.

Yo no sabía qué hacer y, sonriendo, disimulé.

Y el hijo que Eriko había criado con cariño se convirtió, de repente, en un príncipe. Dijo:

—Cuando terminemos de ordenar todo esto, al volver a casa, a medio camino en el parque, comeremos *ramen* en una caseta.

Y me desperté.

En el sofá de los Tanabe, de madrugada… No solía acostarme pronto. Fui a la cocina a beber agua, pensando: «¡Qué sueño tan raro!». Tenía algo helado en el corazón. La madre aún no había vuelto. Eran las dos.

Todavía permanecía vívida la sensación del sueño. Al oír salpicar el agua en el acero inoxidable, pensé vagamente en limpiar el fregadero.

Era una noche tan silenciosa y solitaria que parecía que el ruido de las estrellas al deslizarse por el cielo llegaba hasta el fondo del oído. Mi corazón seco iba absorbiendo un vaso de agua. Hacía un poco de frío y mis pies desnudos tiritaban dentro de las zapatillas.

—Buenas noches —dijo Yûichi, apareciendo por detrás.

Me asusté.

—Ah, ¿qué pasa?

Me di la vuelta.

—Me he despertado y tenía hambre, así que he pensado en… hacerme *ramen* o algo…

Farfulló atontado, con la cara abotagada, el Yûichi real, completamente diferente de mi sueño. Y yo, aún con los ojos hinchados de llorar:

—Voy a hacerte algo, siéntate. En mi sofá —dije.

—Ah, en tu sofá.

Y diciendo eso, se dirigió tambaleante al sofá y se sentó.

Abrí la nevera bajo la luz de aquella pequeña habitación que flota en la oscuridad. Corté las verduras. Y en aquella cocina, en mi preferida… De repente, pensé que lo del *ramen* era una extraña coincidencia y, bromeando, dije a Yûichi sin volverme:

—En un sueño también hablábamos de *ramen,* ¿sabes? —dije.

Y no hubo ninguna reacción. Pensé que se había dormido y, al volverme, vi que Yûichi me miraba con ojos atónitos.

—Qué increíble, ¿no? —dije.

Y Yûichi, como si murmurara:

—El suelo de tu casa de antes, ¿era verde amarillento? —dijo—. Y esto no es un acertijo.

A mí me pareció chocante, pero después me convencí:

—Gracias por haberme ayudado a limpiar —dije. ¿Será porque una mujer siempre tiene una respuesta más rápida?

—Me he despertado —dijo. Y como es humillante perder la competición—: Quiero que me sirvas el té en algo que no sea un vaso —sonrió.

Y al decir:

—Sír… vetelo tú mismo.

—Eso. Voy a hacer zumo con la licuadora, ¿quieres uno? —dijo.

—Sí.

Yûichi, contento, cogió unos pomelos de la nevera y sacó la licuadora de la caja.

Yo cocía el *ramen* mientras oía el ruido estrepitoso de la licuadora haciendo los dos zumos, en la cocina, de madrugada.

Podría pensarse que era algo extraordinario, pero también podría pensarse que era algo sin importancia. Y que era un milagro y, también, que era algo natural.

Sea como sea, guardo en mi corazón una emoción suave que desaparece cuando se expresa con palabras. El futuro es largo. En las noches y mañanas que irán sucediéndose, alguna vez, quizás este momento se convierta en un sueño.

—También convertirse en una mujer es tremendo, ¿sabes? —dijo Eriko un anochecer.

Levanté los ojos de la revista que estaba leyendo, y dije:

—¿Cómo?

La hermosa madre estaba regando las plantas de la ventana poco antes de ir al trabajo.

—Mikage, espero mucho de ti, por eso he tenido ganas de decírtelo. Yo también, cuando tenía a Yûichi entre mis brazos, mientras lo criaba, lo comprendí, ¿sabes? Hay muchas cosas amargas, muchas. En realidad, una persona que quiera independizarse tiene que cuidar de algo, ¿sabes? De niños, o de plantas, algo. Así conoces tus propios límites. Éste es el principio de todo.

Me explicó su filosofía de la vida en un tono cantarín, como una canción.

Me emocioné y dije:

—Hay muchas cosas duras, ¿verdad?

—Pues sí, pero una persona tiene que estar completamente desesperada una vez en su vida y, entonces, sabe a qué cosas de sí misma no puede renunciar. Si

no, llegará a la madurez sin saber qué es realmente lo importante. Yo he tenido suerte, ¿no crees? —dijo ella. El cabello que caía sobre su hombro ondeaba—. Hay muchas cosas que…, creo que hay cosas tan desagradables que parecen estar podridas. Hay cosas tan duras que dan ganas de apartar la vista. Ni siquiera el amor puede salvarte del todo.

Sin embargo, ella envuelta en el sol poniente del crepúsculo, iba regando las plantas con sus manos delgadas. El anillo del arco iris pareció brillar con una luz cálida en el chorro de agua transparente.

—Me parece que te comprendo —dije.

—Mikage, me gusta mucho tu corazón puro. La abuela que te educó debía de ser una persona magnífica —dijo su madre.

—Era una persona de la que podías sentirte orgullosa.

Sonreí.

—¡Qué bien! —dijo.

Y se rió dándome la espalda.

Yo dirijo los ojos de nuevo a la revista y pienso: «No puedo quedarme siempre aquí». Es tan doloroso que me hace dudar, pero es evidente.

Alguna vez, en otro lugar, ¿pensaré en este sitio con añoranza?

¿O volveré a estar en esta cocina alguna otra vez?

Pero ahora estoy en este lugar con el chico de ojos dulces y con esta madre activa. Esto es todo.

Cuando crezca más y más, me pasarán cosas diferentes, muchas veces me hundiré hasta el fondo. Muchas veces sufriré, muchas reapareceré. No habrá derrota. No dejaré de luchar.

Una cocina de sueño.

Habrá muchas, muchas. En mi corazón. O en la realidad. O en el destino de un viaje. O sola, o con muchos otros, o dos a solas, en todos los lugares de mi vida habrá seguramente muchas cocinas.

Luna Llena

Eriko murió a finales de otoño. Un loco la acosaba, y acabó asesinándola. Aquel hombre vio a Eriko por primera vez en la calle, le gustó y la siguió y, así, supo que ella trabajaba en un bar gay. Luego le escribió una larga carta diciéndole que había sido un golpe para él que ella, una mujer tan hermosa, fuese un hombre, pero empezó a frecuentar el local. Cuanto más a menudo iba, más frías se mostraban Eriko y las chicas del bar, y, una noche, él gritó que lo habían puesto en ridículo y se abalanzó sobre Eriko con un cuchillo. Eriko, a pesar de estar desangrándose, asió con las dos manos una pesa de adorno que había sobre la barra y mató a golpes a su agresor.

Dicen que éstas fueron sus últimas palabras: «… Ha sido en defensa propia, así que estamos en paz, ¿no?».

Cuando yo, Mikage Sakurai, me enteré de esto ya era invierno. Yûichi me llamó, al fin, mucho tiempo después de que todo hubiera terminado.

—Murió luchando —dijo Yûichi de repente. Era la una de la madrugada. Yo, que me había despertado con un sobresalto al sonar el teléfono en la oscuridad, descolgué y no entendía nada. Mi cabeza medio dormida imaginaba alguna escena de una película bélica.

—¿Yûichi? ¿Qué? ¿De qué me hablas? —repetí la pregunta.

Yûichi, tras un silencio, dijo:

—Mi madre…, bueno, tendría que decir mi padre…, lo han asesinado.

Yo no comprendía nada. Nada en absoluto. En realidad, Yûichi no parecía tener muchas ganas de hablar, pero poco a poco fue contándome la muerte de Eriko mientras yo enmudecía conteniendo el aliento. Me costaba creerlo, cada vez más. Mis pupilas se quedaron inmóviles y el auricular del teléfono se alejó un instante.

—Eso… ¿cuándo ha sucedido? ¿Hace poco?

Se lo pregunté sin saber ni de dónde salía mi voz ni lo que decía.

—… No, hace ya mucho tiempo. Hice un funeral sencillo sólo con la gente del bar… Perdóname, me fue imposible avisarte.

Sentí como si me arrancasen el corazón. «Entonces, ella ya no está. Ya no está en ninguna parte».

—Lo siento, lo siento de veras —repitió Yûichi.

El teléfono no transmite nada. No podía ver la cara de Yûichi, no sabía si él quería llorar, reír a carcajadas, hablar a solas conmigo tranquilamente, o estar solo.

—Yûichi, voy ahora mismo, ¿te importa? Me gustaría verte y hablar contigo —dije.

—Ven, y luego te acompaño a casa.

Por su manera de asentir fui incapaz de interpretar sus sentimientos.

—Hasta ahora —y colgué.

¿Cuándo la vi por última vez? ¿Nos despedimos con una sonrisa? La cabeza me daba vueltas. A principios de otoño dejé la universidad y empecé a trabajar como ayudante de una profesora de cocina. Poco tiempo después me fui de casa de los Tanabe. Había vivido medio año en aquella casa con Yûichi y su madre, que era un hombre, después de quedarme sola tras la muerte de mi abuela… Cuando volví a mudarme, ¿fue ésa la última vez en que la vi?, Eriko lloró un poco y me dijo que, como iba a vivir cerca de su casa, la visitara algunos fines de semana… No. La vi a finales del mes pasado. Sí, aquella vez, de noche. Sí, fue aquella noche.

No podía dormir y salí a comprar unos flanes al Family Mart[5]. Eriko estaba en la puerta, comiendo *oden* y bebiendo café en un vaso con las chicas de su bar, que en realidad eran hombres, después del trabajo. Cuando la llamé: «Eriko», me cogió las manos y dijo sonriendo: «Pero, oye, si has adelgazado mucho desde que no estás en casa». Llevaba un traje azul de una pieza.

Cuando salí de la tienda, después de comprar los flanes, Eriko, con el vaso en la mano, estaba mirando con ojos duros la calle que brillaba en la oscuridad. Le dije bromeando:

—Eriko, tienes cara de hombre.

Ella se rió y dijo:

—Cállate. Tengo una hija que no hace más que decir cosas desagradables. Deben de ser tonterías de adolescente.

Le dije:

—Ya soy adulta —y las chicas del bar se rieron.

—Nos visitarás, ¿verdad? Me he alegrado mucho de verte.

Nos despedimos con una sonrisa. Fue la última vez.

¿Cuántos minutos tardé en encontrar el pequeño juego de cepillo de dientes para viaje y la toallita? No hice más que cosas incoherentes: abrir y cerrar los cajones y la puerta del lavabo, tirar un jarrón y secar el suelo, dar vueltas por la habitación… y, al darme cuenta de que no tenía nada en las manos, me reí un poco, con toda la razón, y me dije cerrando los ojos: «Cálmate».

Metí el cepillo de dientes y la toalla en el bolso, comprobé varias veces si el gas estaba cerrado y el contestador automático puesto, y salí del apartamento tambaleándome.

Y, poco después, advertí que estaba ya andando por las calles en la noche de invierno, de camino a casa de los Tanabe. Caminaba bajo el cielo estrellado haciendo tintinear las llaves cuando empecé a derramar lágrimas, una tras otra. La calle, mis pies y la hilera de casas se veían cálidamente distorsionados. Pronto me quedé sin aliento, casi me muero. Intenté desesperadamente aspirar el aire frío, pero tuve la sensación de que entraba muy poco en mi pecho. Sentía que algo punzante, oculto en el fondo de mis pupilas, iba enfriándose deprisa al ser expuesto al viento.

No podía ver con claridad ni los postes eléctricos ni las farolas ni los coches aparcados ni el cielo negro que se presentaban siempre ante mis ojos. Todo brillaba irrealmente, bonito y deformado, como una ilusión, y se acercaba a mis ojos con rapidez. Sentí que, sin poder evitarlo, la energía salía a raudales de mi cuerpo y desaparecía con un silbido en la oscuridad.

Cuando murieron mis padres, yo era todavía una niña. Cuando murió mi abuelo, estaba enamorada. Y, ahora, siento la soledad mucho más aún que cuando murió mi abuela y me dejó sola.

Desde el fondo de mi corazón quería renunciar a la vida, a seguir adelante. Sin falta, llegará mañana, y pasado mañana, y, pronto, la semana que viene. Nunca había pensado que esto pudiera ser tan fastidioso. Seguramente, mi estado de ánimo, también en aquel momento, era triste y oscuro, y esto me desagradó de veras. Mi imagen, andando sin ánimo por la calle oscura con una tormenta en el corazón, era patética.

Quería poner punto final a todo aquello: «Cuando vea a Yûichi», pensé, «y me lo cuente todo detalladamente…». Pero ¿y qué?, ¿de qué serviría? Era como si una lluvia fría cesara en la oscuridad. No era una esperanza. Era una corriente pequeña y oscura que desembocaba en una desesperación aún mayor.

Llamé al timbre de casa de los Tanabe sumida en un cúmulo de sensaciones y jadeando, ya que había subido a pie hasta la décima planta sin darme cuenta de lo que hacía.

Oí que Yûichi se acercaba a la puerta con el sonido inolvidable de sus pasos. Cuando vivía en esta casa, a menudo salía sin llaves, y acostumbraba a llamar al timbre a medianoche. Siempre se levantaba Yûichi, y yo oía cómo él quitaba la cadena.

Se abrió la puerta y Yûichi, un poco más delgado, se asomó.

—Hola —dijo.

—Cuánto tiempo sin verte —y me alegré de que viera mi rostro sonriente. Mi corazón estaba realmente contento de verlo—. ¿Puedo pasar?

Al oírme, Yûichi, que estaba perplejo, reaccionó, sonrió débilmente y dijo:

—Sí, claro. Me has sorprendido porque creía que estarías muy enfadada. Perdona, pasa.

—Yo —dije— no me enfado por esas cosas. Ya lo sabes.

Yûichi me mostró, esforzándose, la cara sonriente de siempre y dijo:

—Sí.

Yo le devolví la sonrisa y me quité los zapatos.

Al principio, la habitación donde había vivido hasta poco antes se me hizo extraña, pero pronto me acostumbré a su olor y me llenó de gratos recuerdos. Mientras pensaba todo esto, hundida en el sofá, Yûichi trajo café.

—Me da la sensación de no haber entrado en esta casa desde hace mucho tiempo —dije.

—Y es verdad. Estabas muy ocupada. ¿Cómo va el trabajo? ¿Es interesante? —dijo Yûichi, sereno.

—Sí, de momento todo me lo parece. Incluso disfruto pelando patatas. Estoy en esta fase —contesté sonriendo.

Entonces Yûichi dejó la taza y abordó el tema:

—Esta noche, por primera vez, he pensado con claridad. Me he dicho: «No puedo seguir sin avisar a Mikage, tengo que hacerlo ahora mismo», y te he llamado.

Yo lo escuchaba inclinada hacia él y lo miré fijamente. Yûichi empezó a hablar:

—Hasta el entierro, estuve muy aturdido. Tenía la mente en blanco y a mi alrededor todo estaba oscuro. Ella era la única persona que había vivido conmigo desde que tengo uso de razón, y me quedé más confuso de lo que jamás pude imaginar. Tenía que hacer muchas cosas y pasaron los días, uno tras otro, sin saber cómo. Como ves, no fue una muerte natural, lo que es muy propio de ella, sino un asesinato, un caso criminal. Tuve que ver a la mujer y a los hijos del asesino. Las chicas del bar estaban histéricas y, si no llego a comportarme como el hijo mayor, la situación no se hubiera solucionado. Siempre te tenía en mi mente. De verdad. Siempre pensaba en ti. Pero me sentía incapaz de llamarte. Tenía miedo de que, en cuanto te lo dijera, todo se hiciese real. Tenía miedo de haberme quedado completamente solo al morir de aquella forma mi padre, que era mi madre. De todas formas, ahora me doy cuenta de que es imperdonable no haberte avisado antes, siendo como era también para ti una persona tan querida, ¿verdad? Seguramente perdí la razón —dijo Yûichi mirando el vaso que tenía en la mano.

—Parece como si, a nuestro alrededor —éstas fueron las palabras que salieron de mis labios—, siempre estuviera lleno de muerte. Mis padres, mi abuelo, mi abuela…, la madre que te dio a luz y, además, Eriko. Es horrible. No creo que haya, en todo el universo, nadie como nosotros dos. Si fuese casualidad que nos lleváramos bien, sería una casualidad extraordinaria… La muerte, la muerte.

—Sí —sonrió Yûichi—. Seguramente podríamos hacer un buen negocio

viviendo junto a alguien de quien se desea la muerte. Seríamos unos asesinos pasivos.

Mostraba un rostro sonriente, triste y luminoso al tiempo, como si esparciera luz. La noche se hacía más y más profunda. Me di la vuelta y contemplé el parpadeo del hermoso paisaje nocturno al otro lado de la ventana. Las calles que se veían desde lo alto estaban bordeadas por pequeñas luces e hileras de coches que corrían por la noche como ríos de luz.

—Me he quedado solo, al fin —dijo Yûichi.

—Para mí es ya la segunda vez. Y no es que me sienta orgullosa de ello.

Lo dije riendo y, de repente, de los ojos de Yûichi cayeron lágrimas.

—Echaba de menos tus bromas —dijo secándose los ojos con el brazo—. De veras, tenía muchas ganas de oírlas.

Alargué los brazos, le abracé fuerte la cabeza, y dije:

—Gracias por llamarme.

Me quedé el jersey rojo de Eriko como recuerdo. Porque recordaba que una noche me lo hizo probar y dijo: «Te sienta mejor que a mí. Qué rabia, y mira que me ha costado caro».

Luego, Yûichi me dio el testamento de ella, que estaba en un cajón del tocador. Dijo:

—Buenas noches —y se fue a su habitación.

Lo leí sola.

«Querido Yûichi:

»Es una sensación rarísima estar escribiendo esta carta a mi propio hijo, pero últimamente siento que mi vida peligra. Por eso, pensando en lo peor, te escribo. Bueno, es una broma. Tal vez algún día leamos juntos la carta y nos riamos.

»Pero, imagínate, si yo muriera te quedarías solo. Igual que Mikage, ¿no? Ya no podrías burlarte de ella. No tenemos parientes. Cuando me casé con tu madre, ellos rompieron el vínculo familiar y, al convertirme en mujer, según me dijeron, me maldecían. Así que ni en sueños pienses en ponerte en contacto con tus abuelos, ¿comprendes?

»Escucha, Yûichi. Hay diferentes tipos de personas en este mundo, ¿verdad? A algunos me resulta difícil comprenderlos. Hay personas que viven en la sordidez más absoluta. Otras intentan llamar la atención de los demás haciendo a sabiendas lo que les repugna, hasta que se encuentran acorraladas. Yo no entiendo esta manera de proceder. Aunque sufran, no hay motivo para compadecerlas. Yo me arriesgo y vivo con alegría. Soy hermosa. Yo brillo. Ya me he hecho a la idea de que por atraer a los demás, aunque sientas por ellos poco interés, hay que pagar un tributo. Por eso, en el caso de que sea asesinada, piensa que ha sido un accidente. No imagines cosas extrañas. Confía en mí, que vivía contigo.

»He intentado escribir esta carta en tono masculino. Me he esforzado, pero me resulta extraño. Me da vergüenza y no puedo seguir. Hace mucho tiempo que me convertí en una mujer, pero estaba convencida de que, en algún lugar dentro de mí, existía un yo masculino, mi verdadero yo, y de que estaba desempeñando simplemente el papel de mujer. Pero soy mujer en cuerpo y alma. Soy realmente tu madre, ¿verdad? Me estoy riendo.

»Yo amo la vida. Era un hombre y me casé con tu madre; después de su muerte he vivido como una mujer, te he criado y educado, hemos vivido juntos y nos lo hemos pasado muy bien… ¡Ah!, y hemos adoptado a Mikage. Ha sido divertidísimo, ¿verdad? No sé por qué, pero me gustaría muchísimo verla. Ella también es mi hija querida.

»Me siento muy sentimental.

»Dale recuerdos a Mikage. Y dile que no se decolore los pelos de las piernas delante de los chicos. No es decoroso, ¿no te parece?

»Te dejo todo lo que tengo. Ponte en contacto con mi abogado, tú solo no te aclararías con los papeles. De todos modos, todo es tuyo excepto el bar. ¡Qué bien, ser hijo único!

»Eriko».

Terminé de leerla y la doblé tal como estaba antes. Olía ligeramente al perfume de Eriko y sentí una punzada en el corazón. También este aroma desaparecerá algún día, y ya no olerá por más que se abra la carta. Creo que estas cosas son las más dolorosas.

Me acosté en el sofá, mi cama cuando vivía en esta casa, y me evocó unos recuerdos tan gratos que me llenaron el pecho.

La noche visitó, igual que antes, la misma habitación, y la silueta de las plantas de la ventana miraba las calles en la noche. Pero, por mucho que la esperemos, ella no volverá.

Cuando se acercaba el amanecer, se oían su tarareo y sus tacones, que se aproximaban, y abría la puerta con la llave. Al volver del bar… siempre estaba un poco ebria. Yo entreabría los párpados. Oía los ruidos de la ducha, de las zapatillas, del calentador de agua…, me tranquilizaba volvía a dormirme. Siempre era así. Es inolvidable. La echo tanto, tanto de menos.

Yûichi, que duerme en la habitación de enfrente, ¿habrá oído mi sollozo? ¿Estará inmerso en un sueño doloroso y pesado?

Esta pequeña historia empieza aquella noche triste.

Al día siguiente, nos despertamos los dos por la tarde, a una hora bastante avanzada. Yo tenía el día libre. Leía el periódico con desgana, comiendo pan, cuando Yûichi salió de su habitación. Se lavó la cara y se sentó a mi lado:

—A ver, quizá me pase un rato por la universidad —dijo bebiéndose un vaso de leche.

—Vaya con los estudiantes. Hacéis lo que queréis —dije.

Le di la mitad del pan. Yûichi lo cogió, dijo:

—Gracias —y se lo comió.

Estábamos así, inclinados delante de la tele, y entonces tuve una sensación extraña, la de ser una verdadera huérfana.

—Mikage, ¿vuelves esta noche a tu casa? —me dijo Yûichi levantándose.

—A ver… —pensé—, me iré después de la cena.

—Caramba. Una cena hecha por una profesional —dijo Yûichi.

Me pareció una idea muy alegre y me lo tomé muy en serio:

—De acuerdo. Lo haremos a lo grande. Ya verás, cocinaré hasta morir.

Planeé con entusiasmo un gran banquete, apunté en un papel todos los ingredientes y le ordené que fuera a comprarlos:

—Coge el coche. Y cómpralo todo. Son las cosas que más te gustan, así que vuelve pronto, contento y con la idea de comértelo todo hasta reventar.

—¡Bah! Hablas como una esposa —y se marchó protestando.

En cuanto se cerró la puerta y me quedé sola, me di cuenta de que estaba muy cansada. La habitación estaba tan silenciosa que no se sentía el tiempo que marcaban los segundos. Reinaba una atmósfera inmóvil que me hacía sentir culpable de que sólo yo viviera y me moviese.

Una habitación siempre es así después de que alguien haya muerto.

Hundida en el sofá, miraba distraídamente cómo el gris de principios de invierno cubría las calles al otro lado del ventanal.

Pensé que no podía soportar el aire frío y pesado del invierno que se filtraba como una niebla por parques y calles, por todos los lugares de aquel pequeño barrio. Me sentía aplastada. No podía respirar.

Los grandes hombres, sólo con existir, emiten una luz que ilumina a quienes están a su alrededor. Y cuando esta luz se apaga proyecta una sombra pesada, irremediable. Quizá fuera una grandeza pequeña, pero Eriko estuvo aquí y luego desapareció.

Al tenderme en el sofá, recordé lánguidamente que el techo blanco me había salvado. Justo después de morir mi abuela, lo contemplaba a menudo por las tardes, cuando no estaban ni Yûichi ni Eriko.

Sí, mi abuela murió, perdí a la única persona de mi sangre y pensé que no tenía sentido. Estaba convencida de que no podía haber cosa más absurda que ésa, pero sucedió algo aún peor. Eriko fue para mí un ser gigantesco.

Aunque sea cierto que la buena y la mala suerte existen, depender de ellas es una actitud muy cómoda. Sin embargo, aunque pensara así, mi dolor no disminuiría. Desde que me di cuenta de esto, me convertí en una adulta repugnante capaz de compaginar las cosas más absurdas con las de todos los días. Pero me hizo la vida más fácil.

Justamente por eso me pesaba tanto el corazón.

Empezaron a extenderse unas nubes sombrías que se teñían ligeramente de naranja. Pronto, poco a poco, iría cayendo, fría, la noche. Y penetraría en el hueco de mi corazón.

Me entró sueño, pero dije:

—Si me duermo ahora, tendré una pesadilla.

Y me levanté. Luego, entré en la cocina de los Tanabe por primera vez después de mucho tiempo. Por un instante, apareció la cara sonriente de Eriko y me dolió el corazón. Pero tenía ganas de moverme. Parecía que últimamente no habían usado aquella cocina. Estaba ligeramente sucia y opaca. Empecé a limpiarla. Froté la cocina de gas y el fregadero con el estropajo. Lavé la fuente del horno y afilé los cuchillos. Lavé todos los paños de cocina hasta que quedaron muy blancos y sentí que, realmente, mi corazón recobraba el ánimo.

¿Por qué amo tanto las cosas de la cocina? Es extraño. Las quiero como un anhelo lejano grabado en la memoria de la mente. Cuando estoy aquí, todo regresa al punto de partida y hay algo que vuelve a mí.

Aquel verano había estudiado cocina, concentrando todos mis esfuerzos y sin profesor.

Es difícil olvidar aquella sensación, como si vibraran todas las células de mi cabeza.

Compré tres libros: introducción, teoría y práctica, y cociné todos los platos que había. Leí el libro de teoría en el autobús, en mi cama del sofá, y memoricé las calorías, las temperaturas, los ingredientes… Aproveché todo el tiempo libre para cocinar allí. Todavía tengo a mano, guardados como una joya, los tres libros completamente manoseados. Tengo cada una de las páginas ilustradas grabadas en la cabeza como los cuentos que amaba cuando era niña.

Yûichi y Eriko me decían a menudo: «Mikage, estás loca. Sí, lo estás». Y, realmente, como una loca, cociné, cociné y cociné todo el verano con fervor. Invertí todo el dinero que ganaba con mi trabajo de estudiante, y cuando fracasaba lo repetía todo, en un arrebato de ira, nerviosa; o por el contrario, con amor, hasta que saliera bien.

Recuerdo que, gracias a esas prácticas, comimos a menudo los tres juntos. Fue un verano estupendo.

La brisa del atardecer entraba por la ventana con tela metálica, y contemplando el cielo que se extendía azul con los últimos restos del calor, comíamos carne de cerdo hervida, fideos chinos fritos, ensalada de sandía… Cociné para ella, que se ponía contentísima con cualquier cosa que preparaba, y para él, que glotoneaba en silencio.

Tardé bastante tiempo en saber preparar algunos platos como *tempura*, tortillas con muchos ingredientes o platos con una presentación complicada… Los puntos flacos de mi carácter son la impaciencia y el descuido, pero nunca había imaginado que eso repercutiera de tal modo en la cocina. Era incapaz de esperar a que subiera suficientemente la temperatura, empezaba a cocinar sin que se escurriese bien… Me sorprendió que esas cosas tan triviales se reflejaran, sin fallar, en la presentación de la comida. Así, aunque fuera capaz de hacer la cena de un ama de casa, nunca haría los platos fotografiados en las páginas de un libro de cocina.

Y, qué remedio, me propuse hacerlo todo con minuciosidad. Secaba bien los boles, cerraba la tapa del bote de las especies cada vez que las usaba y pensaba detenidamente qué debía hacer a continuación. Cuando estaba a punto de estallar de nervios, respiraba hondo y me relajaba. Al principio estaba loca de impaciencia, pero cuando todo empezó a ir bien, pensé: «Parece que se ha arreglado todo, incluso mi carácter…». Pero era falso.

En realidad, convertirme en ayudante de la profesora de cocina, con la que ahora estoy, me pareció increíble. La profesora es una mujer famosa que no sólo da clases, sino que presenta muchos trabajos destacados en la televisión y en las revistas. Por esta razón dicen que había muchas aspirantes en el examen que aprobé. Me enteré de esto más tarde. Pensé que había tenido una suerte extraordinaria al haber podido entrar en un lugar así, habiendo estudiado sólo un verano y con tan poca experiencia, y estaba contentísima, pero me bastó mirar a las mujeres que iban a aprender cocina a la escuela para convencerme. Su mentalidad era totalmente distinta a la mía.

Llevaban una vida feliz. Estaban educadas para no salir de este ámbito de felicidad por mucho que aprendieran. Quizá por tener unos padres cariñosos. Pero no conocían la verdadera alegría. Las personas no pueden elegir lo que es mejor. Cada uno está hecho para vivir su propia vida. La felicidad es vivir sintiendo, lo menos posible, que el hombre, en realidad, está solo.

Pero yo también creo que eso está bien. Sonreirán como una flor con el delantal puesto, aprenderán a cocinar, se enamorarán, atormentándose o desorientándose, y se casarán. Eso, creo que es magnífico. Es bonito y dulce. A mí me repugna mi vida, mi nacimiento, el ambiente en el que he crecido, todo, en especial cuando estoy muy cansada, cuando me salen granos en la cara o me

siento sola, o cuando llamo a mis amigos y no están. Acabo arrepintiéndome de todo.

Pero en la cocina, aquel verano tan, tan feliz…

No tenía ningún miedo de cortarme ni de quemarme, y no me importaba pasar la noche en vela.

Cada día temblaba de emoción al poder luchar de nuevo cuando llegara la luz. Un pedazo de mi alma quedó con aquel pastel de zanahoria que preparé tantas veces que casi aprendí a hacer de memoria, y hubiera arriesgado mi vida por conseguir aquellos tomates tan rojos que encontré en el supermercado.

Así conocí las cosas agradables y ya no pude volver atrás.

Quiero seguir sintiendo a toda costa que algún día he de morir. De otro modo, no sentiría que estoy viviendo. Por eso, mi vida es así.

Suspiro con alivio al salir a la carretera nacional después de andar por el borde de un precipicio en la oscuridad. Conozco la belleza del claro de luna que penetra en mi corazón, y contemplándola pienso: «Ya basta».

Cuando terminé de limpiar y de prepararlo todo, ya era de noche.

Al tiempo que sonó el timbre apareció Yûichi empujando la puerta con dificultad, con unas enormes bolsas de plástico entre los brazos. Fui hasta el recibidor, y:

—Es increíble —dijo Yûichi, y dejó las bolsas.

—¿Qué?

—He comprado todo lo que me has dicho pero, solo, no he podido traerlo todo hasta aquí.

—¡Ah!, claro.

Asentí con la cabeza y me hice la despistada, pero, como Yûichi puso cara de enfado, decidí bajar con él al parking.

Aún quedaban dos bolsas del supermercado, tan enormes que nos costó trabajo llevarlas a casa.

—Uff, también he comprado algunas cosas para mí —dijo Yûichi con la bolsa más pesada entre los brazos.

—¿Algunas cosas? —dije. Y vi, entre un champú y unas libretas, varios paquetes de comida precocinada Retort en la bolsa que yo llevaba, y, ¡claro!, vi

lo que había estado comiendo estos días—. Entonces, puedes hacer varios viajes.

—Sí, pero si vienes tú, podremos traerlo todo de golpe. Mira, la luna está preciosa —y señaló la luna con la barbilla.

—Sí. Es verdad.

Lo dije con ironía, pero, cuando entramos en el vestíbulo, me volví a mirarla con cierta pena. Emitía una claridad extraordinaria y estaba casi llena. En el ascensor, mientras subíamos, Yûichi dijo:

—Debe de tener alguna relación, ¿no?

—¿El qué?

—Pues eso, que has visto una luna muy hermosa. Esto influirá de alguna manera en la cocina, ¿no? Y no me refiero al nombre, como preparar *tsukimi udon*[6].

El ascensor se detuvo y, por un instante, sentí un vacío en el corazón. Ya fuera, al andar, le dije:

—¿Quieres decir en esencia?

—Sí, sí. Humanamente.

—Sí. La hay. Una relación absoluta —dije al instante.

Si hubiera sido el concurso: «Hemos preguntado a cien personas», las voces habrían resonado, como un rugido, diciendo: «Hay, hay».

—Claro, eso es. Siempre he pensado que serías una artista y estoy convencido de que, para ti, la cocina es un arte. Ya entiendo. Mikage, a ti te gusta realmente la cocina. Está muy bien.

Yûichi se quedó muy convencido, asintiendo él solo con la cabeza varias veces. Hablaba en un tono que parecía un monólogo. Yo le dije:

—Pareces un niño.

Me reí. La sensación de vacío que tenía antes tomó forma de palabras, y pensé: «Si está Yûichi, no necesito nada».

Fue sólo un instante, pero estas palabras me trastornaron. Porque brillaron muy fuerte y me deslumbraron. Acabaron colmando mi corazón.

Tardé dos horas en preparar la cena. Mientras tanto, Yûichi miró la televisión y peló patatas. Es muy hábil.

Yo aún sentía la muerte de Eriko como algo lejano. No podía afrontarla. Era

una verdad triste que iría acercándose poco a poco desde más allá del shock. Yûichi estaba abatido como un sauce azotado por la tormenta.

Y así, ahora, no había más remedio que estar los dos juntos evitando hablar de la muerte de Eriko y, con ello, notamos aún más la pérdida de la noción del tiempo y del espacio. Sentí que este lugar seguro era cálido pese a no tener continuidad. Sentí que algún día tendría que pagar esta deuda. Era un presentimiento enorme y terrible. Esta enormidad hacía resaltar a los dos huérfanos en la oscuridad solitaria.

Llegó una noche transparente, y empezamos a comer el banquete que yo había preparado: ensalada, empanadas, estofado, croquetas, *agedashi tofu, ohitashi, hamsame to tori no aemono, kiev,* cerdo agridulce, *shumai…*, una mezcla de comidas de diferentes nacionalidades, pero no importaba. Cenamos sin prisa, bebimos vino y nos lo comimos todo.

Curiosamente, Yûichi parecía borracho. Pensé: «¡Qué raro! Pero si no ha bebido apenas», pero miré hacia el suelo y me llevé un susto. Había una botella de vino vacía. Debía de haber bebido mientras yo preparaba la cena. Así pues, era normal que se hubiera emborrachado. Le pregunté sorprendida:

—Yûichi, ¿te has bebido toda la botella?

—Sí —dijo mientras comía apio tumbado boca arriba en el sofá.

—Pues no te salen los colores.

Yûichi puso una cara muy triste. Pensé que era difícil tratar con un borracho.

—Pero ¿qué te pasa?

Yûichi se puso serio.

—Durante todo el mes me han estado diciendo lo mismo. Estas palabras me llegan al corazón —dijo.

—¿Te refieres a los compañeros de la universidad?

—Sí.

—¿No has dejado de beber en todo el mes?

—No.

—Entonces es normal que no tuvieras ganas de llamarme —reí.

—El teléfono brillaba —dijo riéndose él también—. Cuando vuelvo a casa borracho, por la calle, de noche, la cabina de teléfonos está iluminada. Se ve

muy bien, de lejos, en la calle oscura. Pienso: «Tengo que llegar hasta allí y llamar a Mikage. El número es el…». Busco la tarjeta y entro en la cabina, pero al pensar dónde estoy y lo que tengo que decirte se me quitan las ganas de llamar. Al llegar a casa, me tumbo en la cama y sueño que Mikage llora, enfadada conmigo.

—Pero era en tu imaginación donde lloraba de rabia, ¿no? El miedo hace que las hormigas parezcan elefantes.

—Sí. Ahora me siento feliz.

Creo que ni él mismo sabía lo que estaba diciendo, y continuó con voz soñolienta:

—Mikage, mi madre ha muerto, pero tú has venido y ahora estás conmigo. Ya me había hecho a la idea de que, aunque te enfadaras y no quisieras volver a dirigirme la palabra, lo comprendería muy bien. Recordar la época en que los tres vivíamos aquí era demasiado doloroso y creía que no nos veríamos nunca más. Desde niño me ha gustado que alguien durmiera en el sofá de los invitados. Las sábanas blancas me daban la sensación de que estaba de viaje, aunque estuviera en mi casa… Estos días no he comido nada decente. Pensé varias veces en hacerme algo, pero también la comida emite luz. Y al comerla se apaga, ¿verdad? No quería que sucediera, así que sólo bebía. Pensaba: «Quizá, si se lo explico bien, Mikage se quede aquí. Al menos, me escuchará». Tenía miedo de hacerme falsas ilusiones esperando una felicidad tan grande. Mucho miedo: «A pesar de mis esperanzas, si Mikage se enfureciera, me hundiría hasta el fondo». No tenía ni confianza ni paciencia para explicarte mis sentimientos.

—Sí, muy propio de ti.

Mi tono era severo, pero mis ojos se compadecían de él. Habíamos vivido juntos mucho tiempo y al instante brotaba una comprensión profunda entre los dos, casi telepática.

Me pareció que mis sentimientos complejos llegaban a aquel borracho. Yûichi dijo:

—Me gustaría que hoy el día no terminase. Espero que esta noche dure siempre. Que te quedes aquí para siempre, Mikage.

—Pero si no me importa quedarme —le dije cariñosamente, pensando que, al fin, eran disparates de borracho—. Pero Eriko ya no está. Y eso de vivir los dos…, ¿como mujer o como amiga?

—¿Vendemos el sofá y compramos una cama doble? —se rió, y luego dijo con bastante sinceridad—: Ni yo mismo lo sé. —Al contrario de lo que podía parecer, su franqueza me emocionó. Continuó—: Ahora soy incapaz de pensar en nada. ¿Qué significas en mi vida? ¿Qué haré a partir de ahora? ¿Qué ha cambiado? No comprendo absolutamente nada. Podría intentar pensar, pero no puedo decidir nada en esta situación. Sólo sacaría conclusiones tontas. Tengo que salir de este agujero. Tengo que salir pronto. Ahora no puedo mezclarte en esto. Aunque estemos juntos los dos, no podrías estar contenta en el mismísimo centro de la muerte… Tal vez nunca puedas estarlo mientras estemos juntos.

—Yûichi, no pienses todo al mismo tiempo. Las cosas van siguiendo su curso natural —dije a punto de llorar.

—Sí. Seguramente, cuando me despierte mañana, ya habré olvidado todo. Últimamente siempre es así. No hay nada que continúe al día siguiente.

Y después, Yûichi, tendido boca arriba en el sofá, dijo:

—Qué situación.

Me parecía que toda la estancia estaba escuchándolo, sumergida en la noche sin palabras. Sentía que incluso la habitación estaba desconcertada por la ausencia de Eriko. La noche avanzaba e iba aplastándonos. Nos hizo sentir que no había nada que compartir.

Yûichi y yo subíamos a veces hasta lo alto de una escalera estrecha en la oscuridad negra y brillante, y mirábamos juntos el fuego del infierno. Con el reflejo en la cara de ese calor que casi nos hacía desmayar, contemplábamos cómo hervía a borbotones un mar de fuego que espumeaba al rojo vivo. La persona que estaba a mi lado era, ciertamente, mi único amigo, y estaba más cerca de mí que nadie en el mundo, pero, sin embargo, no nos cogíamos la mano. Nos sentimos muy solos, pero somos demasiado independientes. Y yo, mirando su perfil ansioso iluminado por el fuego, pensé que, a lo mejor, ésta sí era la verdad. No éramos un hombre y una mujer en el sentido convencional, pero éramos los verdaderos hombre y mujer, los primigenios. De todos modos, el lugar era horrible. No era un sitio donde dos personas pudiesen jurarse la paz.

—… No soy adivina. —Había estado tomándome estas imaginaciones en serio y acabé burlándome de mí misma.

Veía a un hombre y a una mujer que intentaban suicidarse, mirando el fuego del infierno. Por lo tanto, su amor iría a parar allí. No podía dejar de reír, me

sonaba que alguna historia parecida había ocurrido en los tiempos antiguos.

Yûichi se quedó profundamente dormido en el sofá. Tenía el rostro feliz por haber podido dormirse antes que yo. Cuando lo tapé con el *futon*, no se movió ni un ápice. Mientras fregaba los platos intentando hacer el menor ruido posible, derramé muchas lágrimas.

No por tener que fregar tantos platos yo sola, por supuesto, sino porque me habían abandonado en una noche muy fría que me paralizaba.

Al día siguiente, a mediodía, tenía que ir a trabajar. Por eso creí que sonaba el despertador, pero cuando alargué la mano… era el teléfono. Ya tenía el auricular en la mano.

—¿Diga? —Recordé al mismo tiempo que no era mi casa, y añadí apresuradamente—: Diga, es la casa de la familia Tanabe. —Entonces se oyó un «clic». Habían cortado.

Medio dormida, pensé que a lo mejor había llamado alguna chica y me supo mal. Miré a Yûichi. Todavía dormía profundamente. Pensé: «Qué le vamos a hacer», me arreglé, salí sin hacer ruido y me fui al trabajo. Pensé que ya decidiría aquella tarde si dormir o no allí por la noche.

Llegué al trabajo.

Las oficinas de la profesora ocupaban toda la planta de un gran edificio. Había una cocina para las clases y un estudio fotográfico. La profesora estaba revisando algunos artículos en su despacho. Era una mujer afable, todavía joven, que cocinaba maravillosamente y tenía muy buen gusto. Al verme, se quitó las gafas y empezó a darme indicaciones sobre lo que tenía que hacer.

Dijo que, como había mucho trabajo en la preparación de las clases, bastaba con que ayudara hasta tenerlo todo listo. Otra persona haría de ayudante principal. De modo que, entonces, mi trabajo terminaría antes del anochecer…

Me quedé desconcertada, pero me salvó una pregunta muy oportuna:

—Señorita Sakurai, tengo que ir a la zona de Izu a recoger algunos datos. Es un viaje de cuatro días. ¿Podría venir conmigo? Me sabe mal pedírselo tan de repente.

—¿Izu? ¿Es un trabajo para una revista? —dije sorprendida.

—Sí… A las otras chicas no les va bien. Es un proyecto que consiste en presentar platos famosos de varios hoteles y explicar cómo se preparan, ¿qué le parece? Nos alojaremos en hoteles de lujo. Pediré habitaciones individuales.

Pero tendría que contestarme cuanto antes, a ser posible antes de esta noche.

Respondí antes de que terminara de hablar:

—De acuerdo —acepté de buena gana.

—Me ha salvado —dijo la profesora sonriendo.

Yendo hacia la cocina, de repente, mi corazón se aligeró. Me parecía buena idea estar unos días fuera de Tokio y separarme de Yûichi.

Cuando abrí la puerta, Nori-chan y Kuri-chan, dos ayudantes que llevaban un año más que yo en el trabajo, estaban haciendo ya los preparativos.

—Mikage, ¿te ha hablado del viaje a Izu? —dijo Kuri-chan al verme.

—¡Qué bien! Dice que hay cocina francesa. También comerás mucho marisco y pescado —Nori-chan sonrió.

—A propósito, ¿cómo es que voy a ir yo? —pregunté.

—Lo siento. Nosotras no podemos ir porque nos apuntamos a unas clases de golf. Pero si te va mal, una de las dos puede dejarlo, ¿no, Kuri-chan?

—Sí, claro. Dínoslo con franqueza —me dijeron las dos amablemente.

Yo sonreí.

—No, no es ningún problema, en absoluto.

Dicen que las dos entraron en la escuela por recomendación, cuando se licenciaron en la misma universidad. Naturalmente, habían estudiado cocina cuatro años y eran profesionales.

Kuri-chan era alegre y muy mona, y Nori-chan era guapa y tenía aspecto de ser de buena familia. Las dos se llevaban muy bien. Siempre vestían ropas sorprendentemente elegantes y de buen gusto, e iban siempre muy bien arregladas. Eran modestas, amables y pacientes. Destacaban incluso entre las chicas de buena familia, que no eran pocas en el mundo de la cocina.

De vez en cuando la madre de Nori-chan telefoneaba. Su manera de hablar era tan dulce y amable que me hacía sentir incómoda. Me sorprendía que supiera tan puntualmente lo que pensaba hacer Nori-chan durante el día.

Es posible que las madres, en general, sean así.

Nori-chan, sujetando su cabello largo y suave con una mano, hablaba sonriendo con su madre por teléfono, con una voz que parecía un cascabel.

Me gustaban las dos a pesar de ser tan distintas a mí.

Ellas sonreían: «Muchas gracias», con sólo pasarles un cucharón. Cuando estaba resfriada, se preocupaban por mí y me preguntaban enseguida: «¿Cómo te

encuentras?». Cuando se reían con el delantal blanco, bajo la luz, me sentía tan feliz que casi me entraban ganas de llorar. Trabajar con ellas me hacía sentir dichosa y sosegada.

Había trabajo hasta las tres: distribuir los ingredientes en los boles para las alumnas, calentar grandes cantidades de agua, pesar…, bastantes trabajos pequeños.

La sala, con sus grandes ventanales por los que entraba la luz, con sus mesas, hornos y cocina de gas, me recordaba el aula de las clases de Hogar.

Trabajábamos alegremente, chismorreando. Eran más de las dos. De repente, alguien llamó fuerte a la puerta.

—Será la profesora —dijo Nori-chan ladeando la cabeza. Y contestó con voz suave—: Pase.

Yo estaba en cuclillas buscando el quitaesmalte dentro de mi bolso porque Kuri-chan había gritado: «¡Oh!, no me he quitado la laca de las uñas». Al abrirse la puerta, se oyó una voz femenina:

—¿Está la señorita Mikage Sakurai?

Al oír mi nombre me levanté sorprendida. No conocía a la chica que estaba en la puerta. Todavía conservaba algo infantil en sus facciones, posiblemente fuera más joven que yo. Era baja y tenía los ojos redondos, pero la expresión era dura. Estaba de pie, firme sobre sus escarpines color beige. Llevaba un jersey fino, amarillo, y una gabardina ocre. Sus piernas eran gruesas, pero daban la impresión de ser atractivas. Todo el cuerpo era redondo. Tenía el ceño fruncido y el flequillo cuidadosamente marcado. En su cara, regordeta, había un mohín de enfado en los labios rojos.

«No es que me disguste, pero…», pensé con apuro. Era grave que, al mirarla bien, no pudiese recordar quién era.

Nori-chan y Kuri-chan se quedaron perplejas y la miraban por encima de mi hombro. No podía hacer otra cosa, y dije:

—Perdone, ¿quién es usted?

—Me llamo Okuno. He venido para hablar contigo —dijo con voz aguda y ronca.

—Lo siento, pero ahora estoy trabajando. ¿No podrías llamarme a casa esta noche?

Y cuando terminé de decirlo:

—¿Te refieres a casa de Yûichi? —dijo en un tono duro.

Comprendí, al fin. Sin duda, ella era la persona que había llamado por la mañana. Estaba, segura.

—No, te equivocas —dije.

Kuri-chan dijo:

—Mikage, ya puedes irte. Le diremos a la profesora que has ido a comprar algunas cosas para el viaje.

—No hace falta. Terminaré enseguida —dijo ella entonces.

—¿Eres amiga de Yûichi? —pregunté con calma.

—Sí, soy una compañera de la universidad… He venido a pedirte un favor. Te lo diré claramente: No te ocupes más de Yûichi —dijo ella.

—Esto tiene que decidirlo él —dije—. Creo que no puedes decidirlo tú, ni en el caso de que fueras su novia.

Ella se puso roja de ira, y dijo:

—Pero ¿no te parece contradictorio? Dices que no eres su novia, pero vas a su casa, duermes allí y haces lo que se te antoja. Esto es mucho peor que vivir juntos —dijo a punto de llorar—. Yo, seguramente, comparándome contigo que vives con él, lo conozco poco, sólo soy una compañera de clase. Pero siempre he estado junto a él y le quiero. Ahora ha perdido a su madre y está destrozado. Hace tiempo le confesé lo que sentía por él. Entonces dijo: «Sí, pero Mikage…». Le pregunté si erais novios y dijo: «No, no», ladeó la cabeza y me pidió que dejáramos el tema para otra ocasión. Cuando ya todo el mundo en la universidad supo que vivía con una mujer, desistí…

—Ya no vivo allí —dije.

Ella interrumpió mis palabras, que la habían cortado, y prosiguió:

—Pero tú rehúyes todas las responsabilidades de una novia. Saboreas cómodamente la parte divertida del amor y dejas a Yûichi en una situación ambigua. Y cada vez se siente más inseguro porque coqueteas con él con esos brazos y piernas delgados y con tu pelo largo. Es muy cómodo estar siempre en esta situación, nunca demasiado cerca, nunca demasiado lejos. El amor, ¿no es algo más serio, cuidarse el uno al otro? Tú eludes esa carga con toda frescura, con aire de entenderlo todo… Deja a Yûichi. Por favor. Yûichi no hará nada mientras estés tú.

Sus palabras eran bastante subjetivas e interesadas, pero su agresividad era

certera y me hirió. Intentó seguir, abrió la boca para hablar, y le dije:

—¡Basta ya!

Ella se asustó y se calló.

—Comprendo lo que sientes, pero todos vivimos cuidando nuestros propios sentimientos. Y tú en ningún momento te has referido a los míos. ¿Cómo puedes saber que yo no pienso nada, si es la primera vez que me ves?

—¿Cómo puedes hablar tan fríamente? —me preguntó con lágrimas en los ojos—. Con esa actitud, ¿dices que quieres a Yûichi? No puedo creerlo. Has ido a dormir a su casa aprovechando la muerte de su madre. Es una jugada sucia.

Mi corazón estaba lleno de tristeza y repulsión. Ella no quería saber si mi relación con Yûichi era frágil o complicada, ni cuál era mi estado cuando me recogieron en su casa, ni si la madre de Yûichi era un hombre. Sólo había venido a moralizar. Después de llamar esta mañana, había hecho averiguaciones sobre mí, se había enterado del lugar donde trabajaba, apuntado mi dirección, había venido en tren desde lejos, y todo a pesar de no poder satisfacer su amor. Qué trabajo más triste y miserable. Al imaginar sus sentimientos de todos los días y su manera de pensar, y al recordar cómo había entrado en la sala incitada por la furia, realmente me dio pena.

—Yo también tengo sensibilidad —le dije—. Yo también acabo de perder a una persona querida, exactamente igual que él. Y éste es mi lugar de trabajo, si quieres decirme algo más… —La verdad es que pensaba decirle: «Llámame a casa», pero en lugar de eso acabé diciendo—: Lloraré y te clavaré un cuchillo, ¿te parece bien?

Pensé que eran unas palabras despiadadas. Ella me lanzó una mirada furiosa.

—He dicho todo lo que tenía que decir. Adiós —dijo con frialdad y se fue pisando con fuerza. Salió dando un portazo.

Aquella entrevista, en la que no había habido precisamente coincidencia de intereses, terminó dejándome un amargo sabor.

—Mikage, tú no has hecho nada malo, en absoluto —dijo Kuri-chan con aire preocupado, viniendo a mi lado.

Y Nori-chan dijo con dulzura mirándome fijamente:

—¡Qué chica tan rara! Creo que se ha vuelto loca de celos. Anímate, Mikage.

Y yo, sin moverme, me quedé de pie en la cocina donde penetraba la luz de

la tarde y pensé que estaba en una situación lastimosa: ¡Ay, ay, ay!

Al salir no había cogido el cepillo de dientes y la toalla, así que volví a casa de los Tanabe. Yûichi había salido. A mi aire, me preparé curri y me lo comí. Yûichi llegó cuando estaba dando vueltas distraídamente a la respuesta que me había dado a mí misma: «Para mí, cocinar y comer aquí es lo más natural del mundo».

—Hola —dije.

Él no sabía nada, ni tampoco tenía culpa alguna, pero no pude mirarle a los ojos, no sé por qué.

—Yûichi, tengo que ir a Izu pasado mañana, por el trabajo. Así que me voy a casa. Quiero ordenarla antes de irme, cuando vine la dejé patas arriba. Ah, todavía queda curri, puedes comértelo.

—Ah, bien. Te llevo en coche —sonrió Yûichi.

El coche arranca. Las calles quedan atrás. En menos de cinco minutos estaré en mi apartamento.

—Yûichi —dije.

—¿Sí? —dijo con las manos en el volante.

—Té. Vayamos a tomar un té.

—Pero ¿no tenías prisa? ¿No tienes que hacer el equipaje? A mí me es completamente igual.

—No, tengo muchas ganas de tomar té.

—Bien, vamos. ¿Adónde quieres ir?

—Pues…, ¡ah, sí!, vamos a aquella cafetería donde hacen té inglés, la que está encima del salón de belleza.

—Está en las afueras, está lejos…

—No importa, creo que es un buen lugar.

—Bien, vamos.

No sé la razón, pero Yûichi estaba muy amable. Como me sentía muy vulnerable, creo que si le hubiera dicho: «Vamos a ver la luna a Arabia», hubiese contestado: «Sí, vamos».

La pequeña cafetería de la segunda planta era clara y tranquila. Las paredes eran blancas y la calefacción estaba encendida. Fuimos hasta el fondo y nos

sentamos uno frente a otro. No había nadie y sonaba suavemente la música de la banda sonora de una película.

—Yûichi, ahora que lo pienso, ¿te has dado cuenta de que es la primera vez que entramos juntos en una cafetería? Me parece rarísimo —dije.

Yûichi puso cara de asombro. Tomaba té Harl Grey, que a mí me desagradaba por su mal olor. Recordé que por las noches en su casa se percibía a menudo este olor, parecido al jabón. Cuando yo estaba mirando la televisión, con el volumen muy bajo en la medianoche silenciosa, Yûichi, muchas veces, salía de la habitación y preparaba té.

En el fluir muy incierto del sentimiento y del tiempo, tenía diferentes recuerdos grabados con los cinco sentidos. Y así reviví en aquella cafetería de invierno lo irremplazable, que por lo demás eran cosas muy triviales.

—Como siempre estamos tomando té juntos, parece increíble que sea la primera vez, pero, ahora que lo dices, es cierto.

—¿Verdad? Es extraño, ¿no? —sonreí.

—No sé por qué, pero no entiendo nada —dijo, mirando la lámpara con ojos duros—. Debo de estar muy cansado.

—Claro, es normal —dije un poco sorprendida.

—Tú también estabas muy cansada cuando murió tu abuela. Ahora lo recuerdo muy bien, A veces, cuando estabas viendo la televisión, yo te miraba. Estabas en el sofá como preguntándote: «¿Qué significa eso?», con cara distraída, de no estar pensando en nada. Ahora puedo comprenderlo muy bien.

—Yûichi —dije—, estoy muy contenta de que estés hablando conmigo tan tranquilo, de que seas fuerte. Estoy orgullosa de ti.

—Tal como hablas, parece que traduces del inglés.

Yûichi sonrió iluminado por la lámpara. Agitó los hombros bajo el jersey azul marino.

—Pues, dime si…

Quería decirle que, si podía hacer algo por él, me lo pidiera, pero me callé. Sólo deseaba que le sirviera de algo el recuerdo brillante de haber estado juntos, sentados uno frente a otro en un sitio tan claro como aquél, tomando un té bueno y caliente.

Las palabras son siempre demasiado explícitas y apagan del todo el valor de una luz tenue como aquélla.

Cuando salimos había caído ya la noche azul transparente. Refrescaba, parecía que fuera a helar.

Al subir al coche siempre me abría la portezuela. Después de subir yo, se sentaba en el asiento del conductor.

El coche se puso en marcha y dije:

—Ahora hay pocos hombres que abran la puerta a las mujeres. Queda muy bien.

—Eriko me lo enseñó —dijo riendo—. Si no lo hacía, se enfadaba, y no entraba en el coche hasta que le abría la portezuela.

—A pesar de ser un hombre.

Y también yo me reí.

—Eso, eso. A pesar de ser un hombre.

Cayó el silencio con un ruido seco, como un telón. En las calles ya era de noche. Las personas que iban pasando delante del parabrisas del coche, empleados, mujeres, jóvenes y viejos, parecían radiantes y hermosos mientras esperaban ante los semáforos. Era la hora en que todo el mundo, envuelto en el jersey o el abrigo, se dirigía a algún lugar cálido a través del velo silencioso y frío de la noche.

Pero cuando Yûichi me había abierto la portezuela del coche, había pensado que también se la habría abierto alguna vez a la chica terrible de antes y sentí que el cinturón de seguridad me apretaba, no sé por qué. Me quedé atónita al darme cuenta de que… tenía celos. Estaba aprendiendo a conocer esta sensación como un niño aprende a conocer el dolor. Perdimos a Eriko y, los dos, que flotando por el espacio oscuro seguimos fluyendo dentro de un río de luces, estábamos a punto de llegar a un desenlace. Lo sabía por el color del aire, por la forma de la luna y por la negrura del cielo nocturno en aquel momento. Lo sabía. Los edificios y los faroles brillaban afligidos.

El coche paró delante de mi casa.

—Entonces, esperaré a que me traigas un regalo —dijo Yûichi.

Después regresaría, solo, a aquel piso. Seguramente, nada más llegar, regaría las plantas.

—Sí, una tarta de anguilas, por supuesto —dije riendo.

La luz del farol dibujaba tenuemente el perfil de Yûichi.

—¿Tarta de anguilas, dices? También la venden en los kioscos de la estación

de Tokio.

—Entonces, querrás té, claro.

—Pues… ¿Y *wasabizuke?*

—¿Eh? ¿Es bueno? A mí no me gusta.

—A mí tampoco. Sólo me gusta el de huevas de arenque.

—Bien, entonces te compraré ése.

Sonreí y abrí la portezuela.

Un viento helado entró de golpe en el cálido interior del coche.

—¡Qué frío! —grité—. ¡Yûichi! Tengo frío, frío, frío.

Me abracé a Yûichi muy fuerte y hundí mi rostro en su brazo. El jersey olía a hojas secas y sentí el calor de su cuerpo.

—Hará menos frío en Izu.

Al decirlo, Yûichi abrazó, como en un acto reflejo, mi cabeza con el otro brazo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —dijo apretando mi cabeza. Oí la vibración de su voz directamente desde el pecho.

—Cuatro días —dije apartándome suavemente de él.

—Me parece que cuando vuelvas ya estaré mejor, entonces saldremos otra vez a tomar té.

Yûichi, mirándome, sonrió. Dije:

—Sí. —Bajé del coche y agité la mano.

«De momento, haré como si hoy no hubiese sucedido esa cosa tan desagradable», pensé, mientras seguía el coche con la mirada.

Nadie podría decir quién de nosotras dos había ganado o perdido, ni quién estaba en la mejor posición, hasta que llegáramos a la final. Además, en este mundo no existe para esto un criterio de valoración, y sobre todo yo no podía saberlo en una noche tan fría como aquella. En absoluto. No podía ni imaginarlo.

Los recuerdos de Eriko. El recuerdo más triste.

Ella, que tenía muchas plantas en la ventana y las cuidaba, dijo un día que la primera que compró fue una palmera.

«Era pleno invierno, ¿sabes?», dijo Eriko, «Mikage, entonces yo todavía era un hombre. Era guapo, pero tenía los ojos rasgados y nariz chata. Antes de

hacerme la cirugía estética. Ya no puedo recordar bien mi cara de entonces.»

Era un amanecer de verano un poco fresco. Yûichi no estaba, dormía fuera. Eriko volvió del bar con unos bollos de carne que le había regalado un cliente. Yo, como siempre, estaba tomando apuntes de un programa de cocina que había grabado con el vídeo aquel día. El cielo del amanecer empezaba a clarear en el este.

«Ya que me los han regalado, ¿nos los comemos?».

Eriko empezó a contármelo inesperadamente mientras preparaba té de jazmín en la cocina de gas.

Me sorprendió un poco, pero pensé que habría sucedido algo desagradable en el bar y la escuché medio dormida. Sentí que su voz resonaba en el sueño.

«Hace mucho tiempo, ¿sabes? Fue cuando murió la madre de Yûichi. No yo, sino la que le dio a luz, mi esposa, cuando yo era un hombre. Ella tenía cáncer. En esa época empeoró muy deprisa. Nos queríamos mucho. Cada día dejaba a Yûichi, a la fuerza, con los vecinos, e iba a verla. Como trabajaba en una empresa, estaba con ella antes y después del trabajo. Los domingos, Yûichi también venía conmigo, pero era tan pequeño que no se enteraba de nada. Estoy convencida de que podía llamarse desesperación a cualquier esperanza, por pequeña que fuera, de las que tenía entonces. Fueron unos días oscuros. En aquel momento, no me daba cuenta, pero quizás esto sea aún más trágico».

Eriko me lo contaba con los ojos entornados, como si sintiera nostalgia. En aquel ambiente azul, Eriko se veía tan hermosa que me hacía sentir escalofríos.

«“Quiero algo vivo en la habitación”, dijo un día mi esposa. “Algo que tenga vida, que tenga relación con el sol. Una planta… Sí, una planta. Cómprame una que no necesite muchos cuidados, con una maceta muy grande.” Mi esposa no pedía nunca nada, por eso me sentí muy contento de que se portara como una niña mimada, y fui corriendo a una floristería. Yo era un hombre típico. Todavía no conocía plantas como el ficus o la planta de Pascua, un cactus no me pareció apropiado y compré una palmera de piña. Tenía unos frutos pequeñitos y la reconocí inmediatamente. La llevé en brazos al hospital, y mi esposa estuvo tan contenta que me dijo “Gracias, gracias…” muchísimas veces. Cuando, al fin, la enfermedad entró en la fase terminal, tres días antes de entrar en coma, me dijo cuando yo estaba a punto de irme: “¿Por qué no te llevas la planta a casa?”. Aparentemente, no parecía estar tan enferma y, por supuesto, no le habíamos

dicho que tenía cáncer, pero me lo susurró como si estuviera dictando su testamento. Yo me asusté muchísimo y le dije: “Déjala aquí, no importa que se marchite”. Pero mi esposa me pidió con lágrimas en los ojos: “No puedo regarla. Quiero que te lleves esta planta alegre que vino del sur antes de que le contagie la muerte”. Y, qué remedio, me la llevé.

»Con la planta entre los brazos, lloraba de tal modo que, siendo un hombre, no pude coger un taxi a pesar de que hacía un frío horrible. A lo mejor fue entonces cuando pensé por primera vez que no me gustaba ser hombre. Después, me sosegué un poco y me dirigí a la estación andando. Tomé unas copas en un bar, y decidí irme a casa en tren. Era de noche, soplaba un viento helado y el andén estaba desierto. Yo temblaba de frío abrazado a la planta, con sus hojas puntiagudas pinchándome la mejilla. Pensé, de todo corazón, que no existían en el mundo otros seres que pudieran comprenderse tan bien aquella noche como la palmera y yo. Con los ojos cerrados pensé: “Estas dos vidas expuestas al viento, y que se arriman por el frío, son patéticas”. La esposa con la que me compenetraba tanto intimó con la muerte más que conmigo o que con la planta.

»Poco después murió mi esposa y la palmera se marchitó. No sabía cómo cuidarla y la había regado demasiado. Dejé la planta en un rincón del jardín y comprendí una cosa a pesar de que no puedo expresarla bien. Es muy simple traducida en palabras: “El mundo no existe sólo para mí. El porcentaje de cosas amargas que me sucedan no variará. Yo no puedo decidirlo”. Por eso, comprendí que es mejor ser alegre… Después, como ves, me convertí en mujer».

Entonces pude entender el significado de aquellas palabras, pero no me convencieron. Recuerdo que simplemente pensé: «La alegría es eso». Pero ahora comprendo tan bien lo que quiso decirme que casi me dan ganas de vomitar.

¿Por qué las personas no podemos elegir?

Aunque seamos derrotados como gusanos, hacemos la comida, comemos y dormimos. Todas las personas que amamos mueren una tras otra.

Y, a pesar de ello, tenemos que seguir viviendo.

También esta noche la oscuridad es sombría y siento cierto ahogo. Es una noche en la que cada uno de nosotros lucha contra un sopor pesado y deprimente.

A la mañana siguiente el cielo estaba muy azul.

Mientras lavaba la ropa para el viaje, sonó el teléfono. ¿A las once y media? Una llamada a una hora extraña. Ladeé la cabeza y al cogerlo:

—¡Hola! ¿Mikage? ¡Cuánto tiempo sin vernos! —gritó una voz ronca.

—¡Chika-chan! —dije sorprendida.

Llamaba desde la calle y los coches hacían mucho ruido, pero su voz llegó claramente hasta mi oído y me evocó su imagen. Chika-chan era la encargada del bar de Eriko y, por supuesto, un travesti. Antes iba a dormir a menudo a casa de los Tanabe. Después de la muerte de Eriko ella se hizo cargo del bar.

He dicho «ella», pero Chika-chan, a diferencia de Eriko, la miraras por donde la miraras, no se podía negar que fuera un hombre. Sin embargo, cuando se maquillaba, tenía un rostro espléndido y era alta y delgada. Los trajes llamativos le sentaban bien y sus ademanes estaban llenos de dulzura. Era una persona sensible. Una vez, en el metro, unos estudiantes de primaria le levantaron la falda burlándose de ella, y luego no podía dejar de llorar. No me gusta reconocerlo, pero, cuando estábamos juntas, siempre me daba la sensación de ser yo mucho más viril que ella.

—Oye, estoy en la estación, ¿puedes salir un rato? Tengo que hablar contigo. ¿Has comido ya?

—Todavía no.

—Entonces ven al restaurante Sarashina ahora mismo.

Chika-chan habló deprisa y luego colgó. Como no me quedaba otro remedio, dejé la ropa a medio tender y salí apresuradamente.

Caminé deprisa por la calle de aquel mediodía soleado, sin sombra alguna, de invierno. Cuando entré en el lugar indicado, un restaurante de fideos que estaba en el centro comercial al lado de la estación, Chika-chan ya estaba allí esperándome, con uno de esos horribles chándales que parecen trajes folklóricos, y comiendo *tanuki soba*.

—Chika-chan.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! Qué femenina te has vuelto, me siento acomplejada —dijo en voz alta cuando me acerqué.

Sentí más nostalgia que vergüenza. No había visto en ningún otro lugar una

cara tan sonriente y despreocupada como aquélla, una cara que no sentía vergüenza alguna allí donde se hallara.

Chika-chan me miraba sonriendo de oreja a oreja. Yo, un poco avergonzada, pedí en voz alta:

—Un *torikishimen*, por favor.

La dueña vino con aire atareado y me sirvió un vaso de agua.

—¿De qué querías hablarme? —fui directamente al grano, mientras comía el *torikishime*.

Normalmente, cuando decía que teníamos que hablar, se trataba siempre de algunas consultas insignificantes, y pensé que también entonces sería algo parecido. Pero ella susurró como si se tratara de un asunto muy importante.

—De Yûichi.

Me dio un vuelco el corazón.

—Yûichi vino al bar ayer a medianoche y dijo: «Uff, no puedo dormir. No me encuentro bien, vamos a divertirnos a algún sitio». No pienses mal, lo conozco desde que era muy pequeño, es como si fuésemos de la familia, madre hijo.

—Ya lo sé —dije sonriendo.

Chika-chan continuó:

—Me sorprendió. Soy una tonta y no comprendo los sentimientos de la gente, pero ese chico nunca muestra su debilidad a los demás, ¿verdad? Llora con facilidad, pero nunca pide ayuda. Sin embargo, me dijo insistentemente: «Vayamos a algún sitio». No sé por qué, pero me dio la sensación de que no se sentía bien, como si fuera a desvanecerse en el aire. La verdad es que quería acompañarlo, pero ahora estamos haciendo reformas y las chicas aún están algo nerviosas, no puedo dejarlas. Le dije: «Imposible», y entonces me dijo con aire triste: «Bueno, pues entonces iré solo a alguna parte». Yo le recomendé un hotel que conozco…

—Sí, sí…

—Bromeando, le dije: «Ve con Mikage». De verdad, era una broma. Entonces, Yûichi dijo con cara seria: «Va a Izu, a trabajar. Además, no quiero mezclarla más en mis asuntos familiares. Ahora a ella todo le va bien, y me sabe mal». Yo lo comprendí. Eso es amor, ¿no te parece? Yo creo que sí. Es amor, sin duda. Oye, tengo la dirección y el número de teléfono de su hotel. Mikage,

síguele y acuéstate con él.

—Chika-chan —dije—, mañana salgo de viaje, por el trabajo.

Había recibido un golpe.

Comprendía bien los sentimientos de Yûichi, tenía la sensación de que los había comprendido. Yûichi había sentido la necesidad de ir lejos, con un sentimiento cientos de veces más fuerte que el mío. Quería ir a algún lugar donde pudiera estar solo sin pensar en nada. Quizá tenía la intención de no volver en una temporada, de huir de todo, incluso de mí. No había duda. Estaba segura.

—¿Y qué importa el trabajo? —dijo Chika-chan inclinándose hacia mí—. Las mujeres, en estos casos, no podemos hacer más que una cosa. ¿No me digas que eres virgen? ¿O ya os habéis acostado?

—Chika-chan…

A pesar de todo, pensé por un momento que ojalá todo el mundo fuese como ella. Porque a los ojos de Chika-chan, Yûichi y yo parecíamos ser más felices de lo que éramos en realidad.

—A menudo pienso en ello —dije—. Pero acabo de enterarme de lo de Eriko, estoy muy confusa, y creo que Yûichi debe de estarlo aun más. Ahora no puedo entrometerme en sus asuntos.

Entonces Chika-chan se puso seria y levantó la cabeza.

—… Sí, tienes razón. Aquel día yo no había ido al bar y no vi cómo moría. Por eso, todavía no puedo creerlo… Conocía la cara de aquel hombre. Si Eriko me hubiera consultado, cuando aquel hombre frecuentaba el bar, aquello no habría sucedido. También Yûichi siente rencor. Él, que es tan dulce, mirando la noticia dijo: «Que mueran todos los asesinos». También Yûichi se ha quedado solo. Eriko tenía una manera de ser que siempre quería solucionarlo todo ella sola, y esto ha resultado ser negativo, ya ves.

Chika-chan tenía los ojos anegados en lágrimas. Mientras yo iba diciendo: «Claro, claro», empezó a sollozar, y la gente que había en el restaurante nos miró. Chika-chan sollozaba convulsivamente y las lágrimas iban cayendo en el caldo de *soba*.

—Mikage, me siento sola. ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Acaso Dios no existe? Jamás volveré a ver a Eriko, no podré soportarlo.

Conduje fuera a Chika-chan, que no paraba de llorar y fuimos andando hasta

la estación, sosteniéndola yo por el hombro alto.

—Lo siento —dijo.

Y, secándose las lágrimas con un pañuelo de encaje, me deslizó un papel en la mano con el teléfono y el plano del hotel donde se alojaba Yûichi.

«Con razón se dedica al “trato con el público”, sabe dar en el clavo», pensé con admiración mientras, angustiada, seguía con la mirada sus anchas espaldas.

La conocía bien: sus conclusiones precipitadas, su carácter enamoradizo e inconstante, sus emociones disparatadas, sabía que antes había sido vendedor y que no podía seguir el ritmo del trabajo. Lo sabía todo…, pero la hermosura de sus lágrimas era inolvidable. Me hizo sentir que había alhajas en el corazón de las personas.

Bajo el cielo azul transparente de invierno, pensé que ya no podría soportarlo más. Ni yo misma sabía qué camino seguir. El cielo era azul, azul. La silueta de los árboles secos se dibujaba nítidamente en el cielo y soplaba un viento frío.

«¿Acaso Dios no existe?».

Al día siguiente fui a Izu, tal como estaba previsto. Formábamos un pequeño grupo: la profesora, algunos de la revista, un fotógrafo y yo. Me pareció que el viaje sería alegre y armonioso. Además, no teníamos un programa muy apretado.

Tal como había pensado. Para mí sería un viaje de ensueño. Como caído del cielo. Tenía la impresión de que me liberaría de los últimos seis meses.

Los últimos seis meses… Desde que murió mi abuela hasta la muerte de Eriko. Yûichi y yo tuvimos siempre la sonrisa en los labios, pero nuestro interior había ido haciéndose más y más complejo. Las alegrías y tristezas habían sido demasiado grandes y no habíamos podido sostenerlas en nuestra vida cotidiana. Los dos, esforzándonos, habíamos seguido creando un espacio armonioso, y Eriko fue el sol que lo alumbraba.

Todo esto impregnó mi corazón y me hizo cambiar. Creo que aquella princesa mimada y ociosa había ido tan lejos que de ella sólo quedaba su imagen en el espejo.

Mientras contemplaba el paisaje despejado que desfilaba por la ventanilla del tren, respiré la distancia extraordinaria que nacía en mí.

También yo estaba agotada. También a mí me gustaría sentirme mejor lejos de Yûichi.

Era terriblemente triste, pero creo que así era.

Fue esa misma noche. En bata, me dirigí a la habitación de la profesora y le dije:

—Profesora, estoy muerta de hambre, ¿le importa que salga a comer algo?

Una mujer del grupo, algo mayor, que estaba con ella, dijo:

—Señorita Sakurai, usted no ha cenado nada, ¿verdad? —y se rió a carcajadas. Las dos estaban sentadas en el *futon,* en pijama, a punto de acostarse.

Yo realmente tenía hambre. A pesar de no ser caprichosa con la comida, casi no había cenado porque la especialidad del hotel eran todas las verduras de olor fuerte que no me gustaban.

La profesora me dio permiso sonriendo.

Ya eran más de las diez. Volví a mi habitación andando por el largo pasillo, me vestí y salí del hotel. Temí que cerraran antes de que volviese, así que, en secreto, dejé abierto el pestillo de la puerta de emergencia que estaba en la parte posterior del edificio.

Aquel día habíamos recogido datos sobre aquella horrible cocina, pero por la mañana iríamos en furgoneta a otro lugar. Bajo la claridad de la luna pensé, desde el fondo de mi corazón, que sería maravilloso vivir así, viajando. Si hubiese tenido una familia a la que volver, me habría sentido romántica, pero, como estaba realmente sola, me sentí terriblemente sola, y no es un juego de palabras. Sin embargo, me daba la sensación de que vivir de esta forma era quizá, lo más adecuado para mí. En un viaje de noche, el aire se vuelve transparente en silencio y el corazón se vuelve diáfano. Pensé «Si no tuviera identidad, si no perteneciese a ningún lugar, si pudiese llevar una vida tan serena…». Y acabé comprendiendo los sentimientos de Yûichi… «Qué aliviada me sentiría si tuviera que volver a aquella ciudad».

Descendí por una calle donde, a ambos lados, se alineaban los hoteles. Las siluetas sombrías de las montañas contemplaban la calle más negra que la oscuridad. Había muchos turistas borrachos con cara de frío, vestidos con *yukata* y *tanzen*[7], que iban y venían riéndose a carcajadas.

Yo me sentía extrañamente alegre e ilusionada.

Sola bajo las estrellas en un lugar desconocido.

Caminé sobre las sombras que crecían y se achicaban cada vez que pasaba una farola.

Evitaba los bares ruidosos que me daban miedo y, así, llegué hasta la estación. Mientras miraba el escaparate oscuro de una tienda de *souvenirs*, descubrí la luz de un restaurante todavía abierto. Al mirar a través del cristal opaco de la puerta corredera, vi que había una barra con un solo cliente. Me tranquilicé, y entré.

Me apetecía muchísimo comer algo sólido.

—Un *katsudon*, por favor —dije.

—¿No le importa esperar un poco? Es que tengo que rebozar la carne —dijo el dueño del restaurante.

Asentí con la cabeza. Aquel restaurante nuevo y bien cuidado que olía a madera blanca tenía un ambiente agradable. Además, en los sitios como aquél, normalmente se servía buena comida. Mientras esperaba, descubrí a mi lado un teléfono público de color rosado.

Alargué la mano, cogí el auricular, saqué la agenda con toda naturalidad y llamé al hotel donde estaba Yûichi.

Mientras la telefonista del hotel me pasaba la comunicación, pensé: «La inseguridad que he sentido hacia él desde que me llamó para decirme que Eriko había muerto tiene un nombre: "teléfono"». Y es que, desde entonces, aunque Yûichi estuviera ante mí, sentía que estaba en otro lugar, en un mundo al otro lado del teléfono. Y su mundo era parecido al fondo del mar, más azul que en el que vivía yo.

Yûichi se puso al teléfono:

—Diga.

—¿Yûichi? —dije con alivio.

—¿Mikage? ¿Cómo has sabido dónde…? Ah, claro, ¿Chika-chan?

Aquella voz pausada que estaba lejos vino corriendo hacia mí por la noche a través del hilo. Escuché la voz inolvidable de Yûichi con los ojos cerrados. Parecía el rumor de las olas solitarias.

—¿Y qué hay por ahí? —le pregunté.

—Danny's[8]. ¡Qué va! Es mentira. Hay un templo en la montaña, puede que sea famoso. Sólo hay hoteles que sirven *tofu*, cocina Gobo. Esta noche lo he comido, en la cena.

—¿Qué tipo de plato es? Debe de estar bien.

—Ah, ¿te interesa? Pues es de *tofu*, nada más que *tofu*. Es bueno, pero aquí

todos los platos se hacen con *tofu: chawanmushi, dengaku, agedashi, yuzu, goma.*… todos son de *tofu.* Y no hace falta que te diga que en la sopa había un huevo con *tofu.* Me apetecía algo sólido y esperaba que, al final de la cena, nos dieran arroz. Pero no, han servido *chagayu.* Tuve la sensación de ser un anciano.

—¡Qué casualidad! Yo también tengo hambre.

—Pero ¿cómo es eso? ¿No estás en un hotel famoso por la comida?

—La cena no me ha gustado.

—¿Que no te ha gustado? Ya es mala suerte, ¿eh? Tú comes de todo.

—No importa, mañana comeré mejor.

—¡Qué suerte! Yo ya puedo imaginar el desayuno… Seguramente *yudofu.*

—Ese plato… se calienta en una pequeña cazuela con combustible sólido, ¿verdad? Sí, sin duda es ése.

—Sí. A Chika-chan le encanta el *tofu,* por eso me recomendó este sitio. Es un buen hotel, desde luego. Tiene unos grandes ventanales y desde la habitación se ve algo parecido a una cascada. Pero yo, que estoy en pleno desarrollo, prefiero comer algo más sustancioso, con más calorías. ¡Qué curioso! Los dos tenemos hambre bajo el mismo cielo nocturno.

Yûichi se rió.

Es absurdo, pero en aquel momento no pude decirle con alegría que iba a comerme un *katsudon,* no sé por qué. Me pareció una traición. Quería estar hambrienta con él en su pensamiento.

Mi intuición era terriblemente aguda en aquel instante. Lo vi tan claro como si estuviera en mi propia mano.

El sentimiento de ambos iba deslizándose por una curva suave en la oscuridad envuelta en muerte, estrechamente cercanos el uno al otro. Pero, tras pasar la curva, nuestros caminos acabarían separándose. Y, tras superar ese punto, los dos nos convertiríamos en amigos eternos.

Lo sabía con certeza. Pero me sentía impotente.

Incluso me daba la sensación de que no me importaba que fuera así.

—¿Cuándo volverás? —dije.

Y Yûichi, tras un silencio:

—Pronto —dijo.

Yo pensé: «No sabe mentir». Seguramente huirá mientras le dure el dinero. Acabará por no telefonearme, aplastado por el mismo sentimiento de

culpabilidad que tenía cuando tardó tanto en avisarme de la muerte de Eriko. Él era así.

—Hasta la vista, pues —dije.

—Sí, hasta pronto.

Probablemente ni él mismo sabía por qué huía.

—No se te ocurra cortarte las venas, ¿eh? —le dije riendo.

—¡Qué va!

Yûichi se rió, dijo «Adiós», y colgó.

Apenas dejé el teléfono, me asaltó una sensación de debilidad enorme. Me quedé abstraída, con la mirada fija en la puerta corredera de vidrio del restaurante, escuchando los ruidos del exterior mecido por el viento. La gente que pasaba decía: «¡Qué frío hace! ¡Qué frío!». También aquel día la noche había llegado e iba pasando. Al fin, me quedé verdaderamente sola en lo más hondo de una solitud profunda en la que no existía ningún contacto espiritual.

Pensé desde el fondo de mi corazón: «Las personas no se dejan vencer por las circunstancias o por fuerzas que vienen de fuera, sino por las que nacen en el interior de sí mismos». Precisamente, ante mis ojos estaba a punto de acabar algo de lo que no deseaba su fin. Pero no podía impacientarme o entristecerme. Sólo había una oscuridad sombría.

Pensé que me gustaría reflexionar con calma en algún lugar más claro donde hubiera flores. Pero, seguramente, cuando lo hiciera, sería ya demasiado tarde.

No tardaron en traerme el *katsudon*.

Recobré el ánimo, y separé los palillos. «Con hambre no se puede hacer nada», pensé. Por el aspecto, parecía bueno y, cuando lo probé, estaba realmente delicioso. Era riquísimo.

—Oiga, está buenísimo —dije en voz alta.

—¿Verdad que sí?

El dueño sonrió con orgullo.

Pese a estar hambrienta seguía siendo una profesional, y pensé que era una demostración de arte culinario que podía calificarse de encuentro inesperado. La comida no tenía ningún defecto: la calidad de la carne, el sabor del caldo, la cocción de los huevos y de las cebollas, el punto del arroz… Pensando en la comida, recordé que la profesora nos había hablado de este restaurante. Dijo: «Me gustaría recopilar algunos datos sobre ese restaurante». Tenía suerte. Y al

pensar: «Si estuviese aquí Yûichi…», acabé diciendo impulsivamente:

—Disculpe, ¿hacen comida para llevar? ¿Puede prepararme uno?

Salí del restaurante a medianoche, con el estómago lleno, y me quedé sola en la calle sin saber qué hacer con un paquete todavía caliente de *katsudon.*

Mientras pensaba: «¿Qué se me habrá pasado por la cabeza?… ¿Qué hago yo ahora?», un taxi vino deslizándose ante mis ojos, creyendo equivocadamente que estaba esperando uno. Al ver las letras rojas de «libre», tomé una decisión.

Subí al taxi y dije:

—¿Puede llevarme a la ciudad I***?

—¿La ciudad I***? —repitió el taxista con voz estúpida, y me miró—. Por mí, muy bien, pero está lejos y le saldrá caro, ¿no le importa, señorita?

—No, es urgente. —Me sentía majestuosa, como Juana de Arco cuando se presentó ante el rey. Pensé que no me tomaría en serio, comportándome de aquel modo, y añadí—: Cuando lleguemos, le pagaré la tarifa hasta allí. Me gustaría que me esperara unos veinte minutos hasta que solucione un asunto y que luego me trajera otra vez de vuelta.

—Un asunto amoroso, ¿eh? —sonrió.

—Sí, más o menos.

Yo también sonreí.

—De acuerdo, vamos.

El taxi empezó a correr hacia la ciudad I*** a través de la oscuridad de la noche, llevándonos a mí y al *katsudon.*

Al principio, me adormecí por el cansancio, pero me desperté cuando corríamos por una carretera recta por la que no pasaba apenas ningún coche.

Aún tenía las manos y los pies adormecidos y calientes, pero mi conciencia se aclaró de golpe de una forma estimulante. Cuando me incorporé en el interior oscuro del coche y me senté recostada contra la ventanilla, el taxista dijo:

—La carretera está vacía. Llegaremos dentro de poco.

Yo dije:

—Sí —y levanté los ojos hacia el cielo.

La luna alta y clara cruzaba el cielo velando las estrellas. Había luna llena. Se escondía y volvía a aparecer. Dentro del coche hacía calor y los cristales se

empañaron. La silueta de los árboles, de los campos y de las montañas iban quedando atrás como figuras recortables. De vez en cuando, un camión nos adelantaba con un ruido ensordecedor. Luego, quedaba el silencio. El asfalto brillaba reflejando la luna.

Finalmente el coche entró en la ciudad I***. Había muchos pequeños soportales de santuarios sintoístas sumergidos en la oscuridad y entremezclados con los tejados de las casas. Subimos rápidamente por una cuesta estrecha. El grueso cable del funicular que unía la ciudad con la montaña relucía en la oscuridad.

—Los hoteles de por aquí sirven *tofu* cocinado de diversas formas. Es que, antiguamente, los bonzos prohibieron comer carne. Ahora lo han adaptado a la cocina moderna y es típico de este lugar. La próxima vez que venga de día, puede probarlo —dijo el taxista.

Miré el plano con los ojos entrecerrados.

—Pare en la siguiente esquina. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo —dijo.

El coche se detuvo bruscamente.

Fuera hacía un frío que calaba hasta los huesos, y las manos y las mejillas se me quedaron congeladas inmediatamente. Saqué los guantes, me los puse, y subí, con la mochila en la que llevaba el *katsudon,* por la cuesta bajo el claro de luna.

Mi presentimiento se hizo realidad.

El hotel donde se hospedaba Yûichi no era un local antiguo en los que se puede entrar y salir durante la noche. La entrada principal, una puerta de cristal automática, estaba cerrada con llave y también la puerta de la escalera de emergencia del exterior.

Tuve que volver a la carretera y llamar, pero nadie cogió el teléfono. Era lógico, a medianoche.

Pensé: «¿Qué hago aquí, viniendo de tan lejos?». A oscuras, ante el hotel, no sabía qué hacer.

No quería renunciar al objetivo de mi viaje, y fui hasta el jardín. Entré, y pasé por un callejón estrecho que estaba junto a la salida de emergencia. Realmente, tal como decía Yûichi, el hotel explotaba publicitariamente la cascada. Todas las ventanas daban al jardín para que pudieran verla. Todo estaba oscuro. Contemplé el jardín con un suspiro. Había una falsa barandilla, de imitación, sobre las rocas, y la estrecha cascada caía desde lo alto con estrépito sobre las rocas cubiertas de musgo. El agua pulverizada me pareció fría y se veía blanca en la oscuridad. Unas luces verdes iluminaban la cascada desde varios puntos y realzaban de forma poco natural el color de los árboles del jardín. Esa escena me recordó el decorado de «Crucero por la jungla», en Disneylandia. Pensé: «Este verde es un poco artificial», me volví, y miré de nuevo la hilera de ventanas oscuras. Entonces, sin motivo alguno, me convencí: «La habitación de este lado, la de la esquina, la que recibe el reflejo verdoso de la iluminación, es la de Yûichi», pensé.

Y me dio la sensación de que podría asomarme por la ventana al instante. Sin pensar lo que hacía, intenté encaramarme a las piedras amontonadas del jardín.

Entonces, vi muy cerca el alero del tejado falso, de adorno, que estaba entre la planta y el primer piso. Me pareció que, poniéndome de puntillas, podría alcanzarlo. Subí dos o tres piedras más, comprobando la estabilidad de aquellas piedras apiladas de forma poco natural, y el borde del tejado se me acercó aún más. Intenté alargar la mano hasta el canalón y, al final, pude cogerlo. Tomé impulso, di un salto y aferré el canalón con una mano. Luego, con fuerza, coloqué el otro brazo hasta el codo sobre el tejado falso y así una teja. De repente, la pared se me acercó perpendicularmente, y noté cómo se agarrotaban mis pequeños músculos desentrenados.

Estaba en una situación verdaderamente apurada, asida a una teja que sobresalía del tejado falso y sin otra alternativa que permanecer de puntillas. Tenía los brazos entumecidos por el frío y, lo peor, la mochila fue deslizándose y se me descolgó de un hombro.

¡Maldita sea! Había sido sólo el impulso de un instante y ahora estaba suspendida del tejado exhalando vaho blanco. Pensé: «Me rindo».

Al mirar abajo, el sitio donde poco antes había apoyado los pies se veía oscuro, lejano. El agua de la cascada rugía al caer. Y, qué remedio, concentrando toda la fuerza en los brazos, intenté quedarme en suspensión. Quería poner la

parte superior de mi cuerpo sobre el tejado, y di una patada a la pared con todas mis fuerzas.

Oí el «frasss» de un roce y sentí un dolor que me abrasaba el brazo derecho. Logré ponerme de rodillas sobre el borde del tejado de hormigón, me deslicé rodando y acabé metiendo los pies en un charco sucio de agua de lluvia.

Uff, todavía tendida boca arriba, cuando miré el brazo y vi los rasguños teñidos en rojo que me acababa de hacer, creí que me desmayaba.

Me quité la mochila y la dejé a un lado, y así, tendida, alcé la vista hacia el tejado del hotel y me quedé contemplando las nubes y la luna brillante. Pensé: «Así es como salen las cosas». (Ahora me pregunto cómo podía pensar tal cosa en una situación como aquélla. Debía de estar desesperada. Me gustaría que me llamaran «filósofa de la acción».)

Las personas creen que hay muchos caminos y que pueden elegir el suyo libremente. Quizá fuese más acertado decir que sueñan con el momento de elegirlo. Yo también pensaba así. Pero en aquel instante pude comprenderlo.

Lo supe, y tomó forma de palabras: «El camino está siempre marcado, pero no en un sentido fatalista. Cada instante, con la respiración, con la mirada, y con los días que se repiten, uno tras otro, se va decidiendo espontáneamente». Y, dependerá de cada uno, pero, yo, al darme cuenta de esto, no podía hacer otra cosa que quedarme tal como estaba, tendida boca arriba mirando el cielo de la noche, con el *katsudon,* en pleno invierno, dentro del charco, en el tejado de un lugar desconocido como si fuera lo más normal.

Oh, la luna está preciosa.

Me puse en pie, y golpeé con los nudillos la ventana de la habitación de Yûichi.

Sentí que tendría que esperar bastante. Cuando el viento se infiltraba ya en mis pies mojados, se encendió la luz y apareció Yûichi, con expresión asustada, desde el fondo de la habitación.

Al encontrarme a mí, con la parte superior del cuerpo visible a través de la ventana y de pie sobre el tejado, Yûichi desorbitó los ojos, y vi cómo sus labios articulaban:

—¿Mikage?

Asentí, golpeé la ventana de nuevo, y, entonces, me abrió apresuradamente. Yûichi tiró de la mano helada que le tendía y me hizo entrar.

Aquella repentina claridad me deslumbró. La habitación templada parecía otro mundo y me dio la sensación de que, por fin, se unían de nuevo mi cuerpo y mi alma.

—Te traigo un *katsudon* —dije—. ¿Sabes? Estaba tan bueno que era hacerte una mala pasada comérmelo yo sola.

Y saqué el paquete de la mochila.

La luz del fluorescente iluminaba el pálido *tatami*. La televisión se oía baja. El *futon* conservaba el hueco del cuerpo de Yûichi, tal como lo había dejado al levantarse.

—Antes también sucedió algo parecido, ¿no? —dijo Yûichi—. Hablamos en un sueño. ¿Ahora es también así?

—¿Cantamos los dos juntos?

Me reí. Apenas vi a Yûichi, incluso mi corazón perdió la noción de la realidad. Me pareció que todo había sido un sueño lejano: habernos conocido y haber convivido en la misma casa. Él no estaba en este mundo y sus ojos fríos me daban miedo.

—Yûichi, me sabe mal, pero ¿me das una taza de té? Tengo que irme dentro de poco.

Y añadí en mis pensamientos: «Aunque sea un sueño, no importa».

—Claro —dijo.

Trajo el pote y la tetera, y preparó un humeante té caliente. Lo tomé sosteniendo la taza con las dos manos. Sentí sosiego. Reviví.

Y sentí de nuevo el peso de la atmósfera de la habitación. Se podía pensar que, quizás, aquel lugar pertenecía realmente a la pesadilla de Yûichi. Cuanto más tiempo estuviera allí, más pasaría a ser parte del mal sueño y acabaría esfumándome en la oscuridad. Como una impresión borrosa, como una fatalidad… Dije:

—Yûichi, en realidad no quieres volver, ¿no? Quieres olvidar completamente la extraña vida que has llevado hasta ahora y empezar de nuevo, ¿verdad? No me mientas. Yo lo sé. —Las palabras hablaban de desesperación, pero, sin embargo, yo estaba extrañamente tranquila—. Pero ahora, ante todo, el *katsudon*. Cómetelo.

Un silencio azul asfixiante fue acercándose hasta hacerme saltar las lágrimas. Yûichi cogió el *katsudon* con los ojos bajos y aspecto de estar sintiendo remordimientos. Dentro de esta atmósfera que carcomía la vida como un gusano, algo inesperado nos empujó por detrás.

—Mikage, ¿qué te has hecho en esta mano?

Yûichi se había dado cuenta del rasguño que tenía.

—No es nada. Cómetelo mientras esté caliente —sonreí, y se lo señalé con la mano.

Parecía que aún no estaba convencido.

—Sí…, parece bueno —dijo.

Abrió la tapa y empezó a comer el *katsudon* que había preparado cuidadosamente el dueño del restaurante.

Al verlo me animé.

Me pareció que había hecho todo lo posible.

Lo sé. La cristalización brillante de aquellos tiempos felices despertó de repente de su sueño profundo en el fondo de la memoria y nos sacudió. El aire perfumado de aquellos días resucitó y vivió, como un soplo de un viento nuevo.

El recuerdo de otra familia.

Las noches en las que esperábamos a Eriko, entretenidos con videojuegos. Cuando íbamos los tres juntos a comer *okonomiyaki* mientras yo me frotaba los ojos soñolientos. Los cómics divertidos que me pasaba Yûichi cuando estaba atontada después del trabajo. La risa hasta las lágrimas de Eriko al leerlos. El olor a tortilla en la mañana de un domingo despejado. El tacto de la manta con la que alguien me cubría cuando me quedaba dormida en el suelo. Los bajos de la falda y las bonitas piernas de Eriko al pasar, que veía vagamente cuando me despertaba sobresaltada. Aquella noche en que Yûichi la trajo en coche a casa, borracha, y que la llevamos en brazos hasta la habitación… El *matsuri*[9] de verano, cuando Eriko me ciñó el cinturón del *yukata*. El color de las libélulas rojas que revoloteaban por el cielo del atardecer.

Los recuerdos verdaderamente entrañables viven y brillan. Con el paso del tiempo reviven con angustia.

Comimos juntos tantos días y tantas noches.

Una vez Yûichi dijo:

«¿Por qué me sabrá mejor la comida cuando estoy contigo?».

Yo me reí.

«¿No será que satisfago tu apetito y, de paso, el apetito sexual?», dije.

«No, no, qué va, qué va», dijo Yûichi riéndose a carcajadas.

«Seguramente será porque somos de la familia, por eso».

Y volvió aquella atmósfera alegre que había antes entre los dos, a pesar de la ausencia de Eriko. Yûichi comió el *katsudon* y yo tomé el té. La oscuridad ya no era muerte. Con eso bastaba.

—Bueno, me voy.

Me levanté.

—¿Te vas? —dijo Yûichi sorprendido—. ¿Adónde? ¿De dónde has venido? Dime.

—Sí —le dije, burlona, haciendo un mohín—, te digo. Esta noche es real. —Entonces no pude detenerme—: He venido corriendo desde Izu hasta aquí. Escucha, Yûichi. No quiero perderte. Nosotros, siempre, pese a haber estado muy solos, hemos vivido en un mundo cómodo e irreal. La muerte tiene un peso demasiado grande y a nosotros, que somos jóvenes y no teníamos que conocerla, nos ha aplastado. A partir de ahora, si estamos juntos, quizás acabes viendo lo sucio, lo molesto y lo doloroso, pero, Yûichi, si tú quieres, iremos los dos a algún lugar más alegre y maravilloso. Piénsalo con calma cuando estés mejor. No desaparezcas de esta forma.

Yûichi dejó los palillos y dijo, mirándome fijamente a los ojos:

—No volveré a comer un *katsudon* como éste en mi vida… Estaba buenísimo.

—Sí —sonreí.

—Me he comportado de una manera vergonzosa. La próxima vez que nos veamos, te demostraré que soy un hombre, que soy fuerte.

Yûichi también sonrió.

—¿Partirás un listín de teléfonos ante mis ojos?

—Eso, eso. O levantaré una bicicleta y la arrojaré lejos.

—O empujarás un camión y lo lanzarás contra la pared.

—Eso es una salvajada.

La cara sonriente de Yûichi brillaba, y supe que posiblemente lo había

empujado «un poco», aunque no fueran más que unos centímetros.

—Bueno, me voy. El taxi acabará dejándome.

Y me dirigí a la puerta. Me llamó:

—Mikage.

—¿Qué?

Y al volverme:

—Buen viaje —dijo Yûichi.

Sonriendo, le dije adiós con la mano. Esta vez, abrí libremente con la llave, salí por la puerta principal y corrí hacia el taxi.

Cuando llegué al hotel, me arrebujé en el *futon* y, como hacía mucho frío, me dormí, agotada, con la calefacción encendida.

Al despertarme, sobresaltada por el «plis-plas» de las zapatillas en el pasillo y por las voces de los clientes del hotel, el tiempo había cambiado completamente.

Al otro lado del ventanal, toda la superficie del cielo estaba cubierta por nubes grises y pesadas, y había una fuerte ventisca.

Me pareció que lo del día anterior había sido simplemente un sueño. Me levanté aturdida, y encendí la luz.

La nieve bailaba espolvoreando las montañas que se veían, nítidas. La habitación estaba templada, casi caliente, blanca y clara.

Volví a meterme en la cama y me quedé contemplando la amenaza vigorosa y helada de la nieve. Las mejillas me ardían.

Eriko ya no está.

En aquella escena, yo, entonces, ciertamente lo comprendí. Pasara lo que pasara entre Yûichi y yo, por muy largas y hermosas que fueran nuestras vidas, no volveríamos a ver a Eriko.

Las personas andaban con frío a lo largo del río, la nieve, blanca y ligera, empezaba a acumularse encima de los coches, los árboles se mecían esparciendo

hojas secas. El color plateado del marco de la ventana brillaba frío.

Poco después sonó jovialmente, al otro lado de la puerta, la voz de la profesora, que venía a despertarme.

—Señorita Sakurai, ¿se ha levantado ya? Nieva, está nevando.

Yo le respondí:

—Sí.

Y me levanté. Me vestí. Tenía que ponerme en acción de nuevo en un día real. Repetir y repetir.

Aquel día recogimos datos sobre la cocina francesa en el Petit Hotel de Shimoda y concluimos el trabajo con una cena de lujo.

Todos se acostaron temprano. Yo, no sé por qué, soy una persona que suele acostarse muy tarde, y me sentí un poco frustrada. Así que, después de que todos se hubieran retirado a su habitación, fui a pasear sola por la playa que estaba delante del hotel.

Me había puesto el abrigo y dos pares de medias, pero hacía tanto frío que casi grité. Compré una lata de café y fui caminando con la lata en el bolsillo. Estaba caliente.

La playa, vista desde el dique era de una oscuridad nebulosamente blanca. Sobre el mar, negrísimo, brillaban de vez en cuando sus crestas de encaje. El viento frío rugía, y, en una noche tan fría que casi me hacía sentir punzadas en la cabeza, bajé por la escalera oscura que conducía a la playa. La arena helada crujía. Fui bordeando el mar mientras bebía el café de la lata.

Cuando miraba el mar inmenso envuelto en la oscuridad, y la enormidad de las rocas que hacían resonar el rugido de las olas, me inundó un sentimiento dulce, extrañamente nostálgico.

«Sin duda, aún encontraré muchas cosas divertidas y muchas cosas penosas en el futuro… incluso si no estuviese Yûichi», pensé en silencio. A lo lejos brillaba la luz del faro. La luz miraba hacia aquí, se alejaba, y abría un camino brillante barriendo las olas.

«Sí, sí», me convencí y, moqueando, volví a la habitación del hotel.

Mientras calentaba agua en la tetera de la habitación, me duché con agua muy caliente, y, cuando sonó el teléfono, ya estaba sentada sobre la cama en pijama. Descolgué, y la telefonista me dijo:

—Hay una llamada para usted. Espere un momento, por favor.

Al otro lado de la ventana, el exterior; abajo, el jardín del hotel, el césped oscuro y después el portal blanco. Más allá, la playa fría y el oleaje negro. Su rugido llegaba hasta la habitación.

—¿Oiga?

La voz de Yûichi irrumpió en la habitación.

—Por fin te encuentro. Me ha costado mucho.

—¿Desde dónde llamas?

Sonreí. Mi corazón empezó a aliviarse poco a poco.

—Desde Tokio —dijo.

Sentí que ésta era la respuesta a todo.

—Hoy es el último día. Mañana volvemos —dije.

—¿Has comido muchas cosas buenas?

—Sí. *Sasbimi*, gambas, carne de jabalí… Hoy, comida francesa. He engordado un poco. Ah, y hablando de comida, he enviado un paquete con *wasabizuke*, tarta de anguilas y té a mi apartamento. Puedes ir a recogerlo.

—¿Por qué no has enviado gambas y *sashimi?* —dijo Yûichi.

—Eso no se puede enviar —dije riendo.

—Bueno, mañana voy a buscarte a la estación, así que tráelo tú misma. ¿A qué hora llegas? —dijo alegre.

La habitación era cálida y el vapor de agua iba llenando toda la estancia. Empecé a decirle el número del andén y la hora de llegada.

Moonlight Shadow

Hitoshi llevaba un pequeño cascabel en la funda de la tarjeta del autobús y nunca se separaba de él.

Se lo había regalado yo, sin darle gran importancia, cuando todavía no éramos novios, y lo llevó consigo hasta el final.

Hitoshi y yo íbamos a clases diferentes y nos conocimos al organizar el viaje de segundo curso de bachillerato. Cada clase seguía un itinerario distinto, y por eso sólo hicimos juntos el viaje de ida en el Shinkansen[10]. Los dos lamentábamos separarnos, y nos despedimos entre bromas en el andén dándonos la mano. Entonces me acordé de que en el bolsillo del uniforme llevaba un cascabel que se le había caído a mi gato, y se lo ofrecí diciendo:

—Es un regalo de despedida.

Él dijo:

—¿Qué es esto? —y se rió, pero lo recogió delicadamente de la palma de mi mano y lo envolvió con cuidado en el pañuelo. Esta manera de actuar no era nada usual en un chico de su edad, y me sorprendió mucho.

El amor es así.

Quizá lo hizo porque, al habérselo regalado yo, era algo especial, o porque era un chico bien educado que no trataba las cosas de manera descuidada, pero sentí simpatía por él al instante.

Y el cascabel fue un puente hacia nuestros corazones. Durante todo el viaje en el que no pudimos estar juntos, los dos estuvimos pendientes del cascabel. Él, cada vez que sonaba, se acordaba de mí y del tiempo que habíamos pasado

juntos; yo, bajo un cielo lejano, pensaba en el tintineo del cascabel y en quien lo tenía. Al volver, empezó un gran amor.

Luego, durante unos cuatro años, el cascabel pasó junto a nosotros todos los días y las noches, todos los acontecimientos. El primer beso, aquella gran pelea, el sol, la lluvia y la nieve, la primera noche, todas las risas y las lágrimas, la música que nos gustaba y la televisión… Estuvimos juntos, compartimos todo el tiempo, y cuando Hitoshi sacaba del bolsillo la funda que usaba como monedero, junto a su mano se oía un tintineo ligero y claro. No se separa de mi oído, es inolvidable, un sonido inolvidable.

Esta sensación, vista ahora, por más que pueda decirlo, es sentimentalismo de niña. Pero lo digo. Tenía esta sensación.

Sinceramente, me había extrañado siempre. Yo, a veces, a pesar de estar mirándolo fijamente, sentía que Hitoshi no estaba allí. Incluso cuando dormía, muchas veces no pude evitar mirar si le latía el corazón, no sé por qué. Cuando él sonreía y su cara brillaba deslumbrante, sin darme cuenta lo miraba con fijeza. La expresión de su rostro y su aspecto daban siempre la sensación de transparencia. Por ello, yo pensaba constantemente por qué tendría esta insegura sensación de fugacidad en el corazón; pero si eso era un presentimiento, ¿presagiaba algo muy angustioso?

Perder al ser amado ha sido la primera experiencia de la que yo llamo, a pesar de tener sólo veinte años, mi larga vida, y me ha hecho sufrir tanto que, a veces, pensaba que dejaría de respirar. Mi corazón, la noche en la que él murió, se fue a otra dimensión, y ya no pudo volver a mí, de ninguna manera. Me era totalmente imposible ver el mundo con los mismos ojos que antes. Mi cabeza flotaba y se sumergía insegura, y la sentía turbia, pesada y sin sosiego. Y lamento que me haya sucedido a mí una de las cosas que a algunas personas no les suceden jamás (ejemplo: un aborto, caer en la prostitución o una enfermedad grave).

Lo sé, aún éramos jóvenes y, además, tal vez no hubiera sido el último amor de nuestras vidas. Sin embargo, Hitoshi y yo experimentamos por primera vez diversos dramas que nacían entre los dos. Mientras sopesábamos la importancia de los diferentes episodios que surgían al relacionarse íntimamente dos personas,

conociéndolos uno a uno, construimos cuatro años.

Después de lo ocurrido, puedo decirlo en voz alta: «Dios es imbécil».

Yo amaba a Hitoshi con locura.

Dos meses después de la muerte de Hitoshi, cada mañana me apoyaba en la barandilla del puente que colgaba sobre el río y bebía té caliente. Casi no podía dormir, por eso empecé a hacer *jogging* al amanecer y aquél era el lugar donde daba la vuelta y regresaba.

Dormir por la noche era lo que más temía. Lo peor, el terrible shock que recibía al despertar. Abría los ojos sobresaltada y me asustaba la profunda oscuridad de comprender dónde estaba en realidad. Siempre tenía sueños relacionados con Hitoshi. Dentro de un sueño ligero y penoso, mientras veía y no podía ver a Hitoshi, sabía siempre que ya nunca más podría verlo en la realidad, que sólo era una ilusión.

Por eso, incluso cuando dormía hacía esfuerzos para no despertarme. ¿Cuántas veces habré recibido un amanecer helado, en el que abría los ojos confusa sintiendo una tristeza que casi me hacía vomitar, dando vueltas en la cama, cubierta siempre de un sudor frío? Me sentía arrojada en un tiempo pálido que respira en silencio cuando clarea al otro lado de las cortinas. En aquellos momentos, sentía tanto frío y tanta soledad que pensaba que hubiera sido mejor permanecer dentro del sueño. Era el amanecer de una persona sola que sufría con las reminiscencias de sus sueños sin poder dormir más. Siempre me despertaba al amanecer. Yo, cansada, sin haber dormido apenas, yo, que había empezado a conocer el terror hacia aquellas horas de soledad parecidas a una larga demencia que esperaban la primera luz de la mañana, decidí empezar a correr.

Compré dos conjuntos de chándal caros, compré unas zapatillas de deporte, e incluso compré un pequeño termo de aluminio para llenarlo de algo para beber. Me parece triste equiparse con tanta premeditación, pero pensé que me ayudaría.

Empecé a correr nada más empezar las vacaciones de primavera. Iba hasta el puente y, al volver a casa, lavaba cuidadosamente las ropas y la toalla, lo metía todo en la secadora, y luego ayudaba a mi madre, que estaba ya preparando el

desayuno. Después dormía un poco. Éste era mi estilo de vida. Por la noche, me encontraba con mis amigos, veía vídeos y evitaba estar sin hacer nada. Era un esfuerzo vano. La verdad es que no había una sola cosa que me apeteciera hacer. Quería ver a Hitoshi. Pero tenía la sensación de que debía continuar moviendo, a toda costa, mi corazón, mi cuerpo y mis manos. Y quería creer que, si pudiera seguir esforzándome, automáticamente lograría sobreponerme alguna vez. No había ninguna garantía, pero creía que era esencial llegar hasta ese momento. Cuando murieron mi perro y mi pajarito, lo había conseguido más o menos de la misma manera. Pero en este caso no funcionaba. Y los días fueron pasando, marchitándose uno tras otro sin ninguna perspectiva. Yo seguía pensando como si rezara.

«Estoy segura, segura. Llegará un día en que podré liberarme de esto».

El río, donde daba la vuelta, era ancho y casi dividía la ciudad en dos. Tardaba unos veinte minutos en alcanzar el lugar donde colgaba el puente blanco. Me gustaba aquel sitio. Antes, siempre me reunía allí con Hitoshi, que vivía al otro lado del río, e incluso después de su muerte siguió gustándome.

Mientras descansaba en el puente desierto, envuelto en el rugido del agua, bebía despacio el té caliente que llevaba en el termo. El dique blanco continuaba impreciso hasta el infinito y, entre la neblina del amanecer, la ciudad aparecía rodeada de bruma. Era como si yo, dentro del aire frío, transparente y punzante, estuviese en un lugar cercano a «la muerte». En realidad, sólo en aquella escena de soledad cruel, austera y límpida, podía respirar sin esfuerzo. ¿Gozar haciéndome daño? No era así. Porque, de no existir esos momentos, no hubiera tenido ninguna confianza en que pudiese irme bien el día que venía a continuación. Por entonces yo necesitaba con bastante intensidad aquella escena.

También aquella mañana me había despertado sobresaltada tras una noche de pesadillas. Eran las cinco y media. En el amanecer de un día que prometía ser despejado, yo, como siempre, me vestí, salí de casa y eché a correr. Era aún oscuro y no había nadie. La atmósfera estaba silenciosamente helada y la ciudad ofrecía un vago color blanco. El cielo azul oscuro, allá por el este, iba tomando poco a poco una gradación rojiza.

Intentaba correr animada y, a veces, cuando sentía que me faltaba la

respiración, me venía al pensamiento la idea de que correr tanto sin haber dormido apenas era maltratar mi cuerpo. Pero mi cabeza medio dormida la descartaba ya que, así, cuando regresaba, podía conciliar el sueño. Al atravesar la ciudad, donde reinaba un silencio absoluto, era difícil conservar la conciencia clara.

El rugido del río se acercaba y el aire cambiaba por segundos. Un día hermoso y despejado empezaba a nacer a través del cielo azul traslúcido.

Cuando alcanzaba el puente, siempre me apoyaba en la baranda y miraba la hilera de pálidas casas brumosas que se hundían vagamente en el fondo celeste. El fragor de la corriente resonaba, y el agua lo arrastraba todo, blanca y espumeante. El sudor se secaba y la brisa fresca del río me acariciaba el rostro. La media luna se veía muy clara en el frío cielo de marzo. Mi aliento era blanco. Quité la tapa del termo, me serví té y lo bebí sin apartar mis ojos del agua.

—¿Qué clase de té es? Yo también quiero beber.

De repente, oí una voz a mis espaldas que me sobresaltó. Me asusté bastante y se me cayó el termo al río. Sólo me quedó el té humeante de la tapa que sostenía en la mano.

Cuando me volví, preguntándome quién podría ser, vi a una mujer que sonreía. Comprendí que era mayor que yo, pero me fue imposible adivinar su edad, no sé por qué. Si tuviera que decir una, diría unos veinticinco… Sus ojos eran grandes y transparentes, y el pelo corto. Llevaba una gabardina blanca sobre un vestido ligero, con naturalidad, no parecía sentir frío en absoluto, y estaba allí sin que yo lo hubiese advertido.

Y, alegremente, con una voz dulce, un poco nasal, dijo sonriendo:

—Lo que te acaba de pasar, ¿es de Grimm o de Esopo? Se parece mucho a la fábula del perro.

—En aquel caso —dije con desgana—, soltó el hueso al verse reflejado en el agua. No había ningún culpable.

—Bueno, te compraré un termo —dijo ella con una sonrisa.

—Gracias —y me esforcé por sonreír yo también.

Ella hablaba con tanta naturalidad que no pude enfadarme; además, incluso yo misma acabé pensando que no tenía importancia. No parecía una loca, ni tenía el aspecto de ser una borracha que volviera a casa al amanecer. Sus ojos eran lúcidos e inteligentes, y tenía una expresión profunda, profunda, de estar

embebida de toda la tristeza y alegría de este mundo. Así pues, estaba en perfecta armonía con aquel ambiente silencioso e intenso.

Yo, tras apagar la sed bebiendo sólo un sorbo del té que me quedaba, le dije:

—Toma. Te doy lo que queda. Es té de pera.

Y se lo ofrecí.

—Ah, éste me gusta mucho. —Y cogió la tapa con su mano delgada—. Ahora mismo acabo de llegar. Vengo de muy lejos.

Habló con unos ojos que exaltaban resplandecientes las características del viajero, y miró la superficie del río.

—¿Turista? —dije, preguntándome qué habría venido a hacer a un lugar como aquél en el que no había nada.

—Sí. ¿Sabes?, dentro de poco hay un espectáculo que tiene lugar una vez cada cien años —dijo ella.

—¿Un espectáculo?

—Sí, si se dan todas las condiciones.

—¿Qué tipo de espectáculo?

—Es un secreto todavía. Pero, ya que me has dado té, te lo enseñaré.

Después de decir esto, sonrió, y no me atreví a seguir preguntando, no sé por qué. Los signos de que se acercaba la mañana llenaban el mundo entero. La luz se diluye en el azul del cielo y un débil fulgor ilumina de blanco la capa del aire.

Pensé que ya era hora de volver, y dije:

—Bueno…

Entonces, ella me miró de frente con sus pupilas claras.

—Me llamo Urara, ¿y tú? —dijo.

—Satsuki —me presenté yo también.

—Nos veremos pronto.

Urara… Dijo esto, y me hizo adiós con la mano.

Yo también le dije adiós y abandoné el puente. Era extraña. Yo no comprendía en absoluto lo que me había dicho, y tampoco parecía una persona que llevara una vida normal. A cada paso que daba, las dudas se hacían más y más profundas, y, cuando me volví con una cierta inquietud, Urara aún seguía en el puente. Estaba de perfil, mirando el río. Me sorprendió. Porque, cuando la tuve ante mí, me había parecido otra persona. Nunca había visto a un ser humano con una expresión tan severa.

Al darse cuenta de que yo me había detenido, sonrió de nuevo y agitó la mano. Me uní a su saludo, y eché a correr.

«Pero ¿qué tipo de persona será?», pensé por un momento. Y aquella mañana, sólo la impresión que había dejado aquella extraña mujer llamada Urara en mi cabeza, más y más soñolienta, permanecía grabada y enmarcada por la luz del sol de una manera deslumbrante.

Hitoshi tenía un hermano menor muy extravagante. Su manera de pensar y reaccionar ante las cosas ha ido volviéndose cada vez más extraña con el paso del tiempo. Desde que lo vi por primera vez, pensé que vivía en este mundo como si lo hubieran arrojado al tener uso de razón, de golpe, y tras haber sido educado en otra dimensión. Se llama Shu. Shu, el verdadero hermano menor de Hitoshi, ha cumplido este mes dieciocho años.

Shu, que volvía de la escuela, llegó a la cafetería del cuarto piso de los almacenes donde habíamos quedado con un vestido de marinero.

Yo, la verdad, me sentí muy avergonzada[11], pero como él entró en la cafetería muy tranquilo, fingí naturalidad. Se sentó frente a mí y dijo tras un suspiro:

—¿Te he hecho esperar mucho? Ladeé la cabeza sonriendo con alegría y, al pedir, la camarera lo miró fijamente de arriba abajo, y dijo:

—¿Sí? —con aire extrañado. El rostro de Shu no se parecía mucho al de Hitoshi, pero los dedos de las manos o la manera casi imperceptible de cambiar de expresión a veces, casi me paraban el corazón.

—Oye —decía yo en uno de esos momentos, esforzándome en hablar.

—¿Qué? —dijo Shu esta vez, mirándome mientras sostenía el vaso con una mano.

—Te pareces a él —decía yo.

Entonces siempre replicaba:

—Imito a Hitoshi.

Y lo hacía. Los dos nos reíamos. Así, ironizábamos sobre la herida que teníamos en el corazón, y es que no podíamos hacer nada, sólo bromear.

Yo había perdido a mi novio, pero él había perdido a la vez a su hermano y a su novia.

Ella se llamaba Yumiko, tenía la misma edad que él, y era una chica muy guapa, bajita, que jugaba muy bien al tenis. Teníamos una edad parecida, por eso los cuatro nos habíamos llevado muy bien y a menudo habíamos salido juntos. Cuando yo iba a casa de Hitoshi, Yumiko ya estaba en casa de Shu, y fueron incontables las veces que habíamos pasado toda la noche jugando a algo.

Aquella noche, Hitoshi llevó a la estación en coche a Yumiko, que había ido a casa de Shu, y, a medio camino, tuvieron un accidente. No fue culpa suya.

Sin embargo, los dos murieron en el acto.

—¿Haces *jogging?* —dijo Shu.

—Sí —dije.

—En efecto, has engordado.

—De estar todo el día sin hacer nada.

Sonreí inconscientemente. En realidad, empezaba a adelgazarme tanto que se notaba con sólo mirarme.

—No por hacer deporte se está más sano. A propósito, cerca de mi casa han abierto un restaurante que hacen unos *kakiagedonburi* terriblemente buenos. Tienen muchas calorías. Vayamos a comer, ahora, ahora mismo —dijo.

Los caracteres de Hitoshi y Shu eran también completamente distintos, pero, sin embargo, los dos tenían de natural una dulzura sin ninguna clase de afectación y nada interesada, que era fruto de una buena educación. Como el detalle de envolver cuidadosamente el cascabel en el pañuelo.

—Sí, de acuerdo —dije.

El vestido marinero que llevaba Shu era un recuerdo de Yumiko.

Después de su muerte, él, que iba a una escuela de bachillerato que permitía a sus alumnos no llevar uniforme, acudía a clase vistiendo esta ropa. A Yumiko le gustaba el uniforme. Los padres de Shu y los de Yumiko le decían que ella no estaría contenta y retenían entre lloros al chico con faldas. Pero Shu se reía y no les hacía caso. Al preguntarle si lo llevaba por sentimentalismo, me dijo que no era así. Que los muertos no volvían. Que una cosa era sólo una cosa. Pero que se sentía mejor.

Cuando le pregunté:

—Shu, ¿hasta cuándo piensas llevar este vestido?

Dijo:

—No lo sé —y su cara se ensombreció un poco.

—¿No te dicen todos cosas raras? ¿No hablan mal de ti en la escuela?

—Pues yo[12]… —dijo. Él siempre utilizaba esta forma, ya desde antes—, les doy pena. Y tengo mucho, mucho éxito entre las chicas. Claro, al llevar faldas, tengo la sensación de comprender mejor los sentimientos de las mujeres.

—Ah, entonces está muy bien.

Me reí. Al otro lado del cristal, los clientes de aquella planta, contentos, pasaban animadamente. Aquel atardecer, todo parecía feliz dentro de los almacenes, donde se alineaban los trajes de primavera iluminados.

Ahora lo comprendo bien. Su vestido de marinero era mi *jogging*. Tenía exactamente la misma función. Creo que yo no soy tan extravagante como él, y por eso tenía suficiente con el *jogging*. Para Shu, esto carecía absolutamente de impacto y no era suficiente para sostenerlo, por esta razón, como variación, eligió el vestido marinero. En ambos casos, no era más que un modo de dar fuerzas a un corazón marchito. Distraernos para ganar tiempo.

Tanto yo como Shu, en aquellos dos meses, habíamos adquirido una expresión en el rostro que no teníamos antes. La expresión de quien lucha consigo mismo para no pensar en las personas que ha perdido. Acababa poniendo aquella cara, sin yo saberlo, sin darme cuenta, cuando estaba entre unas tinieblas hacia las que venían oleadas de soledad al recordarlo todo de repente.

—Bueno, si voy a cenar fuera, llamaré a casa. Ah, Shu, ¿tú no tienes que cenar en casa?

Y, al ponerme en pie, Shu dijo:

—Ah, sí… Hoy mi padre está de viaje.

—Entonces, tu madre estará sola. Mejor que vuelvas a casa.

—No, bastará con mandar comida preparada para uno. Todavía es pronto y

seguramente no tiene nada hecho todavía. Pagaré yo, la cena será una invitación inesperada del hijo.

—Es un plan encantador —le dije.

—Pareces más animada, ¿no?

Shu sonrió alegremente. En ocasiones como aquélla, el joven, normalmente precoz, ponía una cara adecuada a su edad.

Hitoshi había dicho una vez, un día de invierno:

—Tengo un hermano pequeño. Se llama Shu.

Fue la primera vez en que le oí hablar de su hermano. Los dos descendíamos por las largas escaleras de piedra situadas en la parte posterior de la escuela, bajo un cielo gris, sombrío y plúmbeo. Hitoshi se metió las manos en los bolsillos de la gabardina, y dijo echando una bocanada de vaho blanco:

—Es más adulto que yo, no sé por qué.

—¿Adulto?

Me reí.

—Algo así, tiene un gran control sobre sí mismo. Sin embargo, cuando se trata de la familia es inusitadamente infantil. Ayer, mi padre se hizo un pequeño corte en la mano con un cristal, y Shu se trastornó mucho, de una manera increíble. Parecía que el cielo y la tierra hubieran invertido su lugar. Me sorprendió mucho, por eso acabo de acordarme.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos quince, creo.

—¿Se parece a ti? Quiero verlo.

—Te advierto que es un chico un poco especial. Tanto que podría pensarse que no somos hermanos. Si lo conocieras, puede que incluso dejaras de quererme. Sí, es un tipo raro, en serio —dijo Hitoshi con una sonrisa muy de hermano mayor.

—De acuerdo, tu hermano es raro —contesté yo—. Entonces me lo presentarás dentro de un tiempo, cuando nuestro amor sea más firme y no pueda derrumbarse a causa de un hermano raro.

—Qué va. Es broma. No hay problema. Seguro que os llevaréis bien. Tú también tienes algunas facetas raras y, además, Shu es muy sensible a las buenas

personas.

—¿A las buenas personas?

—Sí, eso es.

Hitoshi se rió mostrándome su perfil. En momentos como aquél siempre se sentía avergonzado. Los pies avanzaban rápidamente por las escaleras empinadas. El cielo de mediados de invierno, que comenzaba a oscurecerse, brillaba nítido en la cristalera de la escuela blanca. Recuerdo los bajos de la falda de mi uniforme, los calcetines largos y los zapatos negros, que pisaban un escalón tras otro.

Fuera, nos visitaba una noche impregnada del perfume de la primavera.

El vestido marinero de Shu quedaba oculto por la gabardina y yo me tranquilicé un poco. La claridad que salía por la ventana de los almacenes iluminaba alegremente la acera y brillaban, blancos, los rostros de las personas que iban y venían sin cesar. El aire tenía un olor dulce y, como hacía frío a pesar de ser primavera, saqué los guantes del bolsillo.

—Este restaurante donde hacen *tempura* está justo al lado de mi casa, así que podemos andar un poco, ¿no? —dijo Shu.

—Vamos a cruzar el puente, ¿verdad? —dije, y enmudecí por un instante.

Es que me había acordado de Urara, la mujer que había visto en el puente. Y mientras pensaba distraídamente que, a pesar de haber ido desde entonces allí todas las mañanas, no la había vuelto a encontrar, Shu dijo en voz alta:

—A la vuelta, por supuesto, te acompañaré.

Probablemente había pensado que mi silencio obedecía a la incomodidad por ir lejos.

—Qué va. Si aún es pronto.

Hablé precipitadamente; entretanto, iba pensando, esta vez sólo para mis adentros: «Se le parece». En la actitud que había tomado, se parecía tanto a Hitoshi que no hacía falta que lo imitara. Aquella suma de distanciamiento y gentileza que, pese a no alterar la distancia, manifestaba una amabilidad instintiva hacia los demás, me daba una sensación de transparencia. Yo entonces recordaba vívidamente este sentimiento. Era inolvidable. Era amargo.

—Hace poco, cuando corría por la mañana, me encontré a una persona

extraña en el puente. Simplemente me había acordado de esto —dije al empezar a andar.

—Esta persona extraña, ¿era un hombre? —sonrió Shu—. Una carrera peligrosa por la mañana temprano.

—No, no es eso. Era una mujer. Una persona difícil de olvidar, no sé por qué.

—Caramba. Estaría bien que volvieras a encontrarla.

—Sí.

En efecto, tenía muchas ganas de ver a Urara de nuevo, no sé por qué. Sólo la había visto una vez, pero quería verla. La expresión de su rostro, a mí, entonces, casi me había detenido el corazón. Al quedarse sola, ella, que poco antes había estado sonriendo dulcemente, tenía una expresión que, si buscamos una semejanza, parecía la de «un diablo que hubiera tomado forma humana y que, de repente, se dijera que ya no podía confiar nada más a nadie». Eso era un poco difícil de olvidar. Tuve la impresión de que ni mi tristeza ni mi sufrimiento llegaban hasta este punto, en absoluto. Me hizo sentir que quizás yo pudiera hacer algo más.

Shu y yo nos sentimos un poco turbados en la gran encrucijada que atravesaba la ciudad. Aquél era el lugar donde Hitoshi y Yumiko habían tenido el accidente. También ahora los coches iban y venían intensamente. Shu y yo nos detuvimos, uno al lado de otro, junto al semáforo en rojo.

—¿No vagarán por aquí sus almas?

Shu lo dijo con una sonrisa, pero sus ojos no sonreían en absoluto.

—Sabía que lo dirías.

También yo sonreí forzadamente.

Los colores de los faros se cruzan, y el río de luces gira. El semáforo flota nítidamente en la oscuridad. Aquí murió Hitoshi. Un sentimiento de solemnidad me invade en secreto. El tiempo se detiene para la eternidad en el lugar donde ha muerto aquel a quien se ama. En lugares como éste, las personas rezan para que les sea transmitido a ellas el sufrimiento. A menudo, cuando visitaba un castillo o algún lugar así, y oía: «Hace años anduvo por aquí tal o cual persona. Usted puede sentir la historia en su propia piel», creía que era una tontería, pero ahora es diferente. Tengo la sensación de comprenderlo.

Esta encrucijada, este colorido de la noche bordeado de tiendas y edificios, es el último paisaje de Hitoshi, y eso no es un pasado tan lejano.

¿Fue una experiencia terrible? ¿Se acordó de mí, aunque sólo fuera por un instante?… ¿Subía la luna por el cielo, igual que ahora?

—Está verde.

Hasta que Shu me empujó por el hombro, estuve mirando distraídamente la luna. La luz blanca, pequeña y fría, parecida a una perla, era muy bonita.

—Está increíblemente bueno —dije.

El *kakiagedonburi* que comimos, sentados a la barra de aquel restaurante pequeño y nuevo con olor a madera, estaba tan bueno que me hizo recordar las ganas de comer.

—¿Verdad que sí? —dijo Shu.

—Sí. Delicioso. Está tan rico que me hace pensar lo bueno que es estar vivo —dije.

Lo elogiamos tanto que el dueño del restaurante, al otro lado de la barra, pareció avergonzado.

—Sabía que lo dirías. Tienes buen gusto con la comida. Me alegro de veras de que estés contenta.

Después de decirlo todo de golpe, sin respirar, sonrió, y fue a encargar comida para llevársela a su madre. Delante del *kakiagedonburi* pensé que tenía un carácter obsesivo, pero que era inevitable: tenía que seguir viviendo mientras la oscuridad mantuviera atrapadas aún mis piernas. Me gustaría que este chico pudiera sonreír, cuanto antes, igual que ahora, aunque no llevara el vestido marinero.

Era mediodía. De repente, sonó el teléfono.

Estaba resfriada. No había hecho *jogging* y dormitaba en la cama. El timbre sonó muchas veces dentro de mi cabeza un poco febril y me levanté atontada. Parecía que no había nadie en casa y, ya que no me quedaba otro remedio, salí al pasillo y cogí el auricular.

—¿Sí?

—¿Oiga? ¿Está Satsuki?

Oí que una voz de mujer que no conocía decía mi nombre.

—¿Sí? Soy yo —dije ladeando la cabeza.

—Ah, soy yo —dijo aquella persona al otro lado del auricular—. Soy Urara.

Me sorprendí. Aquella persona siempre me asombraba. No era posible que fuera ella quien estaba llamando.

—Es muy precipitado, pero quizás estés libre. ¿Puedes salir?

—Sí…, bien, pero… ¿por qué? ¿Cómo has sabido dónde vivo? —dije con voz de asombro. Parecía estar telefoneando desde la calle, se oían coches. Oí una risita sofocada.

—Cuando pienso que quiero saber algo, lo sé instantáneamente —dijo Urara como si se tratara de una fórmula mágica.

Y como habló con naturalidad, pensé: «Ah, bueno».

—Bien, entonces quedamos en el quinto piso de los almacenes que hay delante de la estación, en la sección de termos.

Dijo esto y colgó.

Al dejar el auricular, pensé que, en una situación normal, hubiera vuelto a acostarme sin que siquiera se me pasase por la cabeza la idea de salir fuera. Las piernas me temblaban y sentí que la fiebre me subiría. Sin embargo, incitada por la curiosidad, empecé a vestirme. Y no vacilé, como si, en el fondo de mi corazón, la luz del instinto centelleara y me dijera: «Ve».

Pensándolo retrospectivamente, el destino era, entonces, una escalera de la que no podía suprimirse ni un escalón. De no haber existido aquella escena, yo no hubiera podido subir. Y lo más fácil hubiera sido ignorarla. Quizás, a pesar de ello, lo que me movía era una luz pequeña que habitaba en mi corazón moribundo. Era un fulgor en una oscuridad que, creía yo, me impedía dormir bien.

Me abrigué y monté en la bicicleta. Verdaderamente, parecía que llegaba la primavera. Era un mediodía envuelto en una luz templada. Un vientecillo acabado de nacer me acariciaba la cara y me sentía muy bien. También los árboles de la calle empezaban a tener hojas de un infantil y tenue color verde. El cielo azul pálido, ligeramente brumoso, se extendía hasta mucho más allá de la

ciudad.

Ante este frescor, no podía evitar sentir que mi interior estaba seco. El paisaje primaveral no podía penetrar de ninguna forma en mi corazón. Sólo se reflejaba en la superficie como una pompa de jabón. Todo el mundo iba entrecruzándose, feliz, con la luz en el cabello. Todo respiraba, y el resplandor crecía protegido por la dulce luz del sol. En aquella escena hermosa y rebosante de vida, mi corazón añoraba el cauce del río del alba y la ciudad muerta en invierno. Y entonces pensé que me gustaría desaparecer.

Urara estaba de pie, erguida, con una hilera de termos a sus espaldas. Llevaba un jersey rosa y, ahora, entre la multitud, parecía tener mi edad.

—Hola —dije al acercarme.

—Caramba, ¿estás resfriada? —dijo ella abriendo los ojos—. Lo siento. No lo sabía cuando te he llamado.

—Tengo aspecto de resfriada, ¿no? —sonreí.

—Sí, estás muy colorada. Bueno, elige rápido. El que más te guste —dijo mirando los termos de frente—. Claro, por supuesto te gustará éste. ¿O es mejor uno ligero, para llevarlo cuando corras? Éste parece igual al que se cayó. Ah, si es por el diseño, podemos ir a la sección de objetos de China y lo compramos allí.

Hablaba con mucha pasión y me puse tan contenta que incluso yo misma noté cómo me ruborizaba.

—Pues… este blanco.

Señalé un termo pequeño y blanco que brillaba lanzando destellos.

—Sí, el cliente tiene buen gusto.

Y, diciendo esto, me lo compró.

Mientras tomábamos té inglés en una pequeña cafetería que estaba en la terraza, cerca de allí, dijo:

—También te he traído esto. —Y sacó un pequeño envoltorio del bolsillo de su gabardina. Fue sacando muchos, muchos paquetes, yo me quedé extrañada—. Una persona que tiene una tienda de té me los ha dado. Hay varias clases de té

de hierbas, de té inglés y té chino. En cada envoltorio pone su nombre. Ponlos a tu gusto en el termo.

—Muchísimas gracias —dije yo.

—De nada, por mi culpa se te cayó al río un termo que te gustaba mucho.

Urara sonrió.

Era una tarde muy despejada. La luz iluminaba vivamente la ciudad, casi de una manera melancólica. Las nubes se movían despacio, dividiendo la ciudad entre la luz y la sombra. La tarde parecía sosegada. El clima era tan suave que casi se podría pensar que los únicos problemas que existían eran mi nariz congestionada y que no sabía qué estaba bebiendo.

—Por cierto —dije—, ¿cómo has sabido mi número de teléfono, en realidad?

—No, si te he dicho la verdad —dijo sonriendo—. Es una historia larga. Al vivir sola vagando de un lugar a otro, parece que, por alguna razón, la sensibilidad se me ha agudizado. No recuerdo bien desde cuándo puedo hacer este tipo de cosas… Pues sí, simplemente pensar: «¿Cuál es el número de Satsuki?», y mi mano se mueve espontáneamente al marcar el número, y la mayoría de las veces acierto.

—¿La mayoría de las veces? —dije riendo.

—Sí, la mayoría de las veces. Cuando me equivoco, digo: «Perdone», y cuelgo, riéndome. Entonces, sola, me ruborizo.

Urara habló de esta forma y sonrió alegremente. Yo prefería creer en esta manera que Urara me explicaba con tanta naturalidad que en la gran cantidad de medios que existían para saber un número de teléfono. Ella hacía sentir esto a los demás. Era como si yo la conociera, en algún lugar de mi corazón, desde mucho antes y que, ahora, casi llorase de alegría por la emoción del reencuentro.

—Pues gracias por lo de hoy. Me he sentido tan contenta como si fuéramos dos enamorados —dije.

—Bien, entonces voy a enseñarle una cosa a mi amante. Pero, primero, debes curarte este resfriado antes de pasado mañana.

—¿Por qué? Ah, ya…, esa cosa tan importante que hay que ver, ¿será pasado mañana?

—Has acertado. ¿Te parece bien? Pero no se lo digas a nadie —Urara bajó un poco la voz—. Pasado mañana, si vienes a las cinco menos tres minutos al lugar del otro día, quizá puedas ver algo.

—¿Qué es este «algo»? ¿De qué se trata? ¿Es posible que no llegue a verlo?

No podía hacer más que inundarla de preguntas.

—Sí. Depende del tiempo que haga y también de tu estado. Es algo muy delicado y no se puede garantizar nada. Se trata simplemente de una sensación mía, pero tu relación con el río es muy estrecha. Por eso podrás verlo, estoy segura. Pasado mañana a esa hora, se dan unas condiciones que concurren una vez cada cien años, y quizá puedas ver algo parecido a una ilusión. Perdona, sólo puedo decir eso, «es posible».

Ladeé la cabeza sin entender bien lo que me estaba diciendo. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no me había invadido un sentimiento de excitación tan intenso como aquél.

—¿Es algo bueno?

—Sí. Es precioso. Pero, eso depende de ti —dijo Urara.

Dependía de mí.

Y yo, que me había replegado tanto en mí misma para protegerme, dije sonriendo:

—Sí. Iré, seguro.

La relación entre el río y yo. Inmediatamente pensé: *«Yes»*, a pesar de que me dio un vuelco el corazón. Para mí, el río era la frontera entre Hitoshi y yo. Cuando imagino el puente, Hitoshi está allí. Yo siempre llegaba tarde y él estaba ya esperándome en aquel lugar. Cuando íbamos a alguna parte, siempre nos separábamos allí, él iba hacia un lado, y yo hacia el otro. También fue así la última vez.

—¿Vas a casa de Takahashi?

Fue la última conversación entre Hitoshi y yo, cuando todavía estaba gordita y era feliz.

—Sí, primero iré a casa y luego nos reuniremos. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Dale recuerdos de mi parte. Pero, de todos modos, sois hombres y habláis de mujeres, supongo —dije.

—Pues, sí. ¿Te parece mal?

Se rió. Caminábamos haciendo algazara, un poco ebrios, después de haber

estado juntos, divirtiéndonos, durante todo el día. Un cielo estrellado y precioso adornaba el camino en la noche de invierno, más y más fría, y yo estaba de muy buen humor. El viento me punzaba las mejillas y las estrellas titilaban. Las palmas de la mano, unidas dentro del bolsillo, eran cálidas y tenían un tacto seco.

—Ah, pero de ti no hablaré en absoluto.

Me hizo gracia que Hitoshi dijera eso, como si recordara algo de repente. E intenté sofocar la risa hundiendo la cara en la bufanda. Entonces pensé que era extraño, pero sentía que, en aquellos cuatro años, nunca lo había querido tanto como en aquel instante. Ahora, siento que mi «yo» de entonces era como diez años más joven. Se oía débilmente el fragor de la corriente y la despedida fue triste.

El puente. El puente se convirtió en el lugar de la despedida definitiva. El agua corría rugiendo, y un viento helado me despejaba. Nos dijimos adiós con un beso breve y una sonrisa, recordando las divertidas vacaciones del invierno, bajo el fragor vivo del río y el cielo estrellado. Hitoshi y yo nos sentíamos llenos de afecto, y el tintineo del cascabel fue alejándose en la noche.

Habíamos tenido peleas terribles, y pequeños amores. También, algunas veces, habíamos sufrido buscando el equilibrio entre el amor y el deseo. Y nos habíamos herido mutuamente a causa de nuestra inmadurez. Así pues, no fueron unos años de felicidad absoluta, sino de dificultades. Pero, a pesar de todo, fueron unos cuatro años maravillosos. Y especialmente ese día era tan perfecto que temía que acabase. Recuerdo cómo la chaqueta negra de Hitoshi, que aún se volvió hacia mí una vez más, iba diluyéndose en la oscuridad, como el sabor de ese día en el que todo había sido tan hermoso y tierno en el aire límpido de invierno.

Ésta era justamente la escena que yo, a menudo, recordaba llorando. No, más bien acababa derramando lágrimas al recordarla. Muchas, muchas veces, soñé que le seguía, cruzaba el puente y le atraía hacia mí diciendo: «No te vayas». En el sueño, Hitoshi sonreía, y decía: «Tú me has retenido, por eso he podido escapar a la muerte».

Ahora me siento vacía al poder recordarlo así, a pleno día, sin derramar lágrimas. Siento que él está infinitamente lejos de mí y que va alejándose aún más.

Me despedí de Urara, tomándomelo medio a broma y, a la vez, sintiendo ilusión por ese «algo» que quizá viera en el río. Urara desapareció por la calle sonriendo.

Pensé que no me importaría hacer el ridículo si acudiera corriendo ilusionada por la mañana temprano y Urara resultara ser una solemne embustera. Hizo aparecer un arco iris en mi corazón. Porque entró un soplo de aire dentro de mí al recordar de nuevo la emoción que sentía antes cuando pensaba en algo inesperado. Tal vez me sintiera bien si, simplemente, miráramos las dos juntas, por la mañana, cómo brillaba la corriente fría del río. Con eso sería suficiente.

Pensaba en esto mientras caminaba con el termo en los brazos. Decidí ir a buscar la bicicleta y entonces, cuando atravesaba la estación, vi a Shu.

Es evidente que las vacaciones de primavera son distintas para los estudiantes de bachillerato y los de universidad. Que estuviera en la calle, a pleno día, sin uniforme, significaba que no había ido a la escuela. Sonreí.

Podía acercarme a él corriendo sin vacilar, pero todo me parecía molesto a causa de la fiebre y me aproximé sin acelerar el paso. Justo entonces, empezó a caminar en la misma dirección que yo, y resultó que, involuntariamente, le fui siguiendo por la calle. Andaba deprisa, y yo, que no me sentía con ánimos para correr, apenas podía alcanzarle.

Observé a Shu. Era un chico atractivo, y casi todo el mundo se giraba para mirarlo cuando llevaba ropa normal. Iba andando, imponente con su jersey negro. Era alto y tenía los brazos y piernas largos. Era ágil y llamaba la atención. Mirando su figura por detrás, pensé: «Si él, que ha perdido a su novia, fuera ahora, de repente, a la escuela con el vestido marinero, las chicas, sabiendo que es un recuerdo de su novia muerta, no lo dejarían en paz». No es frecuente perder a la vez a la novia y al hermano. Es el colmo de lo absurdo. Si yo fuera una alumna ociosa de bachillerato, a lo mejor acabaría queriéndole e intentaría que se sobrepusiera. A las mujeres les gustan este tipo de cosas cuando son muy jóvenes.

Él hubiera sonreído si lo hubiera llamado. Lo sabía. Sin embargo, me sabía mal llamarlo, a él que iba solo por la calle. También me dio la sensación de que nadie podía hacer nada por él. Probablemente yo estaba muy cansada. Tenía los sentidos embotados. Quería huir lo antes posible, hasta ese punto en el que

pudiera ver con claridad los recuerdos como simples recuerdos. Pero, por mucho que corriese, la distancia era grande y, al pensar en el futuro, me sentía tan sola que me estremecía.

En aquel momento, Shu se detuvo y yo también lo hice. Pensé sonriendo: «Esto es una verdadera persecución», y empecé a andar con la intención de llamarle al fin…, pero me detuve al darme cuenta de qué era lo que Shu estaba mirando.

Miraba el escaparate de una tienda de artículos de tenis. Por su expresión absorta, supe que, en realidad, estaba mirando sin pensar en nada. Pero cuanto menor era la expresión que mostraba su rostro, más me transmitía la profundidad de sus sentimientos. Pensé: «Parece un grabado». La figura del patito que anda convencido de que es su madre lo que se mueve por primera vez ante sus ojos conmueve a quien lo mira.

Conmueve terriblemente.

Bajo la luz de primavera, entre la multitud, él estaba abstraído, con la mirada fija. Parecía como si, cerca de los artículos de tenis, se sintiera lleno de gratos recuerdos. También a mí me sosegaba estar con Shu porque me recordaba algún aspecto de Hitoshi. Creo que es una cosa triste.

Yo también había visto jugar al tenis a Yumiko. Cuando me la presentaron pensé que, ciertamente, era bonita, pero me pareció una persona muy alegre, normal y tranquila, y no podía adivinar qué era lo que atraía tanto a Shu, un chico poco común, para que estuviese tan enamorado. Era el Shu de siempre, pero algo que había en ella lo fascinaba. Sus capacidades estaban equilibradas. Pregunté a Hitoshi de qué se trataba.

—Dice que es el tenis.

Hitoshi sonrió.

—¿El tenis?

—Sí. Según Shu, es extraordinaria jugando al tenis.

Era verano. Hitoshi, Shu y yo vimos jugar a Yumiko la final en la pista de tenis de la escuela abrasada por el sol. Las sombras se dibujaban con nitidez y yo

tenía mucha sed. Era la época en que todo resplandecía.

Era realmente extraordinaria. Se transformaba en otra. Era una persona distinta a la que me seguía sonriente diciendo: «Satsuki, Satsuki». Yo observaba el partido asombrada. Hitoshi también parecía sorprendido. Shu dijo con orgullo:

—¿Verdad que es magnífica?

Ella conducía el partido con vigor, concentrando todas sus fuerzas, y llevó a cabo un juego enérgico y agresivo, sin dar muchas oportunidades a su rival. Realmente era fuerte. Ponía una cara muy seria. Como si estuviese a punto de matar a alguien. Y fue impresionante cuando, tras la última jugada, volvió su cara risueña, la de la Yumiko de siempre que conservaba algo de infantil, hacia Shu en el momento en que conseguía la victoria.

Era divertido estar los cuatro juntos, me gustaba. Yumiko me decía a menudo:

—Satsuki, nos divertiremos juntos siempre, ¿de acuerdo? No os separéis de nosotros.

Y al decirles bromeando:

—Y vosotros, ¿qué?

Se reían y contestaban:

—¡Qué va!

Y éste es el resultado. Es el colmo.

Creo que Shu, en aquel momento, no estaba recordándola a ella como yo recordaba a Hitoshi. Los chicos no buscan el sufrimiento intencionadamente. Pero, sin embargo, sus ojos y su cuerpo sólo decían una palabra. Él no la pronunciaría jamás. Si lo hiciera, sería una palabra amarga. Terriblemente cruel. Era… «Vuelve».

Más que una frase, era una plegaria. Yo no podía soportarlo. ¿También yo estoy así en el río, al amanecer? ¿Por esta razón me llamó Urara? Yo, también…, yo también quiero verlo. Quiero ver a Hitoshi. Quiero que vuelva. Por lo menos, hubiera querido despedirme de él.

Me juré no hablarle de lo que había visto aquel día y me fui sin decir nada,

pensando que ya nos veríamos en una ocasión más alegre.

La fiebre me subió mucho. Pensé que era de esperar, por callejear hasta tan tarde a pesar de no encontrarme bien. Mi madre se rió y dijo:

—¿No será la fiebre que tienen los niños cuando empiezan a dar señales de inteligencia[13]?

Sonreí desmayadamente. Yo también pensaba lo mismo. Quizá corriera por mi cuerpo el veneno de mis pensamientos de impotencia.

Por la noche, soñé con Hitoshi como de costumbre, y me desperté. Soñé que tenía fiebre e iba corriendo hasta el río. Hitoshi estaba allí. Al verme, se rió y dijo: «¿Qué haces aquí? Estás resfriada».

Éste era el peor sueño que podía tener. Cuando abrí los ojos, ya estaba amaneciendo. Era la hora en que normalmente me levantaba y me vestía. Tenía frío, sencillamente tenía frío. Sentía las manos y los pies cada vez más helados, a pesar de que todo mi cuerpo estaba ardiendo. Me recorrían escalofríos, tiritaba y me dolía todo el cuerpo. Temblando en la oscuridad con los ojos abiertos, sentía que estaba luchando contra algo terriblemente gigantesco. Y, por primera vez desde que nací, pensé con sentimiento que quizá sería vencida.

Haber perdido a Hitoshi era doloroso. Demasiado doloroso.

Cada vez que nos abrazábamos, conocí palabras que no eran palabras. Me extrañaba estar tan cerca de una persona que no fuera yo misma o mis padres. Perdí aquellas manos y aquel pecho, sentí que había tocado la fuerza de la desesperación más profunda que alguien podía encontrar, aquella que nadie querría ver bajo ningún concepto. Me sentía sola. Terriblemente sola. Era el peor momento. Cuando hubiese pasado, cuando llegara la mañana, quizá pudiese hacer algo divertido que me hiciera reír a carcajadas. Si lloviese la luz. Si llegara la mañana.

Siempre, siempre pensaba esto, pero en esa ocasión me sentí miserable, pues no tenía fuerzas para levantarme e ir hasta el río. El tiempo pasaba como si yo

masticase arena con impaciencia. Sentí que, si fuera hoy al río, Hitoshi estaría allí como en el sueño. Casi enloquecí. Parecía que iba a pudrirme.

Me levanté despacio y fui a la cocina con la intención de beber té. Tenía la garganta terriblemente seca. Veía toda la casa distorsionada por la fiebre, de una forma totalmente surrealista, y la cocina estaba oscura y fría después de que toda la familia se hubiera ido a la cama. Mareada, me preparé un té caliente y volví a mi habitación.

Después de tomarlo me sentí bastante mejor. Cuando hube apagado mi sed, pude respirar con menos dificultad. Incorporé la parte superior de mi cuerpo y descorrí las cortinas de la ventana que estaba junto al lecho.

Desde mi habitación se veía bien el portal de la casa y el jardín. Las plantas y las flores se mecían en el aire azul y se extendían, con los colores planos, como un panorama. Era bonito. Últimamente, he descubierto que todas las cosas son muy límpidas en el azul del alba. Mientras observaba la escena, vi a una persona que se acercaba por la acera de delante de la casa. Mientras iba aproximándose parpadeé varias veces, creyendo que era un sueño. Era Urara. Llevaba un vestido azul y se acercaba, mirándome sonriente. Se detuvo en el portal y dijo:

—¿Puedo entrar?

Asentí con la cabeza. Atravesó el jardín y se detuvo bajo la ventana. La abrí. El corazón me latía con fuerza.

Dijo:

—¡Qué frío!

Entró aire fresco desde el exterior y me refrescó las mejillas calientes. Era un aire transparente y delicioso.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

Sinceramente, me sentía tan contenta como una niña pequeña.

—Vengo de dar el paseo matutino. Parece que tu resfriado va mal. Toma, unas pastillas de vitamina C.

Me mostró una sonrisa transparente, sacó unos caramelos del bolsillo y me los ofreció.

—Gracias por todo —dije con voz ronca.

—Parece que tienes mucha fiebre. ¿Lo estás pasando mal, verdad? —dijo ella.

—Sí. Ni siquiera he podido ir a correr esta mañana —dije.

Tenía ganas de llorar, no sé por qué.

—Eso es por el resfriado —dijo Urara con naturalidad bajando los párpados —. Ahora estás en el peor momento. Puede que sea más duro que la muerte. Pero tal vez no haya otro peor. Porque los límites de una persona no cambian. Quizá vuelvas a enfermar, y puede que te azote de nuevo un resfriado como éste, pero si eres fuerte no volverás a sufrir tanto en toda tu vida. Las cosas son así. Puedes pensar que sería un asco que volviera a ocurrir, pero ¿no crees que sería mejor hacerte a la idea de que las cosas son así? —y me miró sonriendo.

Yo abrí los ojos sin decir nada. ¿Estaría hablando simplemente del resfriado? ¿A qué se referiría?… El azul del amanecer y la fiebre hacían que todo me pareciera borroso, y yo no distinguía bien el límite entre el sueño y la realidad. Mientras Urara hablaba, simplemente tenía los ojos fijos en su flequillo mecido por el viento e iba grabando sus palabras en mi corazón.

—Entonces mañana, ¿eh? —Urara sonrió y cerró la ventana desde fuera, despacio. Salió por el portal con pasos ligeros, como si bailara.

Seguí con la mirada la figura que desaparecía flotando en mi sueño. Me alegré tanto de que viniera, al final de aquella noche penosa, que casi lloré. Hubiera querido decirle: «Estoy muy contenta de que hayas venido como una aparición a través de la neblina azul». Incluso me convencí, sin razón alguna, de que cuando despertara todo sería mejor. Y me volví a dormir.

Cuando me desperté, me di cuenta de que, al menos, el resfriado había mejorado. Ya estaba anocheciendo, había dormido mucho. Me levanté, me duché, me vestí y empecé a secarme el pelo. La fiebre había bajado y, salvo la flojedad que sentía, me encontraba bien.

«¿De verdad ha venido Urara?», pensaba envuelta en el aire caliente mientras me secaba el pelo. Parecía un sueño. «Y aquellas palabras, ¿se referían al resfriado?» Sentía que resonaban en el sueño.

Las sombras poco profundas de la cara que se reflejaba en el espejo me hicieron presentir que vendría de nuevo, como el segundo temblor de un terremoto, una noche cruel. Estaba tan cansada que no quería ni pensar. Estaba exhausta… Pero deseaba atravesar la noche, aunque fuera arrastrándome.

Sin embargo, podía respirar mejor que los días anteriores. Me amargaba la

idea de que pronto llegaría una noche solitaria en la que no pudiera siquiera respirar. Sentía pánico al pensar que la vida era esto, una vez tras otra. Sin embargo, la ilusión de que existiría con certeza un momento en el que, de repente, respiraría mejor, me hacía palpitar el corazón de felicidad. A menudo, me hacía sentir feliz.

Cuando lo pensaba, pude esbozar una ligera sonrisa. La fiebre había bajado bruscamente y mis pensamientos eran los de un borracho. Entonces, de repente, alguien llamó a la puerta. Dije: «Pasa», creyendo que era mi madre y me sorprendí cuando la puerta se abrió y apareció Shu. Realmente me sorprendí.

—Tu madre dice que te ha llamado varias veces y que no has contestado —dijo Shu.

—Con el ruido del secador, no la he oído —dije. Me sentía turbada porque tenía el pelo medio mojado y sin peinar.

—He venido a verte porque, cuando he llamado, tu madre me ha dicho que estabas muy resfriada y que le parecía que tenías mucha fiebre.

Shu sonreía sin darle importancia a mi aspecto. Al decir esto, recordé que él antes solía venir a casa con Hitoshi. Los días en que había alguna festividad o de vuelta a casa después de ver un partido de béisbol. Saqué unos almohadones y nos sentamos como siempre. Era yo quien lo había olvidado.

—Es un regalo —Shu sonrió enseñándome una bolsa grande de papel. Era tan amable que me resultó difícil decirle que ya estaba bien; casi me sentí obligada a toser—. Son *sandwiches* de filete de pollo, del Kentucky Fried Chicken, y el sorbete que te gusta a ti. Y Coca-Cola. También hay para mí, podemos comer juntos.

No quería pensar mucho en ello, pero él me trataba como si yo fuera de porcelana. Me avergonzaba al preguntarme a mí misma qué le habría dicho mi madre. Sin embargo, no me encontraba todavía lo bastante bien como para decirle: «¡Qué dices!, pero si ya estoy bien».

Los dos comimos sentados en el suelo y envueltos en el aire cálido de la estufa. Me di cuenta de que tenía mucho apetito y comí con gusto. Me daba la sensación de que, delante de Shu, siempre comía con gusto. Y pensé que esto era magnífico.

—Satsuki.

—¿Sí?

Estaba distraída pensando en eso, y levanté la cabeza sorprendida al oír a Shu.

—No debes adelgazar tanto, ni atormentarte sola hasta el extremo de tener fiebre. Si te sientes mal, llámame. Iremos a divertirnos, a pesar de que cada vez que te veo estás más demacrada. Comportarte como si no hubiese ocurrido nada delante de la gente es malgastar las energías. Tú y Hitoshi os queríais mucho, por eso te sientes morir. Es normal.

Lo dijo todo de golpe. Fue la primera vez que él me demostró su compasión algo infantil. Creía que era una persona más fría e indiferente, por eso sus palabras me sorprendieron y llegaron directamente a mi corazón.

—Es cierto que todavía soy joven, y no lo suficientemente fuerte como para no echarme a llorar si no llevo el vestido marinero; pero cuando uno tiene un problema, todos los hombres somos hermanos, ¿no? Yo te quiero tanto que no me importaría dormir contigo en el mismo *futon.*

Lo dijo con una cara tan sincera que era imposible malinterpretar sus palabras; pensé que era muy poco común y no pude ocultar una sonrisa. Le dije de todo corazón:

—Lo sé. De verdad, lo haré. Gracias, gracias de veras.

Después de irse Shu, me dormí de nuevo. Dormí tranquila y profundamente, sin soñar por primera vez después de largo tiempo gracias a la medicina para el resfriado. Fue un sueño sagrado y lleno de ilusión, como una Nochebuena de mi infancia. Cuando despertara, iría al río, donde estaría esperándome Urara, para ver ese «algo».

Antes del alba.

Mi cuerpo aún no estaba completamente bien, pero me vestí y eché a correr. Era un amanecer tan frío como si fuera a helar, y parecía que la luna estuviese inmóvil en el cielo. Al correr, mis pasos resonaban en el azul silencioso, quedaban absorbidos en secreto y desaparecían por las calles.

Urara estaba ya en el puente. Cuando llegué, sonrió con los ojos brillantes y, con las manos en los bolsillos y la cara medio tapada por la bufanda dijo:

—Buenos días.

En el cielo color índigo, unas estrellas titilaban pálida y débilmente como si fueran a desvanecerse.

Era una escena tan hermosa que casi me paralizaba. El río resonaba, fuerte, y el aire era límpido.

—Es tan azul que parece que el cuerpo va a disolverse en él, ¿verdad? —dijo Urara haciendo visera con una mano para que no la deslumbrara la luz.

Se veía vagamente la silueta de los árboles que se mecían al viento. El cielo se movía despacio. El claro de luna penetraba en la tenue oscuridad.

—Es la hora —la voz de Urara era tensa—. ¿Estás lista? A partir de este momento, la dimensión, el espacio y el tiempo de este lugar oscilarán y se desplazarán. A lo mejor no podremos vernos la una a la otra, aunque estemos las dos juntas, y cada una verá algo muy distinto… en la otra orilla del río. Pase lo que pase, no grites ni intentes cruzar el puente, ¿has entendido?

—OK —asentí con la cabeza.

Llegó el silencio. Yo, junto a Urara, miraba fijamente hacia la otra orilla, envuelta en el rugido del río. El corazón me palpitaba con fuerza y sentía cómo me temblaban los pies. Poco a poco, se acercaba el amanecer. El azul oscuro del cielo fue tomando una tonalidad celeste, y se oía piar a los pájaros.

Me daba la sensación de que un sonido tenue zumbaba en el interior de mi oído. Miré a mi lado y advertí sobresaltada que Urara ya no estaba conmigo. El río, yo, el cielo… y se oyó aquel sonido familiar e inolvidable.

El cascabel. Sin duda era el tintineo del cascabel de Hitoshi. El cascabel sonó débilmente en el espacio donde no había nadie. Yo, con los ojos cerrados, confirmé que aquello que sonaba al viento era el cascabel. Y, cuando miré al otro lado del río, creí enloquecer aún más. Contuve un grito a duras penas.

Hitoshi estaba allí.

Si no era un sueño ni una quimera, la figura que estaba en la otra orilla del

río, de pie y mirando hacia aquí, era la de Hitoshi. El río estaba entre él y yo… Sentí una oleada de añoranza, su figura se sobrepuso a la imagen del recuerdo que guardaba en mi corazón y ambas se fundieron hasta convertirse en una.

Él me miraba entre la bruma azul del amanecer. Tenía la cara preocupada que ponía antes cuando yo hacía alguna barbaridad. Estaba mirándome fijamente, con las manos en los bolsillos. Recordé los tiempos, lejanos y cercanos, que había pasado en sus brazos. Nos mirábamos simplemente, sin hacer movimiento alguno. Sólo la luna, que iba desapareciendo, miraba la corriente fuerte del río y la larga distancia que nos separaban. El pelo y el cuello de la camisa inolvidable de Hitoshi ondeaban vagamente como en un sueño, acariciados por la brisa del río.

«Hitoshi, ¿quieres hablar conmigo? Tengo tantas ganas de hablarte… Quiero ir a tu lado y celebrar con un abrazo nuestro reencuentro». Pero, pero… se me caían las lágrimas… El destino nos había separado tan claramente, uno a cada lado del río, que ya no había nada que yo pudiera hacer. Sólo permanecer mirándolo con lágrimas en los ojos. También Hitoshi me miraba con tristeza. Pensé: «Ojalá el tiempo se detenga»… Pero todo empezó a desvanecerse lentamente cuando llegó la primera luz del alba. Hitoshi iba alejándose ante mis ojos. Ya desesperaba, cuando Hitoshi agitó la mano sonriendo. Agitó la mano muchas, muchas veces. Iba desapareciendo en la oscuridad azul. Yo también agité la mano, «Hitoshi, mi amado Hitoshi», quería grabar la línea de sus hombros y de sus brazos inolvidables en mis pupilas. Anhelaba grabarlo todo en mi memoria: el paisaje pálido, el calor de las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. La línea que dibujaban sus brazos formaba una silueta que se reflejó un momento en el cielo. A pesar de ello, iba desvaneciéndose y finalmente desapareció. Yo lo miraba entre las lágrimas con fijeza.

Cuando la ilusión desapareció por completo, en la orilla del río todo volvió a ser como antes. Urara estaba a mi lado. Ella, de perfil con los ojos tristes, como si tuviese el corazón destrozado, dijo:

—¿Has visto?

—Sí. Lo he visto —dije enjugándome las lágrimas.

—¿Te has emocionado?

Urara me miró, y sonrió. Mi corazón se sosegó y le devolví la sonrisa:

—Sí, me he emocionado.

Las dos estuvimos un rato en aquel lugar donde penetraba la luz y la mañana llegaba.

Urara, mientras tomábamos un café caliente en un Mister Donut[14], a primera hora de la mañana, dijo con los ojos soñolientos:

—He venido a esta ciudad pensando que quizá podría despedirme por última vez de mi novio, que murió de una forma extraña.

—¿Has podido verlo? —le pregunté.

—Sí —dijo Urara sonriendo ligeramente—. De verdad, es posible que ocurra esto cuando coinciden varias circunstancias, una vez cada cien años. No están fijados ni el lugar ni la hora. Las personas que lo conocen lo llaman «el fenómeno de Tanabata[15]», porque sólo sucede donde hay un río grande. Algunas personas no pueden verlo. Cuando reaccionan favorablemente los sentimientos del muerto y la tristeza de quien lo ha perdido, aparece en forma de ilusión, como lo que hemos visto. Para mí también ha sido la primera vez… Creo que has tenido suerte.

—… Cien años.

Yo pensé en esa baja probabilidad impredecible.

—Cuando llegué a la ciudad y fui a inspeccionar el lugar, tú estabas allí. Supe, con la intuición de un animal, que habías perdido a alguien. Por eso te invité.

La luz de la mañana se filtraba a través del cabello de Urara, que reía mientras hablaba, firme e inmóvil como una estatua.

«¿Qué clase de persona será? ¿De dónde habrá venido y adónde irá? Y ¿cómo sería la persona a quien miraba al otro lado del río?». No me atreví a preguntarle nada.

—Son dolorosas tanto la despedida como la muerte. Pero un amor del que no se piense que será el último no llega a ser ni un simple pasatiempo para una mujer —dijo Urara comiendo donuts sin darle importancia, como si hablara de trivialidades—. Por eso pienso que ha estado bien haber podido despedirse.

Y sus ojos estaban muy tristes.

—Sí, yo también lo creo —dije.

Entonces Urara entornó ligeramente los ojos ante la luz del sol.

Hitoshi agitando la mano. Era una escena tan dolorosa como si un rayo de luz atravesara mi corazón. Todavía no sabía si había sido realmente bueno o malo. De momento, sólo me dolía el corazón. Sentía tanta angustia que casi no podía respirar.

Pero, sin embargo, al mirar a Urara, que en aquel momento estaba sonriendo ante mí, y entre el suave aroma del café, sentí vivamente que estaba cerca de «algo». La ventana se estremecía por el viento. Con certeza este sentimiento pasaría por más que fijara la mirada y abriese el corazón, como cuando había visto a Hitoshi. Ese «algo» brillaba con fuerza en la oscuridad, como el sol, y yo atravesaba las tinieblas a una velocidad de vértigo. La bendición caía sobre mí como un salmo, y yo rogaba: «Quiero ser más fuerte».

—Y ahora, ¿te irás de nuevo? —le pregunté a la salida del Mister Donut.

—Sí. —Ella sonrió y me cogió la mano—. Volveremos a vernos algún día. No olvidaré tu número de teléfono.

Y se alejó mezclándose con la multitud. Mientras la seguía con la mirada, pensé: «Yo tampoco te olvidaré. Me has dado mucho».

—La he visto —dijo Shu.

Me lo dijo cuando fui a visitarlo a mi antigua escuela, a la hora del descanso del mediodía, para darle, con algún retraso, el regalo de su cumpleaños. Vino corriendo hacia mí, que lo esperaba mirando a los alumnos que corrían por el campo de deporte, y me sorprendió ver que no llevaba el traje marinero. Lo dijo nada más sentarse a mi lado.

—¿Qué? —dije.

—A Yumiko —dijo.

Me dio un vuelco el corazón. Los alumnos con ropa de deporte pasaron de nuevo delante de nosotros, levantando una nube de polvo.

—Fue anteayer por la mañana —siguió—. Tal vez fue un sueño. Estaba medio dormido y, de repente, se abrió la puerta y entró Yumiko. Entró con tanta naturalidad que olvidé que estaba muerta. Yo dije: «¿Yumiko?».

Ella dijo: «Chsss…», posando el dedo índice sobre sus labios, y sonrió… A lo mejor era un sueño. Luego, abrió el armario de mi habitación, sacó cuidadosamente el vestido marinero y se fue, llevándoselo entre los brazos. Me

dijo: *«Bye, bye»* con una sonrisa, agitando la mano. Yo no sabía qué hacer y volví a dormirme. ¿Habrá sido un sueño? Pero el vestido marinero, por la mañana, ya no estaba allí. Lo he buscado por todas partes.

Lloré sin darme cuenta.

—Ya… —dije.

Es probable que la orilla del río no fuera el único lugar donde había sucedido aquello. Pero ya no había manera de saberlo, porque Urara ya no estaba allí. Sin embargo, él estaba tan tranquilo como si no le hubiese ocurrido nada. Pensé: «Puede que sea una persona extraordinaria. Quizás atrajo hacia sí aquel fenómeno que sólo sucedía en el río».

—¿Estaré loco? —dijo Shu bromeando.

En la tarde de primavera bañada por los débiles rayos de sol, llegaba desde la escuela el murmullo del descanso del mediodía. Mientras le daba el disco de regalo, le dije riendo:

—En este caso, te recomiendo hacer *jogging*.

Shu también se rió. Reímos y reímos dentro de la luz.

Quiero ser feliz. Me cautiva más un puñado de oro en polvo que el esfuerzo de seguir excavando en el río durante largo tiempo. Y pienso que estaría bien que las personas a las que amo fueran más felices de lo que son ahora.

Hitoshi.

Yo ya no podré estar aquí. Voy hacia delante a cada instante. No hay más remedio, es el flujo del tiempo que no puede detenerse. Seguiré.

Termina una caravana y empieza otra. Habrá personas a quienes encontraré de nuevo. También habrá otras a quienes no veré jamás. Las que se van sin que yo lo sepa, las que simplemente se cruzan conmigo. Siento que soy cada vez más pura, intercambiando saludos con los demás. Debo vivir mirando cómo fluye el río.

Ruego con todo mi corazón que sólo la imagen de una Satsuki joven permanezca siempre a tu lado.

Gracias por decirme adiós con la mano. Gracias por decirme adiós con la mano, muchas, muchas veces.

Epílogo

Hace tiempo que escribo porque hay una cosa, solamente una, que quiero decir. Me gustaría seguir escribiendo, sea como sea, hasta que me canse de repetirla. Este libro es el principio de esta historia obstinada.

Conquistar y crecer: creo que estas dos acciones junto con todas sus esperanzas y potencialidades, son cualidades del alma del individuo. Tengo tantos amigos, conozco a tantas personas que intentan ir siempre hacia delante, luchando con su vida de todos los días silenciosamente y con ímpetu… Éste es mi primer libro y está dedicado a todos ellos.

Lo he escrito mientras trabajaba de camarera en un local. Querría agradecer a Tokuji Kakinuma, el director, que me haya librado tan afectuosamente de algunas tareas para que yo pudiera escribir, y también quisiera dar las gracias a mis compañeros de trabajo y especialmente a Yumi Masuko, que ha diseñado la cubierta. Gracias a los profesores Hiroyoshi Sonê y Masao Yamamoto, de la Facultad de Arte de la Universidad de Japón (Nihon Daigaku), que han propuesto *«Moonlight Shadow»* para la concesión del premio de la Facultad. Ha sido una gran alegría para mí.

Dedico *«Kitchen»* a Hiroshi Terada, de la editorial Fukutake Shoten; «Luna llena», a Masao Nemoto, también de la Fukutake Shoten, y *«Moonlight Shadow»* a Jiro Yoshikawa, quien me ha hecho conocer la canción homónima de Mike Oldfield, que ha sido el germen de este trabajo. Finalmente, dedico a mi padre la feliz realidad de haber podido decir: «¡Ha salido el libro!». Pido perdón a todos por lo extraño de la dedicatoria, pero me gustaría que la aceptaran. Gracias por

todo.

Quisiera decir a todas las personas desconocidas que han leído este libro, el primero y con seguridad un trabajo inmaduro, que me haría muy feliz si se sintiesen tan sólo un poco más ligeras. En espera de reencontrarnos la próxima vez, os deseo de todo corazón toda la felicidad del mundo.

Banana Yoshimoto



BANANA YOSHIMOTO, (Tokio, 1964) estudió literatura en la Universidad de Nihon. Con *Kitchen*, su primera novela, ganó el Newcomer Writers Prize en 1987, cuando todavía era una estudiante universitaria, y un año después se le concedía por la misma obra el premio literario Izumi Kyoka. Entre otros galardones, ha recibido en Italia el prestigioso Premio Scanno. Yoshimoto es ya autora de una dilatada pero exquisita obra compuesta de ensayos, novelas como *N.P.*, *Amrita,* y *Tsugumi*, y el libro de relatos *Sueño profundo*. Yoshimoto se ha convertido, junto con Haruki Murakami, en una de las voces más prestigiosas de la literatura japonesa actual. En Recuerdos de un callejón sin salida la autora aborda, con el estilo prístino que la caracteriza, temas como el desencanto, la amistad o el amor, encarnados en personajes que buscan, en la plácida cotidianidad de los lazos afectivos, la fuerza para seguir viviendo.

Notas

[1] *Futon*: cama japonesa que consta de un colchón y de un edredón. *(N de las T.)* <<

[2] Helen Keller, ciega y sordomuda cuya primera experiencia comunicativa con su educadora fue a través del contacto con el agua. *(N de las T.)* <<

[3] *Tatami*: estera gruesa de paja cubierta por un tejido de juncos japoneses. *(N de las T.)* <<

[4] *Chan*: desinencia con connotaciones cariñosas que sigue al nombre de pila, y que se aplica generalmente a niños o mujeres. *(N de las T.)* <<

[5] Cadena de establecimientos que permanecen abiertos las veinticuatro horas del día. *(N de las T.)* <<

[6] Juego de palabras entre *Tsukimi* o *suru*, «admirar la belleza de la luna», y su homófono *Tsukimi udon*, «plato de fideos». *(N de las T.)* <<

[7] *Yukata*: Kimono ligero de algodón. *Tanzen*: Kimono acolchado que se usa como prenda de abrigo. *(N de las T.)* <<

[8] Conocida cadena de restaurantes muy populares entre los jóvenes. *(N de las T.)* <<

[9] *Matsuri*: Fiesta popular en la que tienen lugar bailes, procesiones y espectáculos, y en la cual los participantes se visten con trajes tradicionales. *(N de las T.)* <<

[10] Tren de alta velocidad. *(N de las T.)* <<

[11] Sólo las alumnas de enseñanza media suelen llevar, en Japón, un uniforme consistente en una chaqueta con cuello marinero y una falda plisada, generalmente azul marino, a veces gris. *(N de las T.)* <<

[12] En japonés existen varias formas del pronombre «yo», según la situación del hablante respecto a su interlocutor. Aquí, Shu utiliza la forma *watasbi*, usada generalmente por las mujeres, o por los hombres sólo en lenguaje formal. *(N de las T.)* <<

[13] Se refiere a la fiebre que tienen los niños cuando les salen los dientes, *chienetsu* (literalmente «fiebre de la inteligencia»), ya que, junto a la salida de los dientes, el niño agudiza su sentido de la percepción. La pregunta de la madre, además de broma frecuente entre los japoneses, es un juego de palabras referido al estado de Satsuki. *(N de las T.)* <<

[14] Mister Donut: Cadena de cafeterías de estilo estadounidense donde se sirven doughnuts, muy extendida en Japón y frecuentada por los muy jóvenes. *(N de las T.)* <<

[15] Según una leyenda china, Kengyusei y Shokujosei, dos amantes condenados a vivir separados por la eternidad, uno a cada lado de la Vía Láctea (en japonés, literalmente: «río del cielo»), pueden encontrarse una vez al año, la noche del 7 de julio. Por ello, esa noche se celebra en Japón la fiesta de la adoración de las estrellas, o fiesta de *Tana-bata*. *(N de las T.)* <<